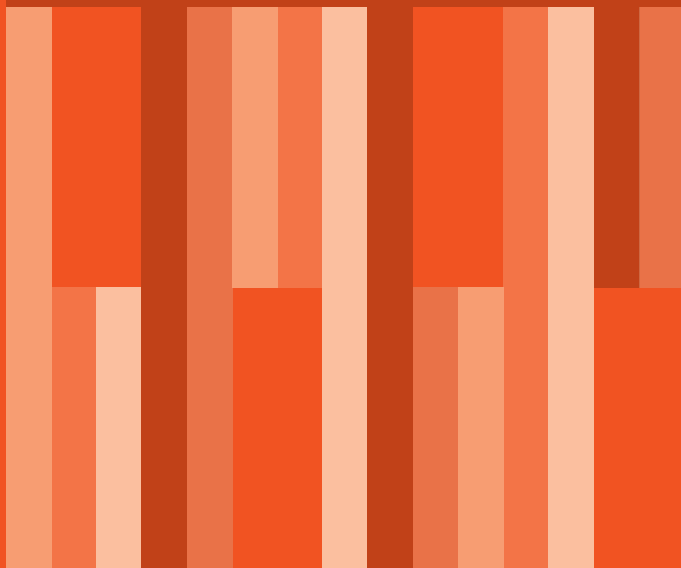


Los minutos de Ulises

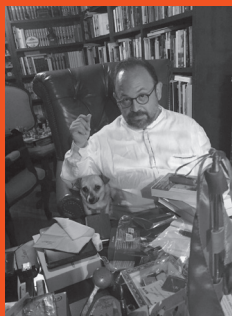
NOVELA



CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FOTOGRAFÍA ©
Adriana Salmerón.

CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

(Nopala, Hidalgo, 1970)

Doctor en Derecho por la UNAM.

Autor de *Fósforo va al cine*, *Alfonso*

Reyes y la crítica cinematográfica,

La argumentación jurídica en

la formación e interpretación

del Talmud, *Siete ensayos de*

Interpretación sobre la Utopía

Latinoamericana, *La importancia*

de apellidarse Queensberry y de

Cisterna de Sol. Coautor de *Hablar*

derecho, diálogos entre narrativa y

derecho, entre otros. Colaborador

de *Excélsior*, Autor del Blog

Cisterna de Sol.

(www.cesarcallemas.wordpress.com)

Los minutos de Ulises

D.R. © César Benedicto Callejas
D.R. © Universidad Autónoma de Nuevo León

Carolina Farías
Cuidado editorial

Eduardo Leyva
Diseño editorial

ISBN: 978-607-27-0604-0
Impreso en Monterrey, N.L. México



Padre Mier No. 909 poniente,
esquina con Vallarta
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281)8329 4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones



Zuazua 105-2 Sur,
esquina con Aramberri
Monterrey, Nuevo León, México, CP 64000
Tels. (81) 8344 2970 y 71
admin@fondoeditorialnl.gob.mx
www.fondoeditorialnl.gob.mx

Los minutos de Ulises

CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

Para Adriana Salmerón
Para Almudena y Gonzalo

CAPÍTULO I

Alfonso, Alfonso, ¿a qué hora tomaste la última dosis de medicina Cesarmann? A las cuatro de la madrugada, ¿o fue a las seis? ¿Cuándo fue la última visita de Ignacio Chávez? Ayer, veintiséis de diciembre de mil novecientos cincuenta y nueve. Chávez, Nacho, tan buen médico y sin embargo tan buen profesor que no puedes dejar de preguntarte quién ha sido el que vino a visitarte, si el amigo solidario, el médico competente o el profesor que llegó a darte la última lección de tu vida. Sería tan extraño que a ti, Alfonso, que nunca pudiste pensar en el corazón como en una víscera, vinieran a darte una cátedra de cardiología poco antes de morir. Porque te estás muriendo, Alfonso, esto es el morirse, lo sabes ¿no es cierto? Este apagarse descompasadamente, a saltos y a asaltos, este irse sin querer, como desprendiéndose de la vida mientras las amarras de la memoria van rompiéndose una a una para dejarte libre, ¿te acuerdas, Alfonso?

“—Pero si quieres volar
—me decían las gaviotas—
¿qué tanto puedes pesar?
Te llevamos entre todas”.

Yo me quité la camisa
como el que quiere nadar.
(Me sonaba en los oídos:
“¿Qué tanto puedes pesar?”
expresión muy dialectal).

Unas muchachas desnudas
jugaban entre las olas,
y aún así me decían:
“te llevamos entre todas”.

Al tenderme boca arriba,
como al que van a enterrar,
el cielo se me echó encima
con toda su inmensidad.

O yo resbalé hacia el aire
o el mundo se nos cayó,
pero que algo se movía
nadie me lo quita, no.

Eppur si muove! Exclamé
fingiendo serenidad.
Me decían las gaviotas:
“—¡Pero si quieres volar!”

Allá abajo los amigos
se empezaron a juntar:

¡mi ropa estaba en la arena
y yo no estaba en el mar!

Yo les gritaba mi nombre
para mayor tranquilidad;
¿quién había de escucharme,
si hoy nadie sabe escuchar?

Ellos alzaban los brazos,
ellas hacían igual.
Comprendí que estaba muerto
cuando los oí llorar.

Suena el reloj. Inútil aviso del tiempo que se repite en todas las esquinas de la biblioteca, ¿para qué quieres abrir los ojos? El espectáculo es casi el mismo desde que te hicieron venir del Brasil por última vez y pudiste, por fin, reunir todos tus libros y todos tus manuscritos; pero hoy está triste, no resuenan carcajadas, no hay visita; ninguna joven turista americana cuya belleza adolescente la excuse del torpe preguntar si leíste todo lo que hay en la Capilla o peor aún, si escribiste todas esas páginas. No hay nadie. Cuando abras los ojos verás que son ya las siete y diecinueve de la mañana y el sol aún no aparece para despedirse. No quieras saber más, no quieras indagar tiempos ni investigar circunstancias; una vez más, como siempre, la curiosidad de saber te habrá vencido, aunque sea sólo para conocer la posición de las manecillas del reloj. Ya basta, renuncia, caro Alfonso, ríndete y prepárate para el viaje final. En cualquier instante vendrán

Manuela y Alfonso, tal vez la pequeña Alicia, ¿o ya están aquí y no los percibes? No te queda espacio sino para las palabras, no sólo para las que leíste sino también para las que pusiste en papel después de tantos años en el oficio y aunque no saber si ellos están aquí contigo ha dejado de preocuparte, vas a dejarles los treinta mil volúmenes de tu biblioteca, tus obras completas que el Fondo de Cultura ya está editando y hasta ahora suman ya diez volúmenes y que quisieras creer que serán “sepan cuántos”, como le sugeriste a Porrúa que llamara a la biblioteca que empieza a publicar desde *El Periquillo Sarniento* hasta el infinito, con todos esos libros que siendo fundamentales ya nadie tiene el valor de publicar; les dejarás también algunos inéditos –tus papeles no te angustian–, sabes que Manuela, buena y dedicada, sabrá encontrar el hilo que conecta papeles sueltos y podrá fijar los límites entre manuscrito y manuscrito para formar los libros que dejaste a medio hacer. Todo para que como en el romance de Gerineldo, cada día al despertar vean tu espada y sepan que son sentidos.

Nunca necesitaste del tamiz del recuerdo para embellecer el pasado, no vas a comenzar ahora, justo cuando la jornada va a terminar y estás solo igual que en el momento en que todo comenzó. Solo, retirado en la paz de este desierto y al mismo tiempo rodeado de gente que experimenta por ti un amor franco y abierto como una sonrisa igual a las que coleccionaste durante algún tiempo. Solo en medio de los otros, solo como lo estuviste en Monterrey, en el irrepitible diecisiete de mayo de mil ochocientos ochenta y nueve, aniversario del niño rey de España y en cuyo homenaje habrías de llamarte Alfonso, igual que ese otro el Rey, unidos y separados por la homonimia, por las simpatías y las

diferencias; aquel monarca tan fino y atildado que después de una relación cordial y a veces cercana, viste derrumbarse como se cae un lirio demasiado delicado y demasiado inútil en su lujo como para soportar el viento de la historia. Así es la vida, compleja y contradictoria, ¿no fue acaso el padre de aquel otro Alfonso el que le obsequió a tu padre, don Bernardo Reyes, la guerrera que traía puesta el día en que lo mataron? Y tú, Alfonso, ¿no recorriste con él las salas del Museo del Prado, donde preferiste a la gozosa *Maja desnuda*, abuela del duque de Alba, frente a la abuela de tu anfitrión, esperpéntica bruja con su miriñaque y sus chiquiadores en las sienes, detenida para siempre en el retrato que Goya pintó de ver la familia de Fernando VII?, ¿no fue esa homonimia la causa de que en Italia te recibieran con todos los honores de un jefe de Estado? Ese día, avisados los funcionarios de que en el tren que se acercaba venía Alfonso Rey, como quiso traducir algún empleado semiletrado y no Alfonso Reyes, sonaron los himnos y pasaste revista a los atónitos empleados que entre burlas y veras, dieron muestra del mayor de los peligros que siempre temiste, las imprevistas consecuencias a que puede llevar más que ignorar las cosas, saberlas mal o a medias.

Desde pequeño pudiste adquirir la noción de que el mundo es muy parecido a una biblioteca donde al igual que hacías con los volúmenes guardados en las estanterías, podías separar un fragmento de la realidad para desentrañar su contenido, extraer de su profundidad señales y signos que ayudarían, no a entender el mecanismo que anima los hechos y las omisiones, eso hubiera sido ya mucho pedir, sino al menos, para que como hombre en el mundo, pudieras sentirte mejor en tu piel. Mira como sonríes

ahora al reconocerlo, siempre fuiste un hombre proclive a caer en las tentaciones, en las tentaciones felices, alegres y luminosas; tal vez por eso quisiste saberlo todo, andar todas las rutas y comer de todas las cocinas; palpar los cuerpos y probar los labios, mirar muchos ojos distintos y enfrentar la realidad como un simpático Gargantúa o como un Gracián azorado. Pero también supiste prevenirte, Alfonso; por eso, cumpliendo el mandato del Antiguo Testamento, fijaste en la puerta de tu casa, en tu brazo y en tu frente, el enunciado de tu Ley: “entre todos lo sabemos todo”, *inter omnes omnia scimus*. Nunca pretendiste saberlo todo, ni siquiera simularlo para que otros se lo creyeran, tú lo sabes, Alfonso, lo sabes bien y todavía hoy te duele que muchos no te comprendieran y muchos más se negaran a abrir la puerta de la aldea a los vientos que guardados en la alforja, traías de otros países.

Y pensar que todo comenzó demasiado pronto, antes de que tu nacieras, en lugares tan distintos y en espacios tan distantes como la orilla del Lago de Managua y el norte de España; Reyes andaluces y manchegos, Ochoas navarros todos venidos a América para mezclarse con las sangres indígenas; Ogazones del País Vasco y de Burgos. Todo comenzó así, en el gran crisol del mundo, mezcla de sangres y de memorias que sólo la cultura podía redimir y conjugar en una sucesión infinita de decisiones y coincidencias que te empujaron a ser un descastado, que te impelieron a que te apoderaras del mundo y fueras más de lo que podías ser si te hubieras limitado a ser sólo tu mismo; así, serías pueblo americano, serías muchos y tendrías muchos rostros, serías más de lo que fuiste, una cultura que no heredaste sino que supiste conquistar.

Cierta vez, algún humorista, rey de baraja, le vendió a tu padre un escudo de armas y una genealogía, falsa como todas, que los ligaba a Bernardo de Claraval y a los héroes de la Segunda Cruzada; para ti eso no sería más que un juego, te supiste siempre sin más ligas de sangre que las que alcanzaba tu corta memoria y sin más ayer que el que alcanzaba la vista de tu padre y de tus abuelos; nunca te sentiste extranjero de verdad en lugar alguno, aunque siempre te supiste náufrago en el planeta. Tal vez por eso aceptaste con tanta facilidad la vida de diplomático que el destino quiso imponerte; un sino que nunca imaginaste para ti pero que te llegó signado por fuerzas siempre mayores a las tuyas, a veces crueles y amargas, otras dulces y balsámicas que a fin de cuentas te enseñaron el sabor múltiple de la vida.

¡Ay, Salambó, Salambona
ya probé de tu persona
¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
a vino de dátiles
a naranja y a clavel,
a canela y a azafrán,
a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blando y dura nuez.
Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.
Sabes a égloga pura
cantada con el rabel.

Sabes a leña olorosa,
pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente,
que cada noche es mujer.
Al aire de mis montañas,
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se fue.

Sabes a todos los sueños
que a nadie confesé.

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

Alianza del mito ibérico
y el mito cartaginés,
tienes el gusto del mar,
tan antiguo como es.
Sabes a fiesta marina,
a tirreme y a bajel.
Sabes a la Odisea,
sabes a Jerusalén.
Sabes a toda la historia,
tan antigua como es.
Sabes a toda la tierra,
tan antigua como es.
Sabes a luna y a sol,

cometa y eclipse, pues
sabes a la astrología,
tan antigua como es.
Sabes a doctrina oculta
y a revelación tal vez.
Sabes al abecedario,
tan antiguo como es.
Sabes a vida y a muerte
y a gloria y a infierno, amén.

Todo comenzó demasiado pronto, Alfonso, naciste viejo de memorias, en una casa que no sería la de los recuerdos y las ensoñaciones, sino una anterior, mitad cuartel y mitad hogar donde tocó fin el largo peregrinar nómada de tu familia militarizada. Una casa en donde viniste a nacer y que fue el lugar de reunión para una familia diseminada por las cuatro esquinas del universo. Una casa donde se honraba la memoria de los antepasados; la memoria de un tal Ochoa, marqués de la Huerta, cuyo título nobiliario nunca pudiste verificar pero que tampoco te interesaba mucho; bisabuelo que peleó junto a Hidalgo en las jornadas de la independencia, que fue padre de tu abuelo materno, Apolonio, que tenía minas de oro en California y que un día subió a su bote a descubrir tierras lejanas pero que nunca volvió y cuya mujer se gastó fortunas en gritones que lo pregonaron por todo el país como si se tratara de cosa perdida y en efecto, aunque perdido para siempre, había tenido tiempo suficiente, antes de desaparecer, para engendrar a tu abuelo y a una progenie de hombres y mujeres que extendieron el apellido por Colima y por Jalisco,

que se americanizaron en la California Alta, y que fundaron pequeños emporios en la Baja.

Una casa en la plazuela de Bolívar 7, donde por una temporada habitaron los manes antiguos de tu padre, donde se honraba la memoria de don Domingo Reyes, que desde el rostro pintado en un cuadro te contemplaba y te recordaba la cara de Wellington. Cuando en las largas tardes de la infancia te detenías a mirar aquel retrato que conservarías para siempre, tu padre se acercaba sigiloso, con una mano fuerte y enorme te cubría el rostro desde el arco de tu nariz hasta el mentón y decía ver en ti a su propio padre; si para él eso era la nostalgia, para ti era un toque de magia capaz de insuflar fuerzas ocultas y antiguas en tu sangre.

Una casa donde se recordaba el largo peregrinar de Doroteo Reyes, nacido en La Mancha, encomendero de Fernando VII en Nicaragua y que una tarde de verano, después de contemplar por última vez el Lago de Managua, reunió a sus hijos y los trajo a México para que fundaran solar y patria; su hijo Domingo tendría veinte años cuando llegó a San Blas y con la primera ráfaga de sal que le vino del mar mexicano, supo que no volvería a la tierra que lo vio nacer a él y que vería algún día los primeros pasos de Rubén Darío. Aun mucho antes de nacer, con la goleta peruana *Joven Fermina*, comenzó tu relación con los barcos.

El abuelo Domingo alternó la guerra y la política, lo que en su tiempo significaba hacer patria y cuando murió, en 1862, era jefe político y comandante militar en el Cantón de La Barca. A menudo se te aparecía en sueños, cuando el recuerdo de

tu padre te había agujoneado toda la noche, venía como un remate de la memoria a recordarte tus orígenes y tu destino: hacer la patria dondequiera que fueras, porque la patria como te lo enseñaron, se trae en la piel y en el rostro y no en el polvo que se recoge del camino. Abuelo de los abuelos, último en la generación de criollos que supieron ver en México la oportunidad de un país nuevo.

En esa casa, en la pequeña plaza que la gente llamaba “el cuartillo de queso”, terminó el peregrinar guerrero de don Bernardo, la familia se transformó en urbana y comenzó a tejer una nueva leyenda, la del progreso, la de la política y del desarrollo.

En esa casa, la noche del diecisiete de mayo de mil ochocientos ochenta y nueve, casi siendo las nueve, la música suena en la calle; así te lo han contado y así lo has recreado tantas veces, porque si bien es cierto que a nadie le fue concedido recordar su nacimiento, también lo es que a nadie le fue prohibido jamás imaginarlo y reconstruirlo haciendo de él el principio de la zaga de la vida.

Esa noche, cuando faltan apenas unos minutos para que suene la hora nona de la noche, al ver cómo se cierran las puertas de la casa de don Bernardo Reyes, la música guarda respetuoso silencio y tú, puertas adentro del hogar, sales del cuerpo de tu madre y lanzas un chillido inolvidable.

A tu padre lo han llamado al lugar donde se encuentra, –otra vez las señales de la existencia que te has tomado el trabajo de ordenar–. Está cenando con la colonia española de Monterrey, celebrando el aniversario del Rey niño Don Alfonso; al pedir

permiso a sus anfitriones de abandonar el festejo, ellos se lo conceden con la condición de que por nombre se te diera aquel del que había sido ungido monarca de los españoles en su lecho natal; fiel siempre a la palabra empeñada, te bautizaron Alfonso, bajo la protección del santo Obispo de Toledo, San Ildefonso, patrono y guardián de los reyes ibéricos homónimos tuyos. San Ildefonso, otro nombre cifrado para tu vida. Así se llamó la calle donde se ubica la escuela que vio madurar tu inteligencia y tu curiosidad infinita; como un recordatorio de tu nacimiento, en más de una ocasión llamaste a la vieja Escuela Nacional Preparatoria con su nombre ancestral, Colegio de San Ildefonso. Señales, Alfonso, la vida te vino siempre en señales que ligaban pasado y presente y que se manifestaban recurrentes aun en lapsos tan largos que te hacían falta décadas para descifrarlas. Tuviste el tino y el aliento para dejarte llevar por el destino y torcerlo, como timonel de un barco en plena borrasca, cuando un puerto te parecía más atractivo o cuando de seguir la ruta marcada según te parecía, hubieras ido al desastre y al naufragio.

Antes de que cumplieras los doce meses de vida ya estabas instalado en la casa de tu infancia; en la añeja casa Degollado. Sólo ahí y sólo aquí, en esta habitación que te hiciste construir y en la cual te mueres, Alfonso, te sentiste verdaderamente en casa. A veces, en el entresueño ambas casas se te confunden y se te hacen una sola, ambas son dos puertos de una misma isla del pasado, tu Ítaca a donde soñaste siempre volver cuando el destino te lanzó a esa larga Odisea que fue tu vida.

Señales, anticipaciones, símbolos; ¿será que la vida se te presentaba con esos rostros? O te vino de bulto, llana y simple, in-

conexa y desabotonada como al resto de los mortales, para que luego, a diferencia de esos, los otros, los que no tuvieron acierto en ordenar la vida en torno a una idea, la comprendieras en un orden inteligible, el orden de la construcción de la personalidad y el estilo. Ahí están por ejemplo los dos extremos de tu infancia: el de la bondad y el del terror, el de la generosidad y la sensualidad y el del miedo y la violencia. El primero encarnado en la dulce Ceres india, la del maíz, fresca como pozo de agua en la sombra, Paula Jaramillo que llegó buscando el amparo de tu madre, “la gobernadora” como la llamaba el cariño popular, para rescatar a su hermano caído en la conscripción como pena por andar borracho escandalizando al vecindario. Paula Jaramillo que pagó la libertad de su hermano con la leche de sus pechos que te nutrieron con generosidad y alegría; jovial y expansiva, te legó en el alimento que manaba de su cuerpo tu afición por la piel morena y tu irreudenta piedad nutricia; generosa hasta ignorar el pecado y cuya leche parecía siempre fluir inagotable de los mismos senos de la vida. Paula Jaramillo, la diosa alimenticia de tu más tierna infancia, deidad de hogar en el desierto, alejada de la presunción y de la veleidad de las diosas olímpicas, te recordó siempre cierto paganismo cereal, como si viniera de una Grecia muy antigua, arcaica, aun anterior a los aqueos; más terrenal, hecha de una virtud solemne y placentera, penetrante y siempre consoladora; por amor de esos días que no pudieron dejar huella en tu memoria pero que tatuaron con fuego tu alma, de tal manera que desde que tuviste conciencia hayas sabido que tu auténtico retrato fuera aquel de tus seis meses y que en cuanto a tu imagen se refiere, en adelante, todo fue pura decadencia.

Nada impidió que en la misma infancia, en los mismos pasillos de la Casa Degollado, cuando la Ceres india, Paula Jaramillo, terminara su labor capital, la que te conservó la vida y te dotó de una salud que pocas molestias te dio a lo largo del camino, la sucediera Carmen. Ella, Carmen, la sin apellidos, la que en su papel de nana te enseñara el vocabulario del pánico cuando caíste en sus garras teniendo apenas cuatro años. Ella, la que en su natural despiadado, sólo el tiempo le faltó para extinguir y minar tu salud mental. A Ceres siguió la Gorgona que te golpeaba y te asustaba, que fingía desmayos y ataques de mil síntomas diferentes para que tú, presa del terror, fueras incapaz de denunciarla. De ella aprendiste que el odio se parece mucho al amor sádico y minucioso que refinado y cruel se complace en torcer las fibras íntimas del otro, creando puentes de dependencia y necesidades terribles que sólo se sacian en el ejercicio de la violencia y la sumisión. Sus manos y sus palabras se te clavaban en el cuerpo y en la memoria como a un diminuto San Sebastián, al que por las heridas y la sangre se le iban la alegría y la espontaneidad infantiles. Te enseñó el miedo a la oscuridad para luego acosarte por ello y un día, cruel si los has tenido, descendió el colchón de tu cama para azotar tu cuerpo lanzándote al suelo; ese día, en cada golpe, mientras que tu certeza infantil te decía que la blanda protección no sería suficiente para impedir que te despedazara con la fuerza de tus caídas, supiste del terror y de la parálisis que causa la humillación; te lanzó una y mil veces, nunca supiste cuantas, pero al final, cuando su fatiga y no el lamentable estado al que te había reducido terminó la sesión de tortura, te convenció de que no dijeras nada, porque su

intención no era lastimarte, sino curarte de espanto y que, en el momento en que dijeras algo de lo que había pasado, ella saldría de la pared para castigarte de nuevo. En esos momentos de terror te prohibía gritar, para lograrlo, te amenazaba diciendo que si lo hacías, te comería la vieja que miraba desde la ventana y en efecto, en los cristales de las puertas podías ver la cara de una espantosa medusa, desgredada, desdentada y horrenda, que te miraba con ojos de lumbre y una risa de mordisco.

No fue Carmen una Deméter dorando a fuego vivo al Príncipe de Eleusis para deificarlo; no fue Tetis sumergiendo a su hijo en la laguna del infierno para hacerlo inmortal, sino apenas una cruel Gorgona que fue expulsada de tu paraíso cuando tu madre y doña Margarita Guerrero de algo extraño se dieron cuenta; el conejo de las matronas interrogó tu inocencia y tú dijiste que no podrías decir nada porque de contar cuanto había pasado Carmen saldría de las paredes para aterrorizarte con sus castigos. Pero a pesar de todo, Carmen te enseñó los excesos de los placeres turbios y al final, por efecto de contradicción, confirmó tu fe en la luz y la certeza de que quien no quiere enloquecer, no enloquece.

Así se formó el abecedario de tu infancia, en lo sublime y en lo oculto, pero también en lo simple y en lo alegre, ¿te acuerdas de Luis, el cocinero francés de la Casa Degollado? Aquel muñeco rojo y blanco, nariz de caballete y barbilla de Francisco I; cosa de juguetería y golosina, que te enseñó desde muy niño la liga íntima que une los placeres de la mesa con los más complejos placeres de la vida; sus platos de salsas dejaban tu lengua palpitante para luego resarcirla con platos frescos, alegres y honestos.

Para complacerte, cada cinco de mayo se arrodillaba frente al retrato del General Zaragoza; pero luego, cuando la cocina entraba en receso, cuando el fuego se extinguía y como en un tapiz oriental, la garza y el pavo real se miraban en la puerta de los fogones esperando su diaria pitanza, te sentabas en las rodillas del buen Luis para escuchar azorado las historias y las leyendas con que aquel cocinero prodigioso te contaba las glorias de Francia. Al cariño de esos días felices suspiras, Proust te habla al oído y te dice que esos años de la primera infancia ya no están en ti, son exteriores, están fuera y lejos, que ya nada puedes aprender de ellos si no es como sucede con lo que ha ocurrido antes de tu nacimiento, por lo que los demás te han contado.

CAPÍTULO II

Escuchadme, ¡oh Eumeo!, y vosotros, sus buenos amigos: he pensado partirme de aquí a la ciudad con la aurora y ponerme a pedir sin haceros más gastos; prevenme lo que bien se te ocurra y procúrame a tiempo un buen guía que me lleve hasta allá. Será fuerza vagar por las calles por si saco de alguien un trozo de pan o un buen trago... No duermas, Ulises, antes bien alerta el oído y escucha que las aves ya anuncian el día y es el de la partida... Alfonso, es el día de partir, el tiempo ha transcurrido y al cruzar el minuterero los linderos del minuto veinte de la hora séptima de esta aurora, vuelves a la juventud y sales un día de tu casa, con tu bastón y tu hato, con rumbo a la capital de la República, para emprender la conquista del mundo que habías entrevisto en la biblioteca de tu padre y cuyo puerto te esperaba en pleno centro de México con muelle en la calle de San Ildefonso. Entonces no eras ya un adolescente –palabra nueva y extraña que no alcanzas a entender pero que parece asimilarse a la vieja expresión “mocedad” que ya nadie usa–; eras más bien un hombre joven iniciándose en las revistas literarias. Orgulloso, un poco altivo pero encantador, melancólico de tarde en tarde

y por hábito sonriente; enamorado cotidiano con un gusto más bien democrático que, tratándose de mujeres, no distinguía entre la aristocracia, la pequeña burguesía y hasta el artesanato; el origen y la fortuna no eran para ti criterios para apreciar unos ojos lánguidos o un cuerpo generoso. Seguro sin ser insolente, decidido a cambiar la Patria a punta de golpes de belleza, como se ve tan claro en tus primeros libros, un poco recamados de oro y un tanto barrocos, como es barroco todo lo mexicano antes de asomarse al mundo. Aventurado y bienaventurado Alfonso, mira que atreverse a escribir sobre las tres Electras del teatro griego en un país que a duras penas había terminado el silabario y que seguía imponiéndose la estética manida del romanticismo decadente que el mundo ya olvidaba, como si en Pelegrín Clavé se hubiera acabado el mundo. A fin de cuentas ¿no eras hijo y nieto de conquistadores y aventureros, de viajeros y creadores de poblados?, ¿no eras el hijo del hombre que luego del dictador, era el más fuerte del régimen sempiterno?; sufrir todas esas virtudes, como si fueran vicios, esos privilegios como si fueran castigos, fue el precio que tuviste que pagar para conocer el rostro de la traición, el sabor de la política. Fuiste tú, el hijo del mismo hombre a quien el eterno presidente elogiaría diciendo “así se gobierna” y que luego fue dejado a su destino y a su desatino para morir como un Quijote, viejo y enfermo, frente a las puertas de un Palacio que tú siempre supiste no era para él, pero que aun así no quiso abandonar; ¿cómo de una misma madre y de un mismo padre pueden resultar hijos tan diferentes, valores tan opuestos y anhelos tan enfrentados?; a tu padre no lo mataste tú ni lo mató Rodolfo, a tu padre lo mató

una guerra civil enloquecida, todavía envuelta en la placenta de un parto revolucionario.

Los hijos, Alfonso, tú sabes lo que son los hijos; si bien dicen que la misión de los hijos es hacer llorar a sus padres; no lo mataste, Alfonso, aunque te hayas torturado durante tantos años pensando que pudiste haber detenido su caída. No lo mató Rodolfo; el pobre no podía entenderse sin su padre y su personalidad era una función de las huellas vitales del General. Todo era inevitable, la máquina disparatada de la historia ya estaba corriendo y tú ¿qué podías hacer?, nadie podía hacer nada, ninguno de los doce hijos del General, tus hermanos: ni León, hijo sólo de don Bernardo cuyo paso fugaz por tu vida apenas dejó una huella lo suficientemente fuerte para que ahora no lo hayas olvidado, él que tenía una esposa tan deslumbrante que verla te dejaba arrobado. León, que te obsequió tu primera pluma fuente para que según él, escribieras por dondequiera que anduvieras, consejo que supiste honrar todavía hasta el día de ayer. León, el enigmático Sansón que castigaba a los rivales en amores poniendo sus cabezas en cepos hechos a mano con los barrotes de los balcones; León, el geógrafo que se conocía todos los caminos de la República y que en conjunción con tu madre, en una plática a escondidas te provocó el terror de saber que tenías un futuro de promesa del que no estabas seguro si sabrías estar a la altura y que te atormentó durante años, tantos que décadas después todavía te aterraba.

Basta leer a Plinio el Viejo para saber que la vida empieza con llanto.

Otros dicen que acaba mejor: no me atrevo a asegurarlo.

Un día conocí un hombre triste que había llorado desde los diez años hasta los cuarenta, concediendo que, entre el hipar de las lágrimas, no equivocara él en la cuenta.

Tenía diez años cuando, sin querer, sorprendió una charla detrás de la puerta: sus padres hablaban de él como de una promesa cierta. Hasta entonces no había sido elogiado, y tuvo miedo de la alabanza oída:

—¡Agua derramada! —se dijo—. ¡Virginidad rota y, de seguro, virtud perdida!

Y lloró desde los diez años hasta los quince por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una palabra escuchada —se decía— y esto es lo que pierdo y lo que gano.

Tenía quince años cuando, sin querer, escuchó una conversación liviana:

—Así pues —se dijo— la naturaleza es una amante y no una hermana. La Imaginación comenzó en él sus largos estragos, más profundos y dolorosos cuanto más inciertos y vagos.

Lloró de los quince hasta los veinte por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una palabra escuchada —se decía— y esto es lo que pierdo y lo que gano.

Tenía veinte años cuando, sin querer, sintió florecer un beso en los labios.

—Ahora comprendo a los poetas –se dijo– que son más sabios que los sabios.

Cuando la llama insaciable, que el golpe de la sangre atiza.

Pero hay algo que nunca se alcanza, y toda boca mortal acaba por saber a ceniza.

¿Qué fue del gozo? ¿Qué del vino claro de la razón? ¿Del gusto de vivir para entender? ¿*Del lucidus ordo*?

(Y arriba, el cielo era lejano y sordo).

Lloró, pues, de los veinte años hasta los veinticinco, por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una caricia probada –se decía– y yo creo que pierdo lo mismo que gano.

Lloró de los veinticinco a los treinta porque el arte es largo y el plazo breve; porque todo esfuerzo tiene obstáculos, toda conquista es efímera, toda ciencia es leve.

Lloró de los treinta a los treinta y cinco porque la mujer y los hijos –con ser tan amados– eran cadenas materiales, y pretextos para seguir viviendo, a pesar de la muerte de las esperanzas principales.

Yo lo conocí a los treinta y cinco: tenía una manzana en la mano,

y lloraba por el fruto en que habitaba siempre el gusano.

Yo lo frecuenté después, cuando cumplía los cuarenta (concediendo que, entre el hipar de las lágrimas, no se equivocara él en la cuenta).

Vivía tan temeroso, que ya nunca osaba abrir una puerta. ¡Y tan olvidado de todo, que ignoraba el nombre de todos los árboles de su huerta!

Yo me empeñaba en vano, predicándole hora tras hora, porque, en verdad, bajo el sol, no hay ninguna razón seria para consolar a un hombre que llora.

Tampoco podía hacer nada Roberto, el cachorro militar de tu padre; diminuto Rodrigo Díaz de Vivar que se murió niño, pensando que las botellas de agua caliente que mitigaban su dolor eran el sable y el bridón del general que estaba destinado a ser. Ni Aurelia, ni Eloísa, tus hermanas idas ya de la casa antes que nacieras; ni Guadalupe que partió en tu primera infancia; ni Eva, que era demasiado inteligente para permanecer en este mundo de locura y a la que viste morir víctima de una cruel meningitis, con sus manecitas resguardadas por guantes de lana para que no se mordiera los dedos y que al partir te enseñó que la vida es dolor y fragilidad. Nada tuvo que ver Bernardo, el hijo que nunca pudo adaptarse a la acción que un padre como el tuyo le exigía y que un país revuelto como el suyo precisaba; él, que a los dieciséis años ya estaba viviendo en México y de cuya infancia sólo recuerdas sus visitas veraniegas a Monterrey. Nada pudo María, la hermana y madre auxiliar, toda paciencia y mimo para tu curiosidad infinita e impenitente compañera de juegos de Rodolfo. Nada tuvieron

que ver Amalia, ni Otilia, tu hermana favorita, tu gemela de infancia. Nada pudo Alejandro, tu hermano más próximo, el predilecto, tu amigo, alegre y festivo, amo de circos y de hazañas que perdió su alegría y su fuerza cuando lo disciplinaron a golpes en la Western Military Academy.

Nada, nada, nadie, sólo el destino, el juego de las fuerzas que te superaban y te cegaban, nadie en el ruedo de la existencia, con el sol invernal moribundo en un ruedo donde la sangre era necesidad cotidiana y donde sólo tú y Rodolfo tuvieron relación con los hechos. Sólo tú y Rodolfo, el blanco y el negro, el escritor y el político, el retrato del padre y el complemento del padre. Ahí estuvo tu tortura durante años, Alfonso, aún está ahí aunque hayas saldado la cuenta, aunque hayas sabido siempre que el drama se desarrollaba contigo en el coro, sabiendo y observando pero sin dominio sobre la trama. Su muerte te marcó completo, en carne viva, a fuego blanco, sin saber cómo, por qué ni cuando el destino se selló para todos y transformó a Rodolfo en el tábano de tu padre y a ti en el mudo espectador de la desgracia.

Ninguno de ustedes tuvo la culpa. Cuando Madero, el mandatario inocente y simple, vio en el retorno político de tu padre la llegada de un titán, cuyas fuerzas eran impredecibles, te pidió que intercedieras para que tu padre abandonara la militancia política y se retirara al cuartel familiar; ¿quién habría de escucharte? Aunque Rodolfo lo secundara en sus quijotadas heroicas no podría desear la muerte de aquel Atlas. Rodolfo que en las terribles jornadas del febrero sangriento, perdió toda conciencia, no supo de sí y cuando la brújula se le extravió para

siempre, aceptó formar parte del gobierno del chacal Huerta; no supo cómo pero acabó huyendo a España. A él, émulo ferviente del padre poderoso, todo se le vino abajo, y a ti también; sobre todo, porque durante años pensaste removiendo tus heridas, que todo podría haber sucedido de otra manera.

No te engañes, Alfonso. Escucha el lento trepidar de tus últimos segundos que te confirman la inocencia; no había nada que hacer, las revoluciones se tragan a sus hijos, pero sobre todo, Alfonso, porque no hay héroe que se muera de viejo dormido en su cama. Por eso no eres héroe, Alfonso, por eso no eres santo, pero también por eso has sido hombre de carne y hueso y también por eso, preferiste ser memoria e inteligencia más que acción y futuro.

El padre, tu padre; espera... ¿tienes que mirar el reloj otra vez? Porque sientes ese temor atávico, esa melancolía que siempre experimentas cuando piensas en él, cuando lo recuerdas y el sonido de la metralla taladra tus oídos, una metralla que nunca escuchaste pero que reconstruiste en tu imaginación con los elementos que te dieron otros disparos oídos a lo largo de tu vida. Tiempo aquel cuando dormías con el fusil junto a la cama esperando el asalto de los revolucionarios. Y pensar, como lo hacías tú, que la revolución necesaria tendría que partir de adentro hacia fuera, desde el corazón y la inteligencia de los mexicanos hasta alcanzar sus instituciones sociales y no al revés, como sucedió. Porque sabías que una vez disparadas las primeras balas, pronunciadas las primeras ofensas, caídos los primeros muertos ya no habría salida y todo iba a resolverse como en aquel inolvidable y siempre amargo

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y Cristo militar, te nos morías.

A los muchachos de tu tiempo, a esos jóvenes soñadores de Arcadias y Atenas americanas, mozos lectores aburridos de la eterna vida del Dictador, casi nadie los comprendía; tal vez el viejo don Justo Sierra pareció intuir la idea cuando fundaron primero, la Sociedad de Conferencias y luego el Ateneo de la Juventud, iniciando así ese festín de oropel y fantasía que fueron las Fiestas del Centenario. Ustedes, Pepe Vasconcelos, los Caso, Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera y los demás, rompieron el silencio el día que caminaron entre antorchas de la Escuela Nacional de Jurisprudencia al Hemiciclo a Juárez, marchando con teas encendidas para declarar la muerte del Positivismo y el nacimiento de la nueva inteligencia que sólo pudo salvarse de la borrasca refugiada en los exilios y renacida en la Universidad Nacional, sueño de un México por el saber y a la que dedicaste tantas horas en esos días aciagos.

Nunca fue la política algo para ti, ni antes ni después del desastre, ni antes ni después del distanciamiento con Rodolfo; si cuando te obligaron a ser representante estudiantil en aquel congreso de universitarios te diste el lujo de ir, ver y no volver.

Suspira despacio, suave y sin esfuerzo. Nunca dejaron de ser terribles esos tres años, apenas la vigésima parte de tu vida en que a cada momento creías sentirte morir; ahora comprendes que saberse morir es algo muy distinto. En esos días fueron tantas las

causas y los hechos que la vida volvió a parirte para que hicieras frente a un destino que nunca habrías imaginado para ti. Ya prosperabas, ya publicabas lo que escribías, te empeñaste en ese amor necio por Manuela, te casaste y nació el pequeño Alfonso. Fuera del hogar, cuando todo parecía llegar a los peores extremos, te recibiste de abogado. Al paso de los años dirán que estudiaste Derecho a falta de cosa mejor, que nunca tuviste vocación y que te recibiste por cumplir el requisito; saeta de incompreensión que recibiste siempre por lo bajo, sonriendo condescendiente, seguro de que Derecho era la opción para ti porque no podías aceptar que el mundo viviera en el desorden, porque algo en tu conciencia gritaba que si las estrellas giran y se sostienen es por un orden universal que conjuga lo bueno, lo útil y lo bello, ¿porqué no podía ser así con los hombres y los Estados?; por eso dedicaste tantas horas y tantos esfuerzos a un mundo ideal, de orden, justicia y perfección; por eso, todas las guerras que te dio el siglo sonaron en ti igual que las balas matadoras de tu padre. Nada marcó tanto tu vida, nada tuvo en ti una fuerza más demolidora y paradójicamente, de mayor impulso en tu existencia; acaso porque la circunstancia te lo arrebató con injusticia, a destiempo y con absoluta violencia; pero supiste conservarlo siempre contigo y, como justo quieres gritárselo en este instante, le dijiste cada día y cada noche...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

Es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Te hubiera gustado pensar que algún día el pequeño Alfonso, entonces todavía de brazos, acudiría a besar a su abuelo, que lo vería alto y gallardo pese al paso de los años, pese a la vejez que parecía no sólo no hacerle mella sino aún temerlo y respetarlo, y que él le contaría entonces cómo fue herido en la batalla de Villa de Unión y cómo, años después, en lo que fuera una pequeña ciudad desértica, a donde lo enviaron como gobernador para pacificar a los irredentos grupos rivales, crearía el coloso industrial del norte de la República: el Monterrey donde tú creciste. Imaginabas todo esto, el destino dulce y desahogado que podía esperar a la descendencia de un patricio como tu padre, un futuro en que los dos alfonsos bien podrían dedicar sus trabajos y sus días a la cultura, al arte y a las ciencias, los siguientes pasos en la evolución económica, después de que don Bernardo hubiera dedicado su vida a expulsar invasores, a fortalecer la paz y afianzar la República para luego fomentar la industria y el comercio, creando el progreso a partir de los eriales. Una ciudad que era tuya no porque tu padre fuera el fundador de aquella segunda oportunidad histórica, sino porque en ella estaba tu solar, porque la gozaste y la cabalgaste en tu noble Lucero, tu leal verdadero; porque en ella aprendiste a leer y a escribir y disfrutaste los primeros placeres de la inteligencia en la biblioteca de tu padre. Así imaginaste el teatro del mundo, como una enorme biblioteca donde todos los secretos, a la espera de ser descubiertos, te harían más libre

por el conocimiento; también ahí conociste la angustia de no poder saberlo todo, la conciencia de que todo conocimiento es incompleto por naturaleza y sobre todo, la conciencia de que saber es requisito de la felicidad, pero que no concede, como palabra mágica, el secreto de ser siempre feliz.

La biblioteca de tu padre era el paraíso que ensalzaste más allá de sus virtudes verdaderas, porque así es el recuerdo, ¿no es cierto, Alfonso?, y ahora ya ni siquiera podrías saber cómo era en realidad aquella colección elegante y selecta de textos que como la alejandrina, se ha perdido para siempre y aunque tú y Rodolfo pudieron rescatar algunos ejemplares para engrosar sus propias colecciones, casi todos los volúmenes se perdieron en las migraciones de la familia menguante.

Di, Alfonso ¿qué secretos encerraba la biblioteca del General don Bernardo Reyes?, ¿qué había ahí que te hizo nacer la pasión por los libros? Había un enorme volumen del Quijote, suficiente para que un niño se sentara en él para leer las líneas superiores de cada folio, había una Divina Comedia con ilustraciones de Doré, recién desempacada de París; había un volumen menudo con las aventuras de Telémaco, había un hombre que te mostró el secreto mayor de toda biblioteca, que las estanterías y los lomos sugerentes son más parecidos a un descubrimiento que a un monasterio, que una biblioteca es un barco y no un claustro, que no había necesidad de ser solemne mientras se andaba entre los textos y que la lectura es parte central de la vida porque da forma y sentido a los hechos inconexos que nos rodean.

No, Alfonso, tú sabes que tu padre no era tan culto como a veces quisiste mostrarlo, era un general, un hombre hecho en la

batalla y en el esfuerzo, hijo de un momento en que conquistar y arrebatar era parte de la vida política, un hombre que encontró refugio entre las letras y entre el arte, pero sólo como solaz y descanso de sus fatigados días. Es tu agradecimiento, el mayor agradecimiento que le hubieras tenido a nadie ni antes ni después de él, por no haber obstaculizado tu vocación y aún sin comprenderte del todo, no haber hecho nada para que no hicieras lo que tu real gana se te dio y convertirte en el hombre que hoy se está muriendo. Tu padre no hubiera sido un gran escritor, Alfonso, lo sabes, pero fue un magnífico mecenas; a veces te pareció entrever en él la búsqueda de un algo mejor en el tiempo y en el espacio, era un Cincinato, Alfonso, no un Virgilio; al terminar la cuenta de sus días guerreros se vio en la oportunidad de crear el mundo de la paz, hecho de encanto, de honor y de artes; el resto, Alfonso, echar a andar ese mundo de saberes y sentidos, fue cosa tuya.

Pero sobre todo, la cultura se te metió en la sangre como un amor no siempre comprensible, ¿te acuerdas, Alfonso? tu mismo lo oíste conversar con Rodolfo, angustiado porque el excesivo contacto con los libros te había sofisticado en demasía. Todo eso había en realidad en la biblioteca del general don Bernardo Reyes, un hombre que te hizo con los textos un mapa de un mundo imaginario para que lo completaras, que te dio las primeras letras pero no pudo hacerte un erudito; que te mostró que por la vida del conocimiento se anda con placer y con gusto o se llora para siempre.

Esa lección de amor era también un mapa, el mapa de un Monterrey imaginario, del que hiciste tu blasón. Su Cerro de la

Silla fue tu única heráldica porque fuiste educado en el dogma republicano de que nada corresponde al hombre que no sea el fruto de su esfuerzo. ¿Te acuerdas de esa frase que tanto te gustaba del Quijote?, aquella que leías una y otra vez en esa edición tan grande y monumental en la que, siendo tu todavía tan pequeño, podías leer sentado sobre el propio libro? *Sábetete, Sancho, que ningún hombre es más que otro si no hace más que ese otro hombre.* Cuántas veces te descubriste tratando de adivinar la silueta encantada del Cerro de la Silla en la sombra gigantesca de la cordillera del Ajusco y cuantas más te imaginaste volviendo a casa, con la pluma en el bolsillo, con Alfonso el pequeño de una mano y un buen libro en la otra; todo eso pensabas en aquella mañana de mil novecientos trece, antes de que se abriera la puerta del despacho presidencial a donde te había convocado Victoriano Huerta.

CAPÍTULO III

No te distraigas, Alfonso; escucha, atiende, pues en nada te cuadra que te muestres aún niño: eres ya muy mayor para ello. ¿Por ventura no escuchas la fama ganada en el mundo por Orestes divino vengador de la muerte paterna en Egisto falaz, matador de su padre glorioso? Tú, querido, también, pues te veo tan gallardo, ten valor y que alaben tus hechos los hombres futuros...

Paciencia, caro Alfonso, ya te das cuenta que en las horas finales, los últimos minutos son diferentes, tienen un ritmo distinto: ¿lo ves?, apenas han pasado segundos, la manecilla mayor apenas parece haber golpeado el minuto veintiuno.

Esa fría mañana llegaste temprano, a Huerta había que hablarle muy de mañana, a las doce del día era ya demasiado tarde y estaría ya tan ebrio que la brutalidad se le habría subido a la cabeza y entonces hubiera sido completamente imposible entenderse con él. Desde que supiste que quería verte trataste de indagar todo cuanto fuera posible, te aventuraste a preguntar aún a riesgo de parecer inoportuno o sospechoso y hasta equivocado; nadie sabía nada o nadie quiso decirte lo que sabía. ¿Qué sentimientos te despertaba Huerta?; primero, antes de la

desgracia, una sensación indefinible cuyos límites eran el desprecio y la indiferencia; después del golpe de Estado, repugnancia, asco y sobre todo miedo, mucho miedo. A partir de aquella primera cita, nunca, a pesar de los años que todavía pasaron, nunca dejaste de sentir el miedo que te causó su primer ofrecimiento y todavía hoy, en el lugar donde te encuentras, libre de todo peligro, muriendo así, como lo estás haciendo, tranquila y serenamente sin ninguna amenaza, no deja de causarte temor y sorpresa que te pidiera ser su secretario particular; ¿así terminaban las cosas? Aunque no aceptó tu primera negativa y te citó al día siguiente, a las seis de la mañana en el Colegio Militar de Popotla, sabías que tus horas en México estaban contadas; claro, eso si tenías suerte y salías vivo de la entrevista. Ese día los malos astros se eclipsaron; ante tu negativa reiterada, Huerta te llamó insolente, te dijo que tu postura se hacía insostenible. Y tú, Alfonso, el hombre que ya había emprendido sin retorno el camino de los libros, el joven padre y esposo que anhelaba vivir para darle a su hijo ese sueño secreto que te trajiste entre manos siempre y que hoy mismo abandonarás sin ver cumplido: construir un mundo donde, como querían los griegos, se conjugara lo bueno, lo hermoso y lo útil; tuviste que soportar la soberbia del poderoso y te atreviste a pedirle, como tabla de salvación y acaso como ruta de expiación por la muerte de tu padre, el exilio honroso de la segunda Secretaría de la Legación en Francia. Te fue concedido, no podía el chacal permitir que anduviera por ahí alguien que pudiera presumir de haber rechazado uno de sus ofrecimientos. Tenías que marcharte pronto, no fuera a ser que en uno de sus ataques de dipsómano trocara esa caricatura

de magnanimidad por su auténtico rostro de asesino; no ibas a dejar que te mataran de bala perdida.

Descansa, Alfonso, mira que todo ha pasado ya, estás solo, solos tú y tu conciencia con la que siempre te has llevado tan bien y con la que, para estar tranquilo, haces cuentas con el pasado. No lo intentes, no vale la pena, no te levantes, no mires al reloj que no ha querido marcar todavía el minuto veintidós. Así, respira despacio, hondo, con la misma serenidad y esperanza con las que una vez resignado, aspiraste el aire de Veracruz aquella mañana del once de agosto de mil novecientos trece, justo antes de embarcarte en el *Espagne*, del que tantos recuerdos tendrías en tantas épocas distintas de tu vida, para partir a un viaje que entonces no sabías cuánto duraría y que hoy lo sabes, te ocupó gran parte de tu vida; un viaje del que tal vez nunca pudiste volver del todo.

¿Sonrías, Alfonso? Sí, sonrías en tu último día, poco antes de partir. De alguna manera, Alfonso, te las ingenias para sonreír siempre; así ahora como en el día que dejabas Veracruz, mientras el buque se alejaba y la patria se te convertía en una línea azul en el horizonte. Siempre fuiste de sonrisa fácil, un poco como Max Aub, pero acaso sin ese gusto un poco amargo que Aub ponía en sus sonrisas de exilio; jamás te empeñaste en ser un alegre profesional, como tantos que te encontraste a lo largo del camino. Qué incomodidad te causaron siempre aquellos que habían adoptado la misión de asumir un adjetivo como núcleo de su personalidad: el “español”, el “mexicano”, el “intelectual” y el “alegre”, como si la vida no fuera otra cosa, algo más simple. Qué desprecio te provocó siempre esa enfermedad espiritual de

la falacia y la impostura; ese mal expansivo que podía contaminar hombres y naciones; cuando después de media vida en el extranjero regreses a México como Ulises, trayendo contigo los presentes que lograste reunir de entre tantos pueblos, qué trabajo te costará adaptarte a la nueva estética que habrías de encontrar; la de lo mexicano a fuerza, el *jijismo* como lo bautizaste con Genaro Estrada, esa exégesis del nopal y del cacto, de la jícara y del sombrero de palma; todos queriendo convertirse en charros de salón y en Jorges Negrete de caricatura. Como si lo mexicano no pudiera ser otra cosa más grande y más rica, un poco negra y un poco judía, un tanto francesa y muy española y así, habrá quien te diga desarraigado. Qué curioso ¿no es cierto?, después de tantos años siendo y promoviendo la imagen de México, diciendo que los mexicanos eran tan capaces de revolver todo un país y recurrir a las violencias más inauditas por conquistar la igualdad y la libertad como hábiles para pintar como Diego Rivera, componer como Chávez y Ponce y escribir como Sor Juana los mismos temas que Góngora; para algunos, vendrías a ser un incómodo polvillo venido de lejos. No te engañes, Alfonso, en México hoy, cosmopolita no es ya una mala palabra.

Siempre habías soñado con París. Mira de qué forma pero ahora lo tenías a la puerta; ahí, donde eras apenas un nombre en los archivos de la editorial Ollendorff que había publicado tus *Cuestiones estéticas*; ahí, del otro lado del océano, donde un mundo nuevo te esperaba.

Fue una travesía sin sobresaltos; a bordo, Santos Chocano te hizo las horas menos arduas, a Carlos Lozano tuviste que ex-

plicarle al menos seis veces aquello del cambio de monedas; al alsaciano Solnmoll, como si tu supieras apenas nada de marine-rías, lo curaste del mareo haciéndolo caminar por todo el vapor a grandes pasos durante dos días; visitaste la segunda y la tercera clases, ¡América de tus abuelos!, todavía había criollos con loros en el hombro. Poco antes de llegar a La Coruña, en la cena con el capitán; oculto en un bombón con versito sorpresa, encontraste el acta de nacimiento de tu nueva vida europea:

*Tu n'est pas riche et c'est folie
de vouloir qu'on te glorifie.*

Así te recibe Europa, ingenuo, desnudo y nuevo; aquí no hay privilegios que valgan ni apellidos con derecho de picaporte, nunca como ese día te sentiste tan libre. Entraste a Europa por la puerta del norte ibérico. La Coruña vestida de luces, Santander, la novia del mar, fresca y mañanera; Saint Nazaire, turbio y gris y por último, en la tarde de ese mismo día: París.

Por fin la Ciudad Luz es tuya, tuyo por un momento el cuarto sencillo y limpio de aquel pobre hotel de la Rue Trévise, a donde te envió Modesto Puigdelvall, que había sido mozo de don Bernardo en París y luego, en México, dueño del Restaurante Sylvain; a quien hace apenas quince días visitaste en su local para charlar de las viejas modas parisinas. Ahí, antes de que te venza el sueño, haces el recuento de la jornada y caes, con la cabeza abierta en pedazos, al recibir el golpe de maza de París. ¿Es aquella Ciudad de tus anhelos como la imaginaste? No, es muy superior, más grande y más vital que en las descripciones

de Zola y de Dumas, más intensa que en los mejores pasajes de Proust y de Victor Hugo. Esa es la primera lección que te depara la Ciudad Luz: que la literatura, con todo lo que la amas y la veneras, no alcanza a suplir la vida; es cierto que la mejora y la estabiliza en algunos sentidos y en otros, como cuando Goethe, hace a Fausto gritar al instante que ya se retira: *detente, eres tan hermoso, pero no la sustituye.*

Igual que el Sol de Monterrey, París se te mete por los ojos, te suda por los poros y se queda dentro y fuera de tu humanidad, con aromas del Río Sena y de las cocinas de Saint-Germain-des-Près; de modo tal que así pasen cuarenta años, una caja que se abra, un perfume que se disuelva en el aire o una mujer que se te aproxime te harán suspirar melancólico: ¡esto huele a París! Imagina que dentro de muchos años, alguien caminará como tú por primera vez las calles de París y sentirá igual que tú, que la ciudad lo esperaba desde que era la Lutetia Parisiorum y que como amante complaciente, le irá revelando sus rincones y espacios mientras lo va seduciendo y enamorando; imagina que mientras escriba una líneas sobre el papel y escuche una grabación de canciones francesas, así como tú un día, él tampoco podrá dejar de recordar con una tristeza dulce y especiada, un momento en que son las cinco de la tarde, le sirven un expreso en la terraza de un café y ve pasar la vida en Champs Elysées; y entonces ambos, tu fuera ya del mundo y él desplazándose hacia la muerte, habrán violado el secreto del tiempo y habrán estado juntos, un instante en el espacio de la memoria y la literatura.

Aquella primera vida en París fue acaso demasiado breve. Te habías imaginado una estancia no sólo más larga sino también

más fructífera, pero el destino es cosa de ver, querido Alfonso; te pareció inverosímil que una buena mañana de agosto, unos días apenas después de tu primer aniversario en París, un único telegrama te notificara que Venustiano Carranza, ese antiguo reyista que entonces era ya el hombre fuerte en México, de un plumazo había destituido en masa a todo el cuerpo diplomático. Sí, Alfonso, a todo el cuerpo diplomático. La instrucción era clara y desde luego no admitía interpretación alguna; quisiste pensar que tal vez se tratara de un error, que habría excepciones y consideraciones personales, que después de las muestras de afecto y lealtad que Carranza había prodigado siempre al general Reyes, no habría podido olvidarse de que ese oscuro segundo secretario era el hijo de su amigo. Pero bien sabías que no había error y muy claro te quedó que a partir de entonces, desde México y quién sabe durante cuánto tiempo, no te llegaría sino la nostalgia y el recuerdo. Mientras fuiste guardando en el baúl de viaje los pocos efectos personales que tuviste en tu precaria oficina de diplomático novato, escuchaste las sirenas y a poco te acercaste a la ventana, con la claridad de un sueño o mejor, de una pesadilla, pudiste ver las cruces debajo de las alas de los aviones; eran aeroplanos alemanes de reconocimiento, tal vez fueran bombarderos; los periodistas se habían equivocado o más seguramente, los habían engañado; la guerra estaba más cerca de lo que se pensaba y ella tampoco hacía excepciones. Una vez más había que marchar. Esa vez, sin embargo, no hubo comité de despedida, nadie en el andén para despedir a tu pequeña tribu y sí un mar de gente huyendo del París condenado al sufrimiento que no podía darse el lujo siquiera de un taxi porque todos estaban

requisados para llevar voluntarios al frente. ¿A dónde podrías ir? Impensable volver a México, aún era demasiado pronto; Europa estaba a punto de arder y la única ruta posible era cruzar el Pirineo y adentrarse en las tierras de España.

¿Qué te llevaste de aquel primer París? El encuentro con Foulché-Delbosc y el cultivo de la literatura militante de la *Nouvelle Revue Française*; pero sobre todo tu última preparación como escritor. Cuando estabas a punto de cruzar la frontera franco española revisaste la primera versión de tu *Visión de Anáhuac* que llevabas contigo como un talismán. Sabrías vivir de la pluma, aunque fuera de anónima; trabajaste así, como con tu traducción al castellano de *La novena de Coleta* que escribiera originalmente Colette Yver. En ese año de París aprendiste el sutil arte de ser un buen actor de tu propio personaje y fue en ese año, misterioso y siempre velado, que surgieron los rasgos, algunos todavía en boceto y otros ya definitivos de ese personaje que fuiste tu mismo: Alfonso Reyes el humanista, Alfonso Reyes el escritor, Alfonso Reyes el hombre que se hizo a sí mismo con arcilla de mil solares. Ese primer París fue para ti exactamente eso, un hacerte y un rehacerte, dentro de los colores, las voces y las luces de aquel París cubista:

Gran estremecimiento de duda fue París. (Todos son profetas en su tierra). Dura escuela de laboriosidad y, en fin, ciudad triste como hermosa, contra la frivolidad alegre que dicen los necios. Tan hermosa que se la ama con las lágrimas en los ojos. Triste, bella entre la niebla, donde se está solo con el alma, acaso más que en todo el silencio campestre de

tu naturaleza ¡oh Emerson! Donde se llora la pérdida irremediable de algunas excelencias nativas. Un obscuro vaho de la raza se levanta desde el corazón. Un vacío inmenso hubo en mí, donde cupo toda la amargura de mis lagos.

CAPÍTULO IV

Al mostrarse la Aurora temprana de los dedos de rosa, recorriste la isla admirándolo todo y las ninfas, tiernas hijas de Zeus que abraza la égida, alzaron de sus lechos las cabras por dar de comer a los tuyos. Qué hondo suspiras, Alfonso, como llevando las últimas bocanadas del aire más transparente a tus pulmones, el reloj golpea el minuto veintidós y cuando abres los ojos ves la mirada y la sonrisa serenas de Manuela. Es sólo un parpadeo; sabes que está ahí como ha estado siempre y eso te reconforta. No te angustia pensar que en unos instantes todo habrá terminado, no nos engañemos, Alfonso, sabes que el final está a unos pasos y vas a dejarla para siempre; pero también sabes que vivirá aún mucho más, porque reconoces en ella el mismo material del que estaba hecha tu madre y que le permite a las mujeres de tu tierra sobrevivir a sus maridos con una fuerza y una entereza que tú no estás seguro de tener.

¿Es una sonrisa lo que se adivina en tu boca?, puede ser, después de todo vuelves a España que siempre fue para ti fuente de alegría y hogar de una de las etapas más felices de tu existencia. España del Ventanillo de Toledo, del Café Gijón y del Pombo;

Madrid de las posadas y de los Jerónimos; España de Valle Inclán esperando su casa que navegaba por las calles bajo la inspiración de la marihuana; recuerdos que ¡oh saudades!, te asaltaron toda la vida. Madrid que fue toda una épica, una batalla en la que perfeccionaste los rasgos que te habías descubierto en París.

Llegaste pobre como nunca te imaginaste que pudieras serlo; el clan diminuto: tú, Manuela, el pequeño Alfonso y su nana bretona que por ningún motivo quiso que se marcharan solos; así, juntos, empeñados en una aventura donde cualquier cosa podía suceder. Algo tenías claro, que al igual que Ruiz de Alarcón, pretendiente como tú en Villa y Corte, te ganarías la vida con la pluma o perecerías en el intento. Lo primero fue buscar los contactos necesarios entre los pocos miembros del exilio mexicano que habían ya logrado colocarse en alguna posición decorosa y entre aquellos otros a quienes sólo conocías por correspondencia y en ocasiones, de puras referencias bibliográficas. A Rodolfo lo dejaste en San Sebastián, con los miembros del otro exilio, el de los políticos al que por naturaleza y por decisión, nunca quisiste pertenecer. Apenas llegabas a Madrid cuando ya te esperaba Chuchito Acevedo, ¿cómo estarían las cosas en México que ni el jefe del servicio de correos se había librado del destierro? Aún alcanzaste a Ángel Zárraga antes de que trasladara su estudio de Madrid a Toledo, lugar del Ventanillo a donde andando el tiempo, se retirarían los íntimos a descansar y donde Zárraga elaboraría sus propias pinturas con bases minerales y vegetales. Aquel tiempo primero en Madrid que hoy te ha dibujado sonrisas entonces te hizo dividir tu tiempo entre la risa y el llanto, pero que nunca fue causa de desesperación. Tiempo también de las posadas

cervantinas y las zahúrdas quevedianas; algunas heladas, otras calcinantes, todo en un tiempo que nunca pensaste vivir...

Ese hombre ha salido por la mañana, envuelto en un gabán ligero que baña y penetra el viento de Castilla. Lleva los codos raídos, los zapatos rotos. Como es Navidad, los mendigos se acercan a pedirle limosna, y él pide perdón y sigue andando. Encorvado de frío, bajo la ráfaga que lo estruja y quiere desvestirlo, busca en el bolsillo el pañuelo, todavía tibio de la plancha casera. No posee nada, y tuvo casa grande con jardines y fuentes, y salones con cabezas de ciervos. ¿Lo habrán olvidado ya en su tierra? Tal vez apresura el paso, y tal vez se para sin objeto. Ha gastado sus últimos céntimos en juguetes para su hijo. Nadie está exento; no sabemos dónde pisamos. Acaso un leve cambio en la luz del día nos deja perdidos, extraviados. Ese hombre ha olvidado dónde está. Y se queda, de pronto, desamparado, aturdido de esperanza y de memoria, repleto de Navidad por dentro, tembloroso en el ventarrón de nieve, y náufrago de la media calle. ¡Ay amigos! ¿Quién era ese hombre?

¿Te acuerdas, Alfonso? Aquello era la libertad; cuando Calleja comenzó a enviarte traducciones y ediciones populares de los clásicos y pudiste cerrar el capítulo de las posadas para instalarte en tu apartamento de Torrijos, preferiste la libertad del corsario a la seguridad de los horarios de oficina y los salarios fijos; poco a poco, como quien va descubriendo los encantos y los peligros de una tierra virgen que se ha soñado durante mucho

tiempo, las puertas del mundo literario de Madrid se te fueron abriendo y te ganaste ahí un sitio mientras cultivabas amistades para toda la vida. Al mismo tiempo, desde México, todos los apoyos se habían cortado; de Amado Nervo y de Francisco de Icaza recibiste mucho afecto, pero fácil fue darte cuenta que las circunstancias los maniataban y mucho trabajo era ya para ellos mantenerse en pie, pero también es verdad que a ti te bastaba con que te recordaran y te tuvieran presente; además, nunca fuiste hombre de rencores ni de odios acumulados, por eso aunque Rafael Altamira se negó a presentarte con don Francisco Giner de los Ríos, a quien tanto necesitabas en ese momento, cuando vino la hora del desastre para España, atendiste solícito su llamado y sólo te dolió no poder salvarlos a todos, en especial a don Manuel Azaña, que nunca quiso considerarte voluntario en Madrid como si hubiera querido evitarte la pena de lo que habría de venir.

España te acogió como a hijo pródigo; te abrió los mejores espacios para que pudieras echar a andar la maquinaria del talento y vivieras la vida de escritor para la que siempre te consideraste hecho. Así, un día en que andabas con tres céntimos en el bolsillo –tan romántico parece a la distancia que es apenas creíble–, te encontraste con Francisco Acebal que te llevó al Centro de Estudios Históricos, fuente de nuevas amistades y encuentros: Federico de Onís, Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, García Solalinde, Gómez Ocerín y tantos que te recibieron como a hermano venido de lejos y esperado con largueza y afecto; ahí te concedieron una plaza en la sección de filología. Despacio, como personaje de novela que tarda en darse a conocer, te sentiste en

Madrid como en tu casa, casi como en Monterrey y casi como en los días del Ateneo de la Juventud. ¿Será verdad, Alfonso?, ¿no habrás embellecido el pasado, banalizando los sinsabores y romantizando las batallas y las coincidencias?

Te ríes, Alfonso, una risilla inaudible, interior, imperceptible, inexistente, sabes que muchos se devanarán los sesos indagando y preguntando. Aún no te mueres y ya inquietan en los archivos, pero no encontrarán más nada que no esté en tus libros, no en tus diarios que fueron crónicas de historiador más que confesionario de doliente, no verán sino al hombre de letras, al diplomático y al amigo capoteando vendavales con una sonrisa; lo demás, la hiel y el desencanto, fuera de una fuga o de un rastro dejado en el papel, te lo llevas hoy contigo y para siempre. ¿Duelen, Alfonso?, estos segundos robados al tiempo, que se dislocan y rearticulan al ritmo de una memoria privilegiada que busca contarse la historia para hacer el inventario de lo que le es lícito llevarse consigo. Falta poco, Alfonso, apenas unos cuantos pasos, el minuto se prolonga.

En el tiempo, en tu recuerdo, van quedando atrás los días en que atenuabas el frío cubriendo tus espaldas y tu pecho con sendas planas de periódico; se esfuma el tiempo viejo, cruel a veces, en que descubriste que unos minutos cerca de la calefacción del Museo del Prado bien te resguardaba del clima por un par de horas, se alejan esos días y van quedando en el archivo en la medida que vas conquistando Madrid y su república literaria; primero, cuando se crea el semanario *España* bajo la dirección sucesiva de don José Ortega y Gasset y de Luis Araquistáin; luego, siguiendo el andar de Ortega, cuando escribiste para el

diario *El Sol*; ahí te recreaste en tu página de cada jueves sobre geografía e historia pero que en realidad era un pretexto para tus habituales digresiones. Qué placer inaugurar rutas y caminos, ensayar lo que en México era imposible y parecía casi prematuro para la lengua castellana; fuiste Fósforo con Martín Luis y juntos fundaron la crítica cinematográfica en idioma español, y México, sin embargo, seguía cada vez más ausente y más lejano. Pepe Vasconcelos persistía en el primero de sus largos silencios a los que luego habrías de acostumbrarte pero que nunca dejaron de causarte crueles heridas; incluso Pedro Henríquez Ureña, el querido Mentor, había comenzado la decadencia de su carácter y arrojaba duras críticas contra tu trabajo que en lugar de guiarte y orientarte, como lo hacían antes sus palabras, ya te lastimaban y te dejaban claro que ya se había abierto el abismo de incomprensión que los años profundizarían y que en algunos puntos, llegaría a ser insalvable. Sabes que ya te llamaban apátrida, cosmopolita, ¿qué sabían ellos? Si en 1919, cuando don Ramón Menéndez Pidal te ofreció la nacionalidad española y tu integración a la vida universitaria de la península, rechazaste tan buen ofrecimiento, porque empecinado en ti mismo no quisiste ni pudiste entender el destino fuera de tu doble naturaleza de mexicano y de escritor. Qué importa que no te entendieran, Alfonso, y que menos aún quisieran tomarse el trabajo de desentrañar tu literatura, si a ti las letras te bastaban como viento para las velas de la cóncava nave de tu libertad y de tu independencia. Así pudiste experimentar y crear, diste a luz *Huellas* y *El plano oblicuo*, colaboraste en *La Pluma* que dirigía Manuel Azaña; cultivaste la amistad de Unamuno y compartiste planas

con García Lorca; infatigable y sereno te diste a la traducción de Chesterton y de Stevenson y cuando ya habían pasado largos y casi eternos seis años, cuando pensaste que ya se habían olvidado de ti para siempre, te reivindicaron, te devolvieron tu dignidad diplomática y no sólo eso, sino que te ascendieron a la Primer Secretaría de la Legación en Madrid.

Sin que lo supieras, había sido Pepe Vasconcelos quien había trabajado con amor de erizo, tocando puertas y haciendo cábalas políticas y así, sin sentirlo ni quererlo, se te pasaron cuatro años más y un buen día, en que emociones, recuerdos y temores se amontonaron en tu cabeza y en tu corazón, te invitaron a una comida de despedida en Lhardi. Estaban ahí Díez Canedo, Azaña, Chacón y Calvo, Gómez de la Serna, Azorín y Cipriano Rivas Cherif; nadie podía entonces saber que con algunos volverías a verte en México, cuando devolviste el favor de amistad y de solidaridad que ellos en su oportunidad te habían procurado.

Al salir de Lhardi dudaste si caminar unos pasos a la Puerta del Sol; aquello sería internarte en el corazón de Madrid y dar un vistazo a la casa donde nació Juan Gris y entonces quién sabe si tendrías el valor de irte; por eso, mejor tomaste a mano izquierda para descender por la Carrera de Jerónimos y entender, de una vez por todas lo que sintió Goethe cuando abordó el coche que lo llevó a Weimar y es que asustado y esperanzado, no podías creerlo, te habían llamado por fin a México.

¡Volver, Alfonso, volver!; esa palabra que ahora sabes es sólo una pausa entre viajes; hoy mismo, Alfonso, vas a irte o vas a volver, no lo sabes pero sí conoces bien el sutil arte de empacar lo indispensable. El minuterero no se ha movido, Alfonso, y mientras la

vida se te está yendo como los ríos de Manrique, sabes que fueron esos diez años en España los que te redimieron por la voluntad de vivir, por la vocación de escribir y por la expiación que sólo puede venir de la poesía; en Madrid dejaste tu *Visión de Anáhuac* y tu *Ifigenia Cruel* que, por fin te dejó enterrar a tus fantasmas...

¡Oh mar que bebiste la tarde
 hasta descubrir sus estrellas:
 no lo sabías y ya sabes
 que los hombres se libran de ellas!

El retorno a México se desarrolló en una gentil travesía sin avatares; el buque más rápido de lo que eran diez años antes y la mar en calma, pero en tu corazón zozobra; ¿qué recibimiento van a darte?, ¿alguien se acordará de quién eres y de quién fuiste? Tal vez tu retorno obedezca a que después de tantas vueltas de la ruleta revolucionaria, tu presencia no sea ya tan incómoda y apellidarse Reyes sea casi una ofensa rancia y minúscula. Apenas tocas tierras mexicanas te das cuenta de tu error, parece que te quieren y te procuran, ojalá pudieras creerlo, pero sabes que no es del todo cierto; acaso eres novedad, uno más de los que pueden volver con la frente en alto con el único mérito de no haber muerto y pese a todo, haber sobrevivido y seguir trabajando. No conociste entonces una hora de descanso, desde los primeros momentos tu agenda se llena de compromisos; los amigos, la Universidad, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, todos quieren saber qué ha sido de ti en los últimos once años; como a heraldo, te preguntan las novedades europeas y tú,

satisfecho, respondes con avidez cuanto sabes. Pero ya flota en el aire el fantasma de cierta incomprensión, cierta indiferencia por tu persona; te saben exiliado en receso y no uno más de los que vuelven: Penélope no puede hablar, la turba de los pretendientes la acalla y no alcanza a preguntar a Medonte: *¿por qué se ha marchado mi hijo? ¿Qué hecho le ha llevado a embarcar en las rápidas naves, corceles de la mar en que cruzan los hombres las aguas inmensas? ¿Por ventura no quiere dejar ni su nombre en el mundo?*

En Jurisprudencia, volviste a las aulas donde se gestó el Ate-neo; ahí mismo, donde te descubriste hecho para los libros y las letras, diste una conferencia sobre uno de tus temas predilectos: las utopías; emprendiste algunas ediciones rápidas y al pasar el tiempo, al hacer del recuento de las horas, te diste cuenta que bien te querían de visita, pero que amigos y no tan amigos se preguntaban cuál sería tu nuevo destino.

Un extraño triángulo político se desarrollaba a tu alrededor. Al principio te faltaron algunos de sus elementos para hacerte un juicio y pudiste comprender sólo la superficie. Álvaro Obregón, el principal ángulo de este complicado juego, se había formado una idea tuya mitad inspirada en la imagen de tu padre y mitad basada en lo que le habían dicho tus amigos Genaro Estrada y Pepe Vasconcelos; ellos dos eran los otros vértices de esa geometría política, ellos dos que entonces parecían casi cercanos al Presidente. Estrada quería ayudarte a rehacer y desarrollar tu carrera diplomática, quizás porque sabía que aún no había llegado la hora de tu retorno definitivo, porque sentía en el aire que los acomodados de la Revolución aún no terminaban;

sabía que aún entonces partían el queso y se lo comían sin convidados los generales y los coroneles que se habían hecho en la batalla y en la intriga, los que se habían quedado a hacer la guerra y también los abogados que siguieron a los hombres de armas, individuos de indefinida vocación y desigual talento que iban desde auténticos juristas, hasta tristes gacetilleros y humildes tinterillos. Ellos se lo quedaban y lo dividían todo según su apetito y su venalidad. Estrada te aseguraba que no era nada personal, era *jijismo* puro y renovado.

Pepe Vasconcelos, último vértice del triángulo de tu oportunidad, había desarrollado una personalidad que tú no le conocías. Se había vuelto político profesional, jugaba y apostaba pero a diferencia de muchos otros, tenía un proyecto que defender, había en su actuación un sentido que en muchos aspectos compartías: su concepción política se basaba en la educación y en el pensamiento; pero desconocías de él su nueva faceta de hombre de Estado que buscaba las indefiniciones y con cauta prudencia se apoyaba en las intrigas de gabinete. Él quería que te quedaras, te ofreció la Subsecretaría de Educación y aunque sentiste una fortísima tentación de aceptar, no sabías qué precio tendrías que pagar por tu retorno adelantado y no tenías ninguna gana de volverte la pieza de un ajedrez que no alcanzabas a comprender por completo. Aarón Sáenz aparecía como catalizador del juego, aunque bien sabías que en realidad era él quien podría decidir tu futuro. Cuando rechazaste la Subsecretaría, comenzaron a escucharse los más disímolos rumores, ya te hacían ministro o embajador en la Argentina, tal vez en Guatemala, posiblemente Italia y algún malintencionado ya había hablado de desempleo;

pero a ti nadie iba a enseñarte los trucos y los beneficios de la paciencia; agazapado en las conferencias y las visitas, en las publicaciones y las lecturas, tuviste el difícil tino del silencio.

Mientras sembrabas nuevas amistades como la del joven poeta Xavier Villaurrutia, te llegó el mensaje que esperabas: el Presidente de la República, Álvaro Obregón, tenía un favor que pedirte: comparecerías ante el Rey Alfonso XIII, en misión especial y confidencial, para ofrecer al reino de España los buenos oficios de México con el objeto de que pudiera llegar a un acuerdo con los jefes de las tribus rebeldes de Marruecos. ¡Qué disparate! En tu entrevista con Aarón Sáenz, le dijiste que la idea era de una nobleza enternecedora pero que en la práctica, carecía de cualquier sentido: México no estaba en el mejor momento de su relación con España que todavía estaba resentida por el espinoso asunto de la cuestión agraria. Alfonso XIII no tenía nada que negociar con los beduinos, moros y tuaregs, pues de hacerlo se vería obligado a reconocerles una calidad política que en nada le beneficiaba y por último tu país, que apenas se asomaba al mundo luego de los años del ostracismo revolucionario, no tenía ninguna posibilidad de hacer oír su opinión en el coto de poder más sagrado de Europa: sus colonias. Inglaterra, por ejemplo, ni siquiera había reconocido a tu gobierno y vaya pues, qué carajo sabían ustedes de beréberes y bantúes, si Obregón ni siquiera había visto un camello en toda su vida. Sin embargo, agradeciste la confianza y dijiste que sabrías cumplir fielmente las instrucciones recibidas conforme a la obediencia técnica del servicio diplomático.

Habías aprendido poco pero suficiente de política, Alfonso, un arte que te parecía repugnante pero que debías aprender si

querías sobrevivir; te lo dijo Sáenz y se te quedó grabado para siempre: no era el resultado lo que interesaba, eso era lo de menos, eran las formas lo importante. No te habían escogido por que fueras un internacionalista consumado ni por parecer *desfacedor* de entuertos, sino por tu estilo, por la inteligencia que habías demostrado y que te daba una capacidad de adaptación y de reacción inusitada. Te eligieron porque podías moverte con comodidad en la corte y demostrarle a los españoles que los mexicanos no eran aquella banda de incendiarios que quemaban haciendas y violaban señoritas luego de asesinar a sus honorables hermanos y venerables padres. Te enviaron porque eras lo que podía desearse de un diplomático. Mira si aprendiste la lección, Alfonso, nunca jamás, salvo en muy contadas ocasiones, cuando la malicia y la maledicencia se cebaron en contra tuya, perdiste las formas; oculto en esa vestimenta de cordialidad absoluta, tu cerebro supo medir con precisión a los hombres y sus circunstancias. Siempre sonriente, siempre afable, de buen humor y exquisitos modales, porque así te sentías bien, porque así era tu naturaleza y porque, a fin de cuentas, así pudiste vivir a tus anchas en la jungla humana que políticos y no políticos se empeñaban en convertir este mundo que acaso hubiera podido ser tan bello. También por eso escribiste tanto y tan bien, porque al mundo había que salvarlo y redimirlo por la razón y la belleza, para que la realidad, a través del cristal de la literatura, aprendiera a ser más humana, más del tamaño de las personas y de sus necesidades.

CAPÍTULO V

Todo es silencio, Alfonso, quietud absoluta; de pronto, tu madre, advertida, sale de las olas con las ninfas marinas, se alza un clamor prodigioso sobre el llano del mar y el temblor domina a los aqueos; y hasta quieren saltar en su miedo a las cóncavas naves, pero lo impide un varón de muy larga experiencia, es Néstor, el buen consejero escuchado de siempre, que, queriéndolos bien, levanta allí su voz y les dice: ¡Deteneos oh argivos! ¡Atrás nobles hijos de aqueos!, tú también tiemblas, Alfonso, te tiemblan un poco las manos, no temas, es normal en quienes tienen el corazón enfermo; pero hoy tiemblas porque quieres atrapar una imagen que se te escapa.

Volvías a España, pero esta vez no fue como la primera, no ibas huyendo, ibas a prestar un servicio a tu país. Entonces, ya lo sabías, estabas completamente rehabilitado. Fueron ellos, los revolucionarios, los que volvieron a ver en ti a un servidor de la República, ellos quienes te habían llamado y de quienes no podías esconder tu regocijo.

El Rey te recibió como a un viejo amigo, te llamó tocayo y aunque durante toda la audiencia, como debía ser, lo oficial apenas

ocupó una mínima parte del tiempo, te agradeció el delicado ofrecimiento del gobierno mexicano y adujo las razones que tú ya conocías para declinar los buenos oficios. No esperabas otra cosa, sin embargo, el encuentro con ese hombre llamó tu atención con una singular potencia. ¿Cómo podría alguien así mantener una monarquía en la Europa destrozada después de la Gran Guerra? Te pareció más un señorito de café parisino que un estadista. Siempre que en adelante pensaste en él le dirigiste los mejores comentarios por su educación, maneras y cultura, pero ni una línea en la que reconocieras las dotes de un hombre de Estado o de un gobernante. En torno a la Corona, bien lo sabías, España no había dejado de cambiar desde 1898 y aún más después de la Guerra europea, con los estudiantes y los sindicatos removiendo costumbres e ideas arraigadas y cultivadas a la sombra del Cid y entre los despojos de Boabdil, intuías que en algún momento algo sucedería y que ese buen tocayo tuyo no alcanzaría a entender; a cuántos hombres conociste así, hombres bien puestos en sus sitios, hombres de estilos, caracteres, talentos y vocaciones tan distintos a quienes derribó el huracán de la historia, comenzando por tu padre y por tu hermano Rodolfo, al propio Rey Alfonso, a don Manuel Azaña, a don Getulio Vargas y a Leopoldo Lugones; si lo sabrás tú, Alfonso, nadie puede erigirse en domador del destino. A ti mismo, Alfonso, el día de hoy el destino te ha alcanzado. No te apures, aún sientes que te quedan unos momentos más y quieres apurar el vaso de tus últimos segundos para no dejar nada, para llevar claro contigo, a donde quiera que vayas, el equipaje de una vida que te gozaste en vivir. Tus sentidos se han afinado y puedes oír la manecilla que se despeña sobre el minuto veintitrés.

Hay que esperar. Después de remitir tu informe a México en el que dabas cuenta de los resultados de tu gestión, el Presidente Obregón te agradeció calurosamente tu diligencia y mientras preparabas tus maletas para continuar con la gira que Obregón te había indicado –aún te faltaban Londres, París, Bruselas y Berlín–, Sáenz te envió una contraorden: esperar en Madrid las nuevas indicaciones que tendrías que acatar. Por lo pronto, mientras un eventual viaje a Sudamérica se esfumaba en la niebla, aparecían posibilidades sumamente extrañas: se hablaba de una probabilidad en Estocolmo, se barajaba Bruselas y a ti no dejaba de provocarte cierta tentación ir buscando un lugar para una nueva residencia permanente en Madrid. Pero también tenías miedo, Alfonso, el mismo temor del perro que ya ha sido tantas veces apaleado y que tiembla cuando una mano amiga le tiende un trozo de carne, porque ahí seguía también, agazapado en un portal de la Calle de la Montera, el espectro del desempleo y del abandono; no era el miedo de volver a empezar lo que te tenía ateridas las manos, sino el horror a la ingratitud y a la indiferencia lo que siempre te torturaba; sin embargo, y bien que lo sabías, Genaro Estrada, el gordo querido, no iba a dejarte varado en Europa, subido en la coda de esa estrella ascendente, te consideraron una vez más y como en el arte de la tauromaquia, de manos de tu amigo del alma recibiste la alternativa. El nuevo cable de instrucciones te llamaba a París como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Vinieron tres años más en París, ¿qué fueron?, ¿qué significaron? La experiencia de la vida, el abordar el tren de una existencia veloz que poco tiempo te dejó para las letras y mucho para la

experiencia; tiempo aquel en el que hiciste mundo y terminaste de perder la poca solemnidad que te restaba. En aquel segundo París encontraste la mezcla ideal de tejidos para rematar el hábito de tu personalidad: mucha cultura, un poco de mundanidad y siempre presente la voz de Gracián, que sabio y astuto aconseja: *que todos te conozcan y ninguno te abarque, que con esta treta, lo poco parecerá mucho, lo mucho infinito y lo infinito todavía más*. París contradictorio, antes cubista y ahora surrealista; París de escándalos y de leyes no escritas; ciudad prodigiosa donde lo mismo pudiste habitar la casa donde murió Marcel Proust, en el número 44 de la Rue Hamelin, que recibir de Unamuno la confesión de su sueño de ser algún día Presidente de la República Española. Esa vez sería distinta, tan distinta de la anterior como de la vida en España. Si el primer París fue una revelación y un golpe de masa en tu todavía aturdida cabeza llena del humo de tu salida de México; el segundo sería un tiempo de aprendizaje y convivencia; un espacio en el que tú y algunos otros miembros del Ateneo, pudieron ejercitar lo que en México había sido sólo un ensayo, la vida en el arte y la cultura, la locura de pertenecer al mundo que fabricaba las ideas y las expresiones que luego, andando el tiempo y la distancia, darían frutos diversos según la tierra en la que fueran implantadas; ahí te encontraste a Diego Rivera, ya casado con Angelina Beloff, aplaudiste los cuadros de tu paisano –literalmente, Alfonso, porque en París se aplaudía a los pintores–, cuando expuso radiante en el Salón de Otoño. Ahí el arte no era cosa de gabinete, sino una pasión que hacía saltar las lágrimas y que no pocas veces estaba cerca de los arreglos a puñetazos. Una tarde lluviosa en la que Diego expuso por

primera vez en solitario sus cuadros cubistas, fuiste testigo del malentendido que lo pudo haber distanciado para siempre de Pablo Picasso; pero estuviste en medio y no sólo apaciguaste la trifulca, sino que viste nacer en el español la pasión por el arte de México.

Así como lo era para ti, París era un refugio de muchos hispanos que hacían lo que podían para vivir de sus talentos lejos de las patrias que, en medio de sus contradicciones endémicas, no hacían mucho por comprenderlos. París podía ser, y a veces era, una tarde en los cafés de Montparnasse, sin abundancia, pero con ajeno y coñac suficientes para despertar las lenguas y la imaginación de Mateo Hernández, de Guillaume Apollinaire, de André Lothe, de Ángel Zárraga, de Diego y de ti mismo y que aún sobraban para hacer pasadera la tarde al pacífico japonés Foujita, que sabía retratar a Manuela de memoria; para rescatar de sus angustias a Amedeo Modigliani y para hacer reír a coro a Élie Faure y a Ilya Ehrenburg, que te consultaba a ti y también a Rivera durante el progreso de aquel inolvidable *Julio Jurenito*. Para cada quien, para cada uno a su manera, París lo era todo: la celebración y el desamparo, el olvido y la memoria, todo unido en la única esencia de la Ciudad donde todo era posible y todo era alcanzable; escucha, Alfonso, atiende, es la voz de la hija de Alcínoo que al punto a sus siervas grita de trenzados cabellos: Muchachas, deteneos: ¿adónde corréis asustadas tan sólo por la vista de un hombre? ¿Enemigo quizá lo creísteis? No hay en vida un mortal ni jamás nacerá que se llegue al país de las gentes fecias a hacernos la guerra; sobremodo en efecto, nos aman los dioses, vivimos apartados en medio del mar y sus olas inmensas,

al extremo del mundo sin mezcla con otros humanos; pero éste que llega no es más que un viajero perdido.

Francia había estado presente en tu vida desde la infancia. En el México de tus primeros días aún se recibía en francés a los invitados distinguidos y no era raro oír en 1900, que la Ciudad de México era un pequeño París. Recuerdas que frente al viejo don Justo Sierra dijiste alguna vez que los científicos eran, sin saberlo ellos mismos, sansimonianos convertidos a la aristocracia del dinero. Te habían educado en el mito de París, en la convivencia con los veteranos franceses de la intervención que prefirieron quedarse en México en lugar de volver a sus distantes Bretaña, Camarga y Normandía; aún puedes ver a sus oficiales que habitualmente visitaban a don Bernardo. Francia en tu pasado, en tu presente y en tu futuro, el tiempo se te confunde y los tiempos pasan como ventarrones que te desdibujan las memorias para crear ilusiones pasajeras de un ayer ordenado en el que fuiste prematuro pensador y en el que para combatir la manida filosofía positivista que dos generaciones antes había llegado de Francia, tú y los ateneístas opusieron el pensamiento de Henri Bergson, de Boutroux y la Grecia de André Chenier. La capital francesa fue la cuna de tu primer libro, aquel *Cuestiones estéticas*, que siempre quisiste con añoranza pero al que nunca dudaste en señalar algunos inconvenientes de expresión; el manuscrito lo había llevado el General Reyes cuando su rivalidad con Díaz lo obligó a seguir un exilio velado en Europa; ahí lo entregó a su amigo, el peruano Francisco García Calderón que a su vez, lo hizo llegar a Ollendorf donde fue calurosamente recibido. Cuántas veces en París repetiste los itinerarios de aquel

exilio paterno; cuántas veces miraste el hotel del Ateneo donde tu padre solía hospedarse y cuántas más imaginaste su encuentro con Rubén Darío.

País de los feacios, Francia tan cercana, tan querida, cuya cultura siempre te hizo sentir que como mexicano, eras tan occidental como cualquier francés y en tal sentido, tan heredero de su estética, de su pensamiento y de su espíritu como cualquier ciudadano del mundo. Siendo apenas un niño, nunca te faltó su presencia; a través de la lectura de la *Revue des Deux Mondes* y del *Mercur de France*, de tus primeras traducciones de los cuentos de Villiers de l'Isle-Adam; ¿te acuerdas, Alfonso?, aun antes del Ateneo sabías de memoria el *Cyrano* de Rostand y disfrutabas mucho recitándolo... *les cadets de Gascogne, à sa peau de charbonne...*; a lo largo de tu vida aparecieron en tu pensamiento Renan, Flaubert, Proust, Mallarmé, Rimbaud y luego Cocteau, Malraux, Morand... todos. Acuérdate de la mesa de trabajo en la biblioteca de tu padre: él mirando distraído un diario y tú, todavía un niño, leyendo *Las aventuras de Telémaco* de Fénelon. Nada en ti fue novedad, Alfonso, sino redescubrimiento; lanzado niño al mar de las palabras, a nadie debía sorprenderle que fueras un eterno Robinson reconstruyendo la cultura en la isla de tu pensamiento.

Sí, Alfonso, una isla en medio de un océano inmenso de palabras y de ideas, de cuerpos y sensaciones, una isla en París, como la *Île de la Cité*, como la *Île Saint Louis*, como la *Maison des Amis des Livres*, en la Rue de l'Odéon, gobernada con dulzura por la mirada inteligente de Adrienne Monnier; una isla, la de aquella mujer fantástica, prefiguración de Victoria Ocampo, donde

encontraste otros marinos, como Alexis Léger, a quien llaman Saint-John Perse, al que te unía no sólo la lectura atenta que habías hecho de sus libros años antes de conocerlo y la pasión por las buenas ediciones, sino también los recorridos por la costa mexicana que el antillano había hecho y que aderezaba con relatos extraordinarios y el gusto por la mejor artesanía mexicana de la que aquel corsario estaba siempre rodeado. Ese hombre no dejaba de fascinarte, su madre, una española orgullosa del ser criollo de su descendencia, le había enseñado al pequeño francesito la lengua española al mismo tiempo que en las calles y en las playas aprendía la lengua francesa, un niño prodigioso que había leído en la infancia las antiguas narraciones de la conquista de México, tal vez a la misma edad en la que tú deletreabas en francés las hazañas de Godofredo de Bouillon. Cuando lo conociste, salías a representar la Revolución y él volvía de sus años en China, ambos se consolaban del mal de ausencias contándose mutuamente aventuras que les habían pasado, las que les habían ocurrido a otros y las que, con sencillez e inocencia, ambos sabían eran sólo cuestiones imaginarias.

Si la librería de Adrienne Monnier era una isla, París era todo el océano, algunos corsarios pasaban veloces y otros, detenidos en puertos habituales, compartían los tesoros escondidos en sus bodegas, riquezas recogidas de entre el pueblo del opulento país de tesporotos y antes de que Hemingway fabricara el turismo cultural, creaban en los bulevares un ambiente donde las peripecias más audaces y disparatadas de la inteligencia eran cosas cotidianas y siempre posibles; entre aquellos corsarios que de tarde en tarde exponían sobre una mesa de La Coupole los

tesoros que coleccionaban, estaba Guillaume Apollinaire, aquel cubista que mantenía informada a la opinión pública francesa de todo cuanto acontecía en México a través de sus artículos en el *Mercure* y en *L'Europe* para los que su hermano Albert, a quien habías conocido en los días aciagos que precipitaron tu exilio, proveía de datos en más de una ocasión alucinantes. Para Apollinaire, México era una tierra fantástica dotada de potencias inusitadas y desbordadoras que trataba con curiosidad, con respeto y no sin cierta fantasía. Su libro, *La mujer sentada*, no dejaba de fascinarte, no sólo por cuanto irrumpía con el cubismo en el ámbito de la literatura sino porque te remitía a la nostalgia del exilio y te arrancaba lágrimas cuando, igual que Pamela, en los peores años te paseabas triste por la Porte Maillot.

Que en algo México se pareciera a París era una fantasía, un truco fomentado por y para los que nunca la habían visitado, una forma de decir que la Ciudad de los Palacios se aproximaba al ideal urbano que entonces –y para ti siempre– representaba la Ciudad Luz; pero en el fondo en nada, en nada de nada era parecido México a París, apenas tanto como un vasco a un oaxaqueño: en que ambos tienen dos ojos, dos manos y son capaces de lograr pensamientos agudos, fuera de eso nada; porque cada ciudad es una experiencia íntima, una vivencia transformadora, un viaje del exterior del cuerpo al interior del alma. Habitar la casa de la Rue Hamelin, fue parte de un viaje que, como en los libros de Proust, todo tuvo sentido y vida a través de tu memoria; todo lo demás se ha extinguido, todo lo que no alcances a capturar en los próximos minutos, Alfonso, se perderá para siempre, no sólo ya no será, sino que nunca habrá sido; tu memoria es el

reflejo de lo que fue y de lo que siguió siendo en ti al paso de los años, de lo que reconstruiste en la literatura, porque igual que pensaban los cubistas, Alfonso, sabes que el arte no captura la realidad, sino que la construye y la reconstruye sin parar ni detenerse a reflexionar. Saint-John Perse te empujó a terminar de matar en ti al discípulo del modernismo que nunca dejaste florecer, ese viaje interior que comenzaste en París, andando por la Place des Vosges, despacio, sin rumbo ni prisas con aquel pirata del Caribe, te hizo comprender que no te desentenderías de tus fantasmas si no los enfrentabas y los echabas fuera del ambiente barroco, de cristos sangrantes, madonas lactantes y santas en éxtasis; tuviste que despulir la piedra de tu recuerdo, volver a las palabras sencillas y contundentes para que te golpearan el rostro y así alcanzar la catarsis; que golpearan al lector con verbos definitivos para que pudiera comprender, desde la primera escena de la Ifigenia, que estaba presenciando la purificación definitiva; así, Alfonso, quisiste desprender a la lengua de las veleidades que Francia había inspirado en Darío, y era Francia también la que te empujaba a un ideal de idioma desnudo que funcionara impactando, creando y recreando hasta el fin de los tiempos, hasta el fin de tu tiempo.

Francia fue siempre para ti algo íntimo que llevaste dentro del corazón como un amuleto fortificante, algo así como la presencia de Anne Quéau, la sirvienta bretona que nacida en Douarnenez, aprendió el español con rapidez y suspiraba por la sidra mientras cuidaba del pequeño Alfonso en los arduos días de Madrid, que arrullaba al bebé con canciones francesas mientras tú leías las *Lettres de mon moulin*. De ella todavía tuviste algunas

noticias, como su matrimonio con un tonelero, buen hombre, Jule Corentin y que ya viuda, como te informaron desde su embajada para que enviaras por un paquete que te había dejado en herencia, murió el año pasado, sin haber olvidado jamás al pequeño Alfonso.

Descubriste París a pie, en tren, en barco, tus guías fueron Victor Hugo, Huysmans y Balzac. Toda la aventura transitaba entre la geografía prodigiosa de la ciudad y la geografía humana que la habitaba, punto de reunión universal, atraía de todos los continentes a los hombres con los que te sentías en una patria distinta, tus compatriotas en las letras, una especie de república independiente de los estados y unida a la humanidad por el pensamiento y la sensibilidad. En 1925, claro recuerdas aquel 28 de mayo, el PEN Club se reunió en París, encontraste a Díez Canedo que venía de España; de México, el entrañable Genaro Estrada; presidiste una mesa y compartiste espacios con Galsworthy, con Unamuno y con Pirandello; a veces, el mundo giraba sobre tu cabeza y te imponía un orden basado en un caos aparente, ir y venir que robaba tu tiempo al trabajo creativo, pero que enriquecía tu alma y tu sensibilidad; por eso, aunque no dejaba de inspirarte gran emoción, a la tertulia de Paul Fort, en la *Closerie des Lilas*, preferías la compañía de Apollinaire y siempre fuiste insistente en el reconocimiento de los derechos de la locura; así fuiste testigo de cómo Modigliani retrataba a Diego Rivera y –¿qué misterios encierra la memoria, Alfonso?–, lamentas todavía hoy no haber adquirido el cuadro de Amedeo que Angelina Beloff te ofreció entonces por tres francos: recuerdas como si fuera ayer el triunfo de Modigliani, tu pintor favorito,

en la exposición que la Galería Bing le organizó en 1935; entonces el tiempo, como hoy, como en La cena, se te enrevesaba y se te confundía, ¿estuviste en dos periodos en París?, ¿o acaso fue uno sólo con un intermedio de diez años en España?, ¿alguna vez dejaste Francia? o al igual que lo hiciste con Madrid y con Brasil –ése por otras razones– nunca lo abandonaste del todo.

De pronto, todos tus viajes te parecen uno sólo, largo como una vida en el que a veces el trópico parecía adentrarse en las Arénes de Lutèce y el paso de las cariocas no distaba mucho del frenético andar de las mariposillas que viste en tus exploraciones por Batignolles; como si la poesía de Graça Aranha pudiera, así de repente y sin previo aviso, transformarse en una abigarrada pintura del aduanero Rousseau; ahora que quieres esforzarte en que la historia te parezca coherente, que cada día y cada idea se ensamble en la perfección de una figura monolítica, como muchos quisieron verte, te das cuenta que la verdad en la vida es pura apariencia, contradicción de fachada y posibilidad descompuesta; la playa de Ipanema, la costa veracruzana y las pinturas del aduanero se mezclan peligrosamente en aquella exposición en la Grande Maison de Blanc que en 1925, marcó el ingreso de Rousseau a las colecciones del Louvre. Cuántas horas consumiste con Jules Supervielle, con Pedro Figari y con Mateo Hernández, discutiendo si los temas y los colores de Rousseau habrían podido originarse en un hipotético viaje a tierras mexicanas; la idea te emocionaba, Alfonso, para qué negarlo, te emocionaba con la misma intensidad y por las mismas causas que te llenaba de estupor descubrir en cualquier puente, en cualquier senda, la más mínima coincidencia que uniera a México con el mundo.

Cómo te emocionaba recordar los colibríes de Maximiliano y las estancias de Fray Servando en Londres y Burdeos; por eso no te fue difícil imaginar al pintor, con su cuaderno de bocetos, contemplando la vida pasar desde una mesa en los portales del puerto de Veracruz. Apollinaire y Picasso aseguraban que Rousseau, joven aún y como corneta de órdenes, había hecho la campaña de México con Maximiliano. Apollinaire se había referido a los viajes del pintor en sus *Anécdotiques* en el *Mercur de France*, Picasso y André Salmon lo habían frecuentado en 1910, su último año de vida; sin embargo, todos coincidían en que el aduanero no conservaba grandes recuerdos de sus años americanos, aunque solían referir su nostalgia por algunos apetitosos frutos tropicales que ciertamente estaban vedados a los soldados; para Apollinaire, la prueba de la estancia de Rousseau en México radicaba en la memoria visual de la exhuberancia que había quedado impresa en la retina del joven aventurero y que había renacido en el pincel del anciano, algo así como una memoria estética, desde luego, muy superior al recuerdo cerebral que según parecía, había sido borrado por los años. Cuando en las reuniones se tocaba el tema, irremediablemente Guillaume repetía los versos que había escrito para el homenaje que Pablo rindió al aduanero en 1908:

*Tu te souviens, Rousseau, du paysage aztèque,
Des forêts où poussaient la mangue et l'ananas,
des singes répandant tout le sang des pastèques.
Et du blond empereur qu'on fusilla là-bas.*

*Les tableaux que tu peins, tu les vis au Mexique,
Un soleil rouge ornait le front des bananiers,
Et valereux soldat, tu troquas ta tunique,
Contre le dolman bleu des braves douanniers.*

Pero cada paso que dabas en la búsqueda de Rousseau te aproximaba a la misma conclusión; cada cuadro que admirabas te dirigía al mismo punto de llegada; cada hombre o mujer que se ofrecía a guiarte en la travesía, como Cassou que te llevó a la casa de Robert y Sonia Delaunay, te empujaba a concluir que el aduanero nunca había pisado tierras mexicanas, aquella vegetación se aproximaba más al África y al Brasil que a las montañas jorochas; que sus simpáticos monos tenían más un aire de zoológico que el de un azorado encuentro con las milicias francesas en su paso por las veredas huastecas y aún más, sus pinturas con temas exóticos, apenas se presentaban, eso si con una frecuencia obsesiva, en los últimos seis años de su vida; como si los años de la mocedad los hubiera reservado para consumirlos en la vejez, cuando más falta le hacía el sol, los amplios cielos azules, las mil y una tonalidades del verde vegetal para sobreponerse a los grises que a veces pueblan la mirada del habitante de los bulevares parisinos. A cada paso, mientras más te enamorabas de aquella pintura inocente como la desnudez de un niño, como la sonrisa de una adolescente brasileña, era más claro que al igual que Chateaubriand, Rousseau nunca había visto la América que describía, que el aduanero no se había inspirado en México para pintar sus junglas y sus manglares; que aquella naturaleza soberbia sólo había tenido lugar en su imaginación y se había

forjado con los modelos trasplantados que podía ofrecerle el viejo Jardin des Plantes y tal vez, con algunas estampas de Buffon; cuando al paso de los años la crítica confirmó la conclusión a que habías llegado por tu observación, te diste cuenta que en realidad, nunca hubo falsificación; hoy, cuando sabes que estás muriendo, Alfonso, sabes mejor que nadie que la memoria no es el retrato de lo que fue visto y sentido, sino la película en que se refleja lo que fue, lo que pudo haber sido y lo que se deseó ardientemente que fuera. No es que el aduanero Rousseau hubiera visitado México, sino que lo soñó con tal intensidad que no tuvo más remedio que dejar salir sus ensoñaciones en cuadros llenos de un color maravilloso. ¿Acaso no será París un sueño que se te ha prolongado durante los últimos cuarenta y seis años?, un sueño al que regresas cuando el peso de las envidias y del *jijismo* mexicanos te obligan a retraerte a lo más hondo de ti mismo y en esa oquedad, donde te reúnes con Saint-John Perse y con Valéry Larbaud, rehaces las veladas en La Coupole.

En tus memorias de París casi siempre aparece Larbaud, con su Fermina Márquez, con su gentil esnobismo, casi a la altura del dandismo de Wilde, ofreciéndote el ingreso a los conciliábulos secretos de las letras parisinas, núcleos de artes, centros de ideas y junta de hombres y mujeres libres sumados a la sombra de grandes memorias. Nadie entraba en aquellos círculos sin la recomendación, tácita o manifiesta de algún iniciado; Larbaud fue tu aval en aquellos núcleos que en las tardes mexicanas apenas habías imaginado como parte de una moderna y lejana mitología. De entre todos aquellos círculos, que en Madrid, más modesta y hogareñamente llamaban tertulias, ninguno tenía

el sabor y la potencia que encontraste en la Rue de l'Odéon 7, donde se ubicaba la librería de préstamo de Adrienne Monnier. Adrienne Monnier, estoica y pagana a un mismo tiempo, era la luz de lo que ella llamaba, atinadamente como hoy lo sabes, el último salón literario de París, pero también el primero de los círculos de pensadores que luego el mundo se habituó a ver por algunos años. En aquel rincón de París, un día Apollinaire había descubierto un mundo nuevo ante los ojos asombrados de André Breton; en sus mesas de café, vueltas escritorios de trabajo, viste a Larbaud y a su equipo traducir a la lengua de Racine el *Ulises* de Joyce; de algún modo, te recordaba aquellas lecturas colectivas de los *Diálogos* de Platón con que los ateneístas se habían entrenado para su marcha firme en el mundo de las ideas; pero también te impresionaban las carencias provincianas del México que hacía varios años habías abandonado; no dejaba de deslumbrarte el espíritu lúdico y libre que animaba a aquellos talentos; eclécticos e independientes habían logrado separarse de la necesidad pedagógica, del programa preestablecido que en tu juventud juzgabas absolutamente necesario para el ambiente mexicano; en París los viste como autores, como escritores y artistas, entregados a su obra y sin más compromiso que su creación, mientras que en México parecíamos no poder separarnos del espíritu del evangelizador y a veces, del encomendero; sentías entonces el ansia de crecer, de ver en tu país el florecimiento de una inteligencia así, libre y creativa, un ansia mezclada con la tristeza que te causaba ver que incluso los ateneístas caían con frecuencia en la tentación de la crítica manida y academicista que Adrienne Monnier tanto aborrecía y señalaba con mordacidad y

acidez en las revistas de la Rive Gauche, como la de *Deux Mondes* y la de los *Annales*.

En la librería de la Rue de l'Odéon, eran bien recibidos surrealistas y neoclásicos, novatos y veteranos, siempre que tuvieran el ímpetu creativo y la sinceridad suficientes para impactar el alma de aquella lectora de espíritus que era Adrienne Monnier. De modo que la cultura era precisamente eso, la vida, la vida toda, la forma de ser en el mundo; cultura era lo que se hacía en la casa de Adrienne Monnier; una manera de ser que se movía desde los escritorios y los libreros hasta la cocina y la mesa. Manuela y tú eran recibidos con frecuencia en los banquetes diminutos que la librera organizaba honrando el trabajo de magníficos gastrónomos con las recetas que sabía de memoria por su origen alsaciano; comidas y cenas suculentas y maravillosas, nunca superiores a cinco o seis convidados donde desfilaban, en la sutileza de una buena y desenfadada charla de sobremesa, los temas capitales de la vida intelectual francesa; fue en una de esas ocasiones cuando Adrienne te comentó su proyecto más sincero y audaz: subastar su biblioteca para cubrir el déficit financiero de su revista *Navire d'Argent*, la misma que una vez había acogido en páginas privilegiadas la traducción que Marcelle Auclair hizo de tu poema Golfo de México. Adrienne Monnier, al vender su biblioteca, rendía culto a su independencia, a su autonomía, atributos que hacían posible y daban sendito a la revista. Al mismo tiempo, su gesto exhibía, su poderosa e imperturbable fe monacal en la amistad, pues al ofrecer sus amados volúmenes a sus amigos, les daba la oportunidad de ponerse de su lado en el ingrato trance de la falta

de dinero; tanto así que incluso algunos como Larbaud, le enviaron hermosos libros para su venta. Sin embargo, sólo tuviste valor para asistir a la primera sesión de la subasta, era terrible ver el desmembramiento de su magnífica biblioteca, por más que la suya fuera una buena causa y los compradores fueran bibliófilos reconocidos que más que comprar, adoptaban libros para darles un nuevo hogar. Manuela siguió por ti hasta la última de las sesiones de la venta; una noche volvió a casa con un ejemplar de los poemas de Edgar Allan Poe, traducidos por Mallarmé, en su edición original; autores de las piezas subastadas se confundían con los compradores: Paul Valéry, Duhamel, Valéry Larbaud, Montherland, Jules Romains, Claudel, Max Jacob, Saint John-Perse, Radiguet, Morand, Lacrosette, Cocteau, Jaloux, Giradoux, Léon Paul Fargue, Miomandre, Apollinaire y Du Gard, habían hecho de aquello no una subasta sino toda una representación donde el libro, Adrienne Monnier y la amistad, habían sido los verdaderos protagonistas.

CAPÍTULO VI

De pronto lloras, Ulises, te consumes dejando ir el llanto por ambas mejillas. Como llora la esposa estrechando en el suelo al esposo que en lucha cayó ante los muros a vista del pueblo para salvar de ruina a su patria y sus hijos: le mira que se agita perdiendo el respiro con vómitos de muerte y abrazada con él grita y gime; la hueste contraria le golpea por detrás con las lanzas los hombros y, al cabo, se la lleva cautiva a vivir en miseria y en pena con el rostro marchito de tanto dolor. Así, Ulises, de los ojos dejas caer un misérrimo llanto; ojalá París hubiera sido siempre para ti noche de fiesta y de Champagne rebosando en las copas, ojalá siempre hubiera sido el mercado de Les Halles, donde los pescados frescos, apilados en fantásticas pirámides servían de escenografía para el juego de la vida. Pero París fue también el del llanto y el del sufrimiento; enlutado y desangrado como virgen de Viernes Santo, como una Santa Genoveva impotente y lacrimosa, mientras los bárbaros ocupaban los bulevares el 14 de junio de 1940. Tarde cruel aquella la de la humillación y el abandono en que quisiste embriagarte de trabajo, pero tarde también en que ni las letras fueron suficientes para

borrar la amargura y la angustia de la ciudad tomada que era como una invasión a tu propia alma.

Angustia, Alfonso, angustia de lo que previste y que diabólicamente se hizo realidad; todo el mundo sumido en la hoguera de la locura, sin momento ni lugar de reposo y tu con las manos vacías de fusiles, sólo con tu voz, tu pluma y tu memoria para rescatar de entre las ruinas lo poco que los bárbaros invasores pudieran dejar si no intocado, al menos reconocible. Volver a Francia, volver a París, te dijiste entonces, tenías que volver a París de alguna manera, para acompañar a Francia, a su capital y a su gente en el momento más cruel de su tribulación y de su prueba. La única manera posible era invocar el espíritu que ni todos los engendros del Reich podían mancillar, lo único que seguramente podía pasar desapercibido a sus ojos tintos de rabia y de soberbia; la dulzura prístina de la cultura francesa, los sabores de su cocina y el espíritu de sus vinos. Paradójica respuesta, Alfonso, sonreír en medio de los funerales y sin embargo, afirmación leal y congruente con el pueblo y la cultura que te enseñaron el arte sublime de vivir agradablemente. Nada podían Hitler ni sus hordas asesinas ante la ligereza de Francia y de su alma inmortal; en cada página de las *Memorias de cocina y bodega* derramaste lágrimas que mezclabas con las delicias que describías; una vez salida de los hornos de la imprenta fue tu homenaje a tus amigos franceses que sufrían su guerra en el exilio. Nunca hubo fecha tan lúgubre como aquel 14 de julio de 1940; Pétain traidor mataba la divisa de la República Francesa a la que concedías el carácter de lema de todos los hombres libres. Días después, cuando Stravinsky pasó por México y

orgullosa ostentaba su nacionalidad francesa como una heroica medalla concedida a su talento y a su hombría, no te quedó ninguna duda: Francia no moriría, París no se dejaría matar de humillación y de miseria, porque agazapada en sus cocinas, en sus acordes y en sus páginas mejores, renacería eterna y limpia como siempre supieron guardarla quienes llevaban en el pecho la huella indeleble de su cortesía.

Francia, Alfonso, Francia que lo fue para ti el todo de un momento de tu vida y siempre el puerto que llevabas en la pluma del bolsillo para retornar cuando la jornada se hacía insostenible. Presente siempre como un susurro de Odette de Crézy, como una carcajada de François Villon; apenas ayer, como una página escrita en la prosa perfecta de aquella joven a quien no conoces, Marguerite Yourcenar, y que en los últimos días te ha traído la paz inefable de aquel pliegue de la túnica por la que Dafnis y Cloe supieron transformarse en Pablo y Virginia y aún así, con toda la pasión, supiste siempre que Francia es una especie de idea encarnada en un momento histórico, que ni todas las fuerzas, ni todo tu amor sería suficientes para aprisionar su eterna cultura en el lapso estrecho de una vida que, en lugar de consunción es apostolado. El destino tuvo el atrevimiento de demostrártelo apenas hace unos días; Roger Caillois te pidió que te hicieras cargo de la edición de las obras de Góngora para la La Pléiade; sin remordimiento, pero no sin pena, le pediste que dejara la tarea para alguien joven que quisiera poner al Polifemo en el lugar que le correspondía junto al Tartufo y a Eugénie Grandet.

Ya no leerás más, Alfonso, ni sabrás a dónde te conducirán los pasos perdidos de Camus, aunque lo hayas acompañado tan-

tas veces; serás crepúsculo y sombra cubriendo el barrio de Saint Germain, mientras algún mexicano, que aún no nace, camina despacio en una noche de verano y toma impulso recordándote e imaginando que es un debutante oculto y desconocido pero presente en las mesas de mármol de la Brasserie Lipp. Ahora, cuando te estas muriendo y ya casi nadie quiere escuchar a Marin Marais, cuando los buenos modales, el reloj de bolsillo y las cartas escritas a mano ya casi no impresionan a las mujeres; cuando sabes que apenas restan algunos minutos antes de partir, Alfonso, ves París no como una doble estancia diplomática sino como una presencia constante, una rara luz en tu vida, algo así como la diminuta sonrisa de Gretchen, la rubiecita alsaciana que te vendía cada mañana el diario en tu primera estancia, ¿o fue en la segunda? ¿tiene eso importancia? Sigue, sigue, Alfonso, el segundero aminora su marcha, tu marcha, la belleza tiene sus privilegios y torcer el tiempo con el recuerdo sigue siendo uno de ellos.

Francia te ponía a flor de piel tu mexicanidad; sin saber porqué, pero no te asimilaste a lo francés, mas bien lo adoraste desde tu rincón del Valle de Anáhuac; Amado Nervo te explicó una tarde de café en la Closerie de Lilas que los mexicanos son hijos de árabes soñadores y de aztecas tristes y religiosos, que han chupado la leche de la melancolía, que nunca se divierten más que a medias; cierto, así se veían tú y todos los mexicanos que por una y mil razones se encontraban en París y a quienes la espontaneidad de la Ciudad Luz les hacía comprender mejor su angustia de mexicanos. Así tú y esos dos jóvenes mexicanos, Adriana y César, que se conocieron en París y que fueron a visitarte a la Legación,

poco antes de dejar París definitivamente, para que los casaras conforme a las leyes de su tierra y a cuya hija, Almudena, conociste años después en 1943, hecha ya una jovencita idéntica a su madre, cuando con Jules Romain y Antonio Caso, colaboraste en la fundación del IFAL. Todo eso es para ti París, recuerdos y lecturas que le dieron color toda tu vida.

¿Quieres llorar, Alfonso? Hazlo ahora que nadie puede verte; hazlo igual que en aquellas vacaciones de 1921, cuando visitaste París en compañía de Genaro Estrada y el hacía él disimulado leyendo el periódico mientras tu llorabas bajito en la esquina de tu cuarto del Grand Hotel del Boulevard des Capucines; llorabas sólo por el gusto de una vez más estar ahí. Fuiste y volviste a París por siempre.

Jano Bifronte, dios tutelar de tus días europeos; si alguna vez arribaste como el oscuro funcionario de una lejana república en llamas, después los escritores de Francia te recibirían como a uno de sus pares: entrevistas para el *Paris Times*, Francis de Miomandre te saludó desde *L'Europe Nouvelle* y Jean Cassou desde *Le Journal Litteraire* te organizó una bienvenida donde, por primera vez, el sujeto principal no fuiste tú, sino tu obra. Según Larbaud, en ese momento, el estudio metódico de la literatura mexicana debía comenzar por tu obra; ¿qué efecto tenían en ti esos homenajes?, seamos francos, Alfonso, no dejaban de enorgullecerte y siempre te dieron la dulce sensación de ser reconocido y querido; pero para esas alturas ya habías madurado como para saber que, en su mayor parte, los premios y los reconocimientos son hijos muy menores de las circunstancias, que llegan y se van con mayor veleidad que las censuras y los mal-

querimientos; lo tomaste más bien como un pasaporte para circular libre y seguro en los dominios de las letras francesas. Había pasado así también en España; ambos países, ambas tradiciones, las trajiste siempre, como semillas en la palma de la mano para derramarlas en México y esperar su fruto. Mientras los conciliábulos en tu país debatían sobre la prelación y el valor de ambas presencias, para ti toda esa ecuación se resolvía en la idea de la cultura occidental alentada por la privilegiada situación histórica y geográfica de México que le permitía abreviar de todas las fuentes con legítimo derecho; ¿qué necesidad había de esa mezcla rarísima entre H. G. Wells y Vasconcelos, que con pompa y misterio llamaban la raza cósmica?, a tus ojos hubiera bastado y basta, con que México se atreviera, y es necesario mucho valor para ello, a aceptar y asumir todas sus herencias, de modo que siendo generosamente nacional, pudiera ser libremente universal. Hacer cultura es liberarse. Ese ambiente cultural ideal fue el que reprodujiste en tu círculo íntimo de amistades en París; hombres y mujeres diversos, tan diversos como Jules Romains y la bella, bellísima Kikí, la modelo de ese otro amigo, yanqui loco y genial que fue Man Ray; Toño Salazar, Gregorio Prieto y el paso agridulce de Pepe Vasconcelos. Te hiciste, te deshiciste y te volviste a hacer entre ellos, fiel al principio que fue el rector de tu vida: el derecho de cada hombre a escoger su destino, a ganar una tierra lejana para evadir la maldición de su propia casta.

Así te salvaste, Alfonso, así te liberaste. Luego dirán que fuiste un viajero ávido de ver el mundo, cuando en realidad, pocos sabrán que durante años fuiste un fugitivo de ti mismo y que no anhelaste volver a tu patria hasta que, templado por la visión, la

vivencia y la pasión de otras tierras y otras voces, te supiste tan lleno de ti, de ti mismo, que ya eras muchos; que te supiste capaz de volver siendo otro porque habías logrado revelar el complejo misterio que significa decir yo soy. Te vas, Alfonso, pero te vas libre, sin más equipaje que el tuyo propio, lograste finalmente dejar atrás las cargas que no te correspondían; si volvieras a ver a tu padre podrías decirle que al final de la jornada, no te dejaste matar de bala perdida y ahora cuando el reloj cruza la frontera entre los minutos veinticuatro y veinticinco, sientes el alivio del tiempo untuoso que ha perdido la prisa, no sientes deseos de incorporarte, ni siquiera de vivir un poco más, te conformas con los minutos que tienes, sabes que hay tanto con qué llenarlos que te das cuenta que es posible morir sonriendo. ¿Qué te enseñó París, Alfonso?

París acabó de convencerme de que uno de los primeros deberes está en procurar que nuestra vida y cuanto de cerca nos rodea despidan, ante todo, un aliento de agrado; que la vida sea en lo posible grata y dulce, que se parezca ¡ay amigos! a lo que soñamos los hombres.

Este ánimo de saber vivir, de vivir siempre hasta el fondo, era en ti sumamente expansivo; al promover la imagen de tu país lo hacías no sólo por cuanto era tu deber diplomático, sino porque estabas seguro de que la América española era algo digno de verse y que nadie podía considerarse con una cultura completa si no había conocido tu continente; así, impulsaste a Morand a viajar a México; junto a él a Paul Valéry, a Edmond Jaloux y a

Jacques de Lacretelle; hombres que colaboraron contigo en la construcción de tu rostro finalmente completo.

Francia había terminado la tarea de tu salvación, había logrado a través de su cultura y del dulce sabor que pudiste descubrir en ella, que afianzaras una idea política que el lector atento podría descubrir bajo la epidermis de algunos de tus ensayos; te acuñaste una idea de la política que no se parecía en nada a ninguna de las *vendettas* gangsteriles que bien conocías y que tanto asco te producían; tampoco tenía puntos de contacto con aquella técnica de la histeria que difuminaba las voluntades de los hombres y los dejaba a merced de los más fuertes y de los más poderosos; no, Alfonso, tu idea política estaba hecha de otra materia, no quería hacer descender a los ángeles para que guiaran a los hombres en sus luchas y angustias terrenales, pero tampoco quería ver a los hombres divinizados actuando fuera de sus necesidades, las más elementales y las más complejas; querías un arte de sensatez y equilibrio, una sociedad de ligas solidarias que no se basara en el desencuentro enconado de las clases, sino en la acción igualadora de la justicia y por supuesto, de la educación y la cultura; una extraña combinación de las tendencias socialistas más generosas y de las nociones de orden vertidas en el discurso de hombres como Berthelot, Herriot y Aristide Briand; que aun cuando no eran del todo iguales, sí alcanzaban a rozar tu creencia firme en la conspiración de las buenas voluntades que elevaba a todo hombre a la condición de ciudadano libre.

Y así, soñando, te construiste ese mundo que, como el sol de Monterrey, viajó siempre contigo; así, soñando te hiciste de todo

cuanto fue bueno y agradable para ti: el espíritu de la psicología de Proust, los vinos de Francia, –especialmente el Médoc– y la imagen y el recuerdo de Kikí de Montparnasse. De ella no logró engañarte el halo en que la envolvía la cercanía de Modigliani, de Soutine y de Kieslign, que era su atractivo para turistas, pero te embrujó su belleza morena de borgoñona casi española, su forma dulce de estar y de no estar, de disminuir juguetona el espacio para aniquilarse luego en esa autocontemplación que hacían de ella la modelo perfecta. El secreto que compartió contigo: haber trabajado como ayudante de un panadero durante la Gran Guerra cuando todos los jóvenes partían a las trincheras, la hacía a tus ojos tan apetecible como un bocadillo de crema; porque amaste los cuerpos, Alfonso, tanto como los espíritus y las voces, amabas los cuerpos porque materializaban y daban vida y movimiento a todo aquello deseable que tenían las almas; nunca fuiste un ángel, Alfonso, por más que fueras un hombre que bien entendía el llamado de lo divino, nunca te volviste místico, porque siempre fuiste humano, acaso terriblemente humano y así soñando, escribiste para Kikí:

Y ya que, de andar en harina
 sin amores, sin amores ¿eh?
 se enmascaraba de abajo arriba
 y tan blanca como un pastel,
 ¡aquella vaga sensualidad
 de salir y hacerse ver!
 Y le pedía a la patrona
 dos o tres encargos que hacer.

¡Maligna cosmética blanca
del tocador del marmitón!
La travesura se le asoma
por los ojos al balcón.
Y era, en la pena de París,
bajo el trueno gris de la guerra,
pan del cielo, y Alicia en tierra,
y entre los poetas, Kikí.

Sin miedo, Alfonso, anda sin miedo entre los labios y las pieles, con afán de viajero y de descubridor, ya la jornada se acerca al fin y el tiempo sereno y lento va casi rozando el minuto veintiséis. Tal vez ese acercamiento y esa experiencia de lo hermoso y lo sensual sea lo que más te duele abandonar en este momento. Siempre con sed de belleza en cualquiera de sus manifestaciones cada una de las facetas de tu existencia recibió un baño de esta necesidad. Incluso tu relación con Dios estuvo condicionada por tu forma de percibir el mundo; como Chesterton, guardaste por la Iglesia de Roma, un respeto histórico y estético más que religioso, amaste en ella su boato, su ritual y sus tesoros; fuiste y viniste a ella sintiéndote en lo que el autor de *Ortodoxia*, cuya traducción disfrutaste tanto, llamaba la congruencia y la plenitud romana; por eso, como a Larbaud, te repelía la religión protestante: Dios no podía ser tan triste y tan frío como aquellos templos desnudos. Sí, Alfonso, nunca dejaste de ser aquel niño que se negaba a hacer la primera comunión porque decía ser librepensador. El conflicto religioso íntimo, la lucha de cada uno por encontrar la voz de Dios, nunca fue para ti una parte central

de la personalidad, como lo fue para Rilke, el taciturno visitante de la casa de Jean Cassou; al poeta se le notaban sus ansias religiosas como una pátina que cubría todo su ser de hombre; para ti, en cambio, todo era más diáfano, como en Goethe, más luminoso; hoy lo sigues creyendo, en tu íntima teología no es el juicio ni la resurrección de la carne lo que ocupa el lugar central, ni siquiera la salvación, sino la comunión del hombre con el todo, el religarse a lo creado y, a veces, al Creador.

Como emergiendo de una marejada los recuerdos se te van ordenando; los días en París debían terminar y ratos, también lo deseabas; aspirabas a una vida social menos agitada, con más tiempo para tus libros y más reposo para la lectura; podrías haber sido feliz durante toda la eternidad en la dulce Francia, pero tu vocación de viajero y tu sino de mexicano te habían impulsado ya a pensar en otras rutas.

El 12 de marzo de 1926, el gobierno de la República Francesa te confirió el grado de Comendador de la Legión de Honor, entonces compartiste con tu padre uno de los reconocimientos a los que más afecto profesaba. Como siempre, además del placer y de la carga emotiva, entendiste el mensaje que entre líneas, habrías de interpretar: debían ser ciertos los rumores, pronto serías retirado de París a un destino que todavía no conocías y que de acuerdo con la sagrada costumbre nacional, te sería revelado en el último minuto. Esta vez no habría aprensiones ni temores más bien un sabio, lánguido dejarse hacer; un dejarte llevar por la circunstancia. Si bien desde días antes de que supieras lo de la Legión de Honor, un cable te había ordenado suspender los preparativos de tu eventual viaje a España, donde un primer rumor

te ubicaba y aguardar la llegada de Alberto Pani como tu sucesor; una vez cumplidas estas instrucciones, volverías a México, donde te sería extendido tu nombramiento para Buenos Aires. Después de que el gobierno francés se tomó la molestia de homenajearte ya no había duda, la partida era un hecho, aunque la llegada a Buenos Aires podría no ser más que una de las constantes contraórdenes a las que ya estabas acostumbrado. Finalmente Pani llegó el 16 de marzo, inmediatamente le entregaste la Legación. Antes de partir aún te dio tiempo para corregir las pruebas de las *Cuestiones gongorinas* y mientras empacabas veintitantas cajas de libros y quién sabe cuántas de archivos y papeles, te dejaste ver y celebraste con los argentinos la bienvenida y con los franceses, que en número de mil –según leíste sonriendo después en las crónicas sociales–, te despidieron en la Rue de la Madeleine. París te decía adiós, aunque nunca supiste ni sabrás, si despedían al escritor, al amigo, al representante de México o al hombre que iniciaba nuevas rutas; ya al final, casi para partir, el buen Martinenche, en representación de la *Revue de L'Amérique Latine*, te obsequió con una cena de doscientos cubiertos; al Cercle Paris–Amérique Latine, llegaron Anatole de Monzie, Mathilde Pomés, cartas de España, de Buenos Aires y de Bogotá; Paul Fort te escribió en nombre de los autores franceses y Gabriela Mistral te dedicó algunos poemas y tú, sonriendo y cerca del cielo, te marchaste con esa mezcla agrídulce de alegría, nostalgia y deseo de aventura que te acompañó en todas las despedidas. Todavía, en el embarcadero en donde abordarías el *Espagne*, el subgobernador de Saint Nazaire no te dejó partir hasta que te despidió a bordo; ni siquiera tuviste que marchar solo, ahora te acompañaba la familia Rosenzweig Díaz.

CAPÍTULO VII

A ratos te veo y no puedo reconocerte; brevísimas briznas de tiempo en que no puedo reconocer tus rasgos, ¿Ulises?, ¿dices tú, tan mayor que eres hijo de Ulises? Mas cierto, tu cabeza es la misma de aquél y el fulgor de tus ojos, muchas veces nos vimos en tratos recíprocos antes que él tomara la ruta de Ilión en los combos bajeles arriesgándose al mar con otros magnates aqueos, desde entonces ni vi más a Ulises ni Ulises me ha visto... ¿Pero eres tú el que vuelve? Regresas en el *Espagne*, Alfonso, un barco apenas más joven que tú. Pocos años después de tu nacimiento, Chantiers & Ateliers de Provence construyó un buque que no podría pasar a la historia por sus dimensiones; apenas 11,155 toneladas, 537 pies de largo, 15 nudos de velocidad máxima y dos mástiles. Un barco donde a tu regreso, ya niño pudo jugar el pequeño Alfonso; el *Espagne*, del que fuiste uno de sus 296 pasajeros alojados en camarotes de primera, el *Espagne*, en el que nunca más volviste a navegar y que, sin embargo, aún después, mucho después, seguiría siendo parte de la historia de Alfonso Reyes; qué corta es la vida de los barcos, Alfonso, pero que rica; viven las vidas de sus pasajeros y tam-

bién la suya, independiente de su tripulación e independiente de quienes en ellos van y vienen; recuerda el *Espagne*, Alfonso, que se hizo a la mar, la vez primera el 5 de octubre de 1910 cuando tú te empeñabas en echar a andar el Ateneo; ese día desplazó sus toneladas de Saint Nazaire a las Indias Orientales. El *Espagne*, Alfonso, el que en febrero 11 de 1911, inició su ruta americana por la que fuiste salvado y por la que tus amigos salvaron la vida y la esperanza. Tan corta y tan intensa la vida de un buque; así, Alfonso, acuérdate de aquel día de 1934, cuando leíste en un diario que el *Espagne* moría con dulzura y dignidad en su casa, en los astilleros de Saint Nazaire, y que no pudiste evitar el llanto. Así, Alfonso, tan corta y tan intensa como los minutos que aún te quedan, ahora que el reloj ha cruzado ya el minuto veinticinco.

El *Espagne*, vía Santander, Gijón y La Coruña, te fue aproximando a México. Más mesurado que la vez anterior, te dirigiste como a una cita con el destino, dispuesto a aceptar lo que pudiera depararte, dejándote llevar al amparo de tu buena estrella y del cortejo de delfines que te acompañó hasta las Islas Azores. Llegaste a La Habana y ya ahí casi te sentías en Veracruz y comenzaste a experimentar la bienvenida. Tomaste un leve descanso entre las palmeras del Vedado y diste algunas entrevistas en las que un ahora famoso escritor volvía a casa por unos días. De pronto, te llama la atención aquel personaje que se han construido y te das gusto dejándolo hacer, responder a los periodistas y posar para los fotógrafos; no sin control, el otro Alfonso, el sofisticado hombre de mundo, te mira con su sonrisa pícaro y profesional pues sabe que sus minutos están contados

y que deberá dormir hasta nuevo aviso una vez que te quedes a solas con Manuela en tu camarote esperando llegar a Veracruz.

Ya en la patria te reciben autoridades, jóvenes escritores que no conoces y hasta un telegrama de Maples Arce; ese mismo día 7 de abril, recuerda ahora que la memoria no te engaña, que abordaste el tren con rumbo a la Ciudad de México. Cómodo, descansado, sin presiones, discurre el viaje y a tiempo de pequeñas veleidades, dejas que el otro Alfonso ensaye su papel y te da un poco de miedo aficionarte a su presencia y engolosinarte con su comportamiento; entonces, apenas un poco después de Córdoba, al entrar en un túnel, en la repentina oscuridad oíste un golpe y un alarido, luego, apenas un ligero golpeteo que se apagó de pronto y finalmente se hizo el silencio. Cuando el tren se detuvo en la siguiente estación, fuera de itinerario, saliste para averiguar qué había pasado. Un muchacho que había subido de mosca en el tren, al pasar el túnel se había fulminado, justo arriba de tu cabeza. En el momento en que tornas la mirada, en frente de ti, quemado, descendieron su cadáver. ¿Quién era aquel que sin duda iba a México a probar fortuna? Nunca lo supieron, pero en tus adentros, ahuyentaste los fantasmas de la veleidad porque caíste en cuenta que tú también eras aquel muchacho y no estabas tampoco exento de las desgracias que tan sólo en la superficie habías conjurado.

Llegaste a México más sereno. Desde la estación las recepciones fueron sucediéndose; primero, la familia ya tan dispersa y menguada; después el buen Genaro, cuya estrella estaba próxima a su cenit y que oficiaba en Relaciones de tu ángel de la guarda. Cada día que pasa es un reencuentro y el país que

entonces admiraste era ya distinto del que habías dejado: calles, tráfico, carreteras y centros fabriles; la Revolución tenía un buen rostro y por primera vez, desde aquel aciago 1913, tuviste la intuición de que algún día, próximo o lejano volverías para siempre y hasta tuviste el impulso de buscar una casa que comprar con el crédito de la Caja de Pensiones al que ya tenías derecho. Sin embargo, la altura de la Ciudad le dio un primer golpe a tu corazón; te sentías fatigado y la respiración se te dificultaba; desde entonces nunca pudiste quitarte la sensación de aquellos días y guardaste la premonición de que sería ese músculo sagrado el que algún día habría de traicionarte y que, un día como éste te mataría. Quién sabe, Alfonso, también te oprimía el pecho ver a los amigos dispersos y desinteresados, como si no supieran que vivías de y para los afectos. Eran otros quienes te tendían los brazos y te hacían un sitio en medio de aquel ambiente político confuso, enrarecido, entre el silencio impenetrable de Calles, los anhelos presidenciales de Gómez, las ambiciones de Obregón y la inquietud de Serrano; aquel general que quiso convidarte a su aventura cuando te invitó a que hicieras la primera llamada telefónica entre México y Tampico y al que no quisiste seguir porque desde hacía mucho ya no estabas para aventuras y quijotadas. Triste final, Alfonso, Martín Luis te lo contó todo antes de ponerlo en blanco y negro.

Apenas unos días después de tu llegada ya estabas siendo llamado por el General Calles, le habías sido leal en la revuelta religiosa desde tu trinchera en Europa y le reconocías como hombre de acción empeñado en hacer de México un país más moderno; mientras caminabas con él en los andadores del Castillo de

Chapultepec te diste cuenta que el peso histórico de tu padre se había desvanecido, el antiguo régimen había dejado al fin de ser el enemigo y en su sitio, las batallas políticas y los proyectos revolucionarios ocupaban la arena de los hechos. Cuando te contó sus proyectos y avances en agricultura, le recordaste los planes de Hidalgo para introducir en México la vid y el gusano de seda; en fin, una charla cordial que te dio la certeza de estar pisando suelo seguro. Te enteraste que Aarón Sáenz se iba a Nuevo León como candidato de Calles a gobernador y que tu gordo querido, el bueno de Estrada, quedaría encargado del despacho de Relaciones. Te confirmaron tu nombramiento como ministro en Buenos Aires; te sentiste tranquilo, no había más que ver, acaso permanecerías unos días más por encima de la indiferencia de quienes tu creías te añoraban. Así, atados los cabos sueltos, te reuniste con los muchachos de Los Contemporáneos, que te dieron la sensación gratísima de la continuidad cultural en México y partiste a Monterrey atendiendo al llamado que Aarón Sáenz te hacía.

Qué vida, Alfonso, ¿no es cierto?, la política te perseguía por más que tú quisieras ocultarte de ella. Qué distinto todo en Nuevo León: afecto, cariño, admiración y respeto; los amigos y las familias unían a los aplausos que te daban vítores al nombre de tu padre; aquí sería siempre Bernardo Reyes, el patriarca, el civilizador y el guía; en torno tuyo se reunían las familias amigas ligadas por nexos históricos: los Dávila, los Sada, los Larralde, los Muguerza y los Flores. El Cerro de la Silla y toda la cordillera hasta la Cola de Caballo te recordaron los valles y estribos del Pirineo. En medio de un deslumbrante desarrollo, la sociedad

laboriosa, digna y con excelente memoria te dejó partir después de una serie de homenajes dulces y sencillos, hogareños y como aquella vez en el Madrid de tus dolores y tus alegrías, estuviste a punto de renunciar y esta nueva vez, quedarte para siempre en tu tierra ancestral, en el mundo de tus manes y de tus lares cuyos iconos coloridos llevaste por doquier en el bolsillo del chaleco, como al Sol de Monterrey que a veces, a pesar del silencio y la distancia, todavía podía dolerte. Por eso, sin detenerte a pensar, terminaron los días felices y abordaste el tren que, con una escala más bien disparatada y decepcionante en Querétaro, te llevó a la Ciudad de México y de ahí una vez más en tren a Nueva York para, desde ahí, emprender la ruta de Buenos Aires. Desde que saliste de la Estación Colonia, cada paso del viaje fue de encuentros y reencuentros. Ya en Nueva York, aparecieron Castro Leal que venía desde Washington a verte, Carlos Chávez que te mostró su trabajo, Rufino Tamayo que pintaba acuarelas y Tablada que te llevó, quién sabe de dónde, tamales para el desayuno. Dos días antes de partir te fue notificado tu ascenso, irías a la Argentina pero como el primer embajador mexicano acreditado ante el gobierno de Buenos Aires.

El 11 de junio abordaste el *Hoboken*, un pequeño barco yanqui que a diferencia de los buques europeos, bien aprovisionados de ricas bibliotecas y de pasajeros llenos de historias, se trató de un frívolo gimnasio flotante donde el destino no juzgó necesario prevenirte con un bombón de la suerte. Apenas cinco días después de zarpar supiste el significado de este nuevo viaje; recorriendo solitario la cubierta del buque, por primera vez en tu vida pudiste ver la Cruz del Sur; Alfonso, ibas a cambiar de

mundo, a entrar a regiones de la hispanidad, de Occidente, con las que únicamente habías entablado relaciones literarias y fragmentadas; éste era un viaje de descubrimiento cuyo desenlace no conocías. Antes de llegar a Buenos Aires hiciste una pequeña escala en Río de Janeiro, una diminuta visita de reconocimiento a un lugar que, entonces no podías adivinarlo, sería tan importante en tu vida. La bahía apareció ante tus ojos majestuosa y olímpica, al zarpar, dejaste a un Ortíz Rubio sorprendido por tu flamante nombramiento de embajador y a un gobierno brasileño más que celoso porque Buenos Aires ya era embajada mientras que Río seguía siendo Legación. Un paso más, escala en Montevideo, cambio de buque y finalmente, el 2 de julio, Buenos Aires se presentaba ante tus ojos. Estás soñando, Alfonso, de pronto te has quedado dormido, como una levísima premonición de la muerte; ¿quieres evadirte, Alfonso?, imposible, es más bien que buscas alargar el vigésimo sexto minuto de la hora séptima de tu último día. Buenos Aires significó tanto para ti que suspendes el tiempo con la suavidad del sueño y recorres una vez más las calles deliciosas de aquella ciudad querida:

Las calles de Buenos Aires
 tienen nombre tan gentil,
 que dan ganas de bailar cuando se las nombra así:

—Sarandi —Sarandi —Maipú—
 —Tacuarí—
 —Guanamí—
 —Gualedguay y Gualedguaychú—

—Bamba —Jujuy —Bacacay—
 —Barcalá —Boquerón —Bompland—
 —Gaguazú —Curapaligüé—
 —Tacuarí—
 —Tacuarí—

—Guandacol —Guaminí —Guanacache—
 —Guaraní—
 —Toll —Timbó—
 —Tala—Salta—Tuyú—Tuyutí —Yapeyú—
 —Pepirí—

Que a mi negra le gusta la danza
 mucho más de lo que me gusta a mí.

—Acha—Achala—Achalay—Alianza—
 —Lambaré—Calderón—Azamor—Camacué—
 que a las calles les gusta la danza,
 —Kikirikí y Cacaraña.

En Argentina ya te esperaban o acaso esperaban a alguien como tú. Aunque eras el primer embajador mexicano acreditado en la Argentina, te habían precedido hombres de letras en la representación mexicana; Amado Nervo y González Martínez habían dejado una huella deliciosa. Tú ya no eras un escritor novel buscando su voz, eras ya un literato, con toda la carga de la palabra, con sus aproximaciones, aciertos y prejuicios y lo cierto es que tus libros habían desembarcado en Buenos Aires mucho antes

de que descendieras del *Vauban* en la dársena norte del puerto de Buenos Aires. Había algo en el ambiente que rodeaba tu llegada; además de la celebración de los amigos y de la bien aprovechada coyuntura política, percibiste algún interés por el mexicano recién llegado y por su país del que poco sabían pero del que las noticias de su revolución y reconstrucción daban lugar a muchas dudas y a no pocas ideas un tanto estrafalarias. ¿De qué país procedías, Alfonso? ¿qué se decía y qué se pensaba de esa tierra lejana donde la leyenda de las batallas y las matanzas no alcanzaban a enturbiar el pensamiento de algunos de sus hijos más preclaros?

Sin proponértelo, casi sin quererlo, te convirtieron en portavoz de una nueva generación de escritores mexicanos que desde la trinchera de su juventud, daban la batalla por una revolución cultural que apenas comenzaba; desde el primer momento, te propusiste empujar los nombres de aquellos en los que sentiste la continuidad de la vida cultural de México, invocaste los nombres de Jaime Torres Bodet, de Eduardo Villaseñor, de Xavier Villaurrutia, de José Gorostiza, de Salvador Novo, de Carlos Pellicer, de Gilberto Owen y de Daniel Cosío Villegas. Pero una vez establecido, encontraste en ti a un hispanoamericano; fue en la Argentina donde tuviste la primera conciencia de la dimensión de la aldea hispana. Habían sido ellos, tu lo sabías, tus amigos de España, los que te habían presentado al mundo literario de la Argentina; pero sobre todo, era el idioma el que te unía con ellos, con los habitantes de la otra frontera de la hispanidad; por eso transportaste contigo todo lo que te era más íntimo y más querido, como para insta-

lar en Buenos Aires un hogar, siquiera temporal, pero cálido y humano como que pudiera servirte de refugio. Contigo fueron Manuela, el pequeño Alfonso, futuro compañero de colegio de Adolfo Bioy Casares, en quien supiste adivinar al escritor que llegaría a ser, y Alí, tu dogo alemán que sólo entendía en francés porque lo habías criado en tus últimos años parisinos. Así llegaste a Buenos Aires buscando el retiro, no ya el refugio de Madrid o París, sino el simple espacio privado y laborioso de las letras, del conocimiento de los hombres.

Al fin te instalaste en la vieja casona ruin, fría y húmeda que contigo ahí era ya embajada. Cueva dorada, decorada con lo más decadente del mal gusto decimonónico; rincón de Buenos Aires apenas acariciado por el sol donde fue necesario emprender tareas de falso alquimista: reducir los brillantes oropeles a unos más sobrios tonos de bronce a cada paso en que salían a relucir, con insolencia inusitada, diabólicos espejitos que, a más de reproducir inútilmente la realidad mellando la navaja de Ockham, sobresaltaban por sus tristes efectos de opereta y aunque el resto de sus entrañas gozaban de buena salud, a la calefacción hubo que resucitarla con el apoyo exterior de los más dispares aditamentos: estufas de gas, hornillas eléctricas y radiadores distribuidos con estrategia casi militar. Obra de algún desaforado arquitecto con la más extraña concepción de la higiene, estaba plagada de baños que impecables, contrastaban con el ruinoso decorado, en algunos sitios arrancado a pedazos.

Contrapunto del cuadro de disparate era el amueblado viejo y desvencijado que amenazaba con romperse si se le miraba con suficiente detenimiento y una escalera de mármol copiada

de alguna versión fácil de una imaginaria Malmaison y también dos ascensores que algún día habían sido modernos; cinco pisos de pesadilla en los que a nadie se le había ocurrido reservar un lugar para los archivos y oficinas que tenían que desparrarse, selváticas, por cada una de las habitaciones. Casa sinfónica que resonaba todo el día y buena parte de la noche gracias a los repiques polifónicos de los teléfonos que comunicaban a los funcionarios de la embajada entre sí y a la casa con el exterior; absurda sinfonía que tal vez le hubiera agradado a Stravinsky o a Chávez, pero que para ti, magnificada por la bóveda absurda de la escalera, significaba nunca poder atinar al primer intento cuál de los teléfonos estaba sonando. Casa en fin, extraña al grado del disparate mayor de tener una puerta oculta, embozada en un muro y que imaginabas dispuesta siempre para que, en el momento menos esperado, hiciera su entrada macabra el comendador. Esa era tu primera embajada, Alfonso, y si la sede parecía de hadas o duendes, el personal y sus costumbres parecían de locura y acaso hubieran salido de la pluma de Rabelais si al menos hubieran sido más simpáticos. Cuando llegaste, el personal desconocía los horarios de oficina y la vida privada se mezclaba con el trabajo en una extraña promiscuidad en la que lo mismo daba que a las doce del día no hubiera un solo funcionario como que a la una de la madrugada se escuchara el tableteo de una máquina de escribir, a esas horas tan amenazante como una ametralladora, o que un buen domingo en la tarde se te apersonara el escribiente auxiliar en tu alcoba familiar reclamando tu firma en unos documentos que tal vez hace dos semanas hubieran sido urgentes.

Un escribiente que se paseaba de un lado a otro de la casa con un cargamento siempre cambiante de legajos, sumergido en un estrafalario gabán colorado con el que se protegía de un frío que decía no podía quitarse nunca, un encargado de negocios disfrazado con una especie de esmoquin de lana amarillo y un pañuelo negro a guisa de corbata y un extraño portero, siempre calzado con alpargatas, que desconocía el avance tecnológico que representaban el peine y el cepillo, eran la tribu que Genaro Estrada suponía ibas a convertir en una elegante y funcional embajada. Tal vez sin esta tragicómica situación no hubieras tomado tu misión con tanto empeño y con tal alarde de voluntad y entrega; por eso la reconstruiste, para hacer realidad la dignidad que ya entonces ostentaba, mientras que tú, ya en el continente de tu nacimiento, pensamiento y vida, te detuviste para hacer el primer recuento de tus trabajos y tus días.

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después nos lo mataron...

Después, pasé el mar, a costas con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo –a ras-
tras con la mujer, el hijo, los libros– ¿qué es esto que me pun-
za y me brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras
en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van
a nacerme en el corazón las primeras espinas.

Son esas espinas las que hoy te matan, Alfonso, las mismas que
en aquella primavera de Buenos Aires te hacían todavía retar al
mundo como Ulises, presto no a la conquista sino al conocimien-
to. Pero también son esas espinas, Alfonso, las que rompieron las
corazas de tu corazón enorme y frágil, las que permitieron que las
llagas se te hicieran manantiales y que así pudieras dejar salir lo
que de humano tenía tu arte y tu literatura; en este instante, su-
til segundo en que duermes liviano, aunque tu boca está sellada,
hablas largo y profundo por esas buenas heridas que te hicieron
las espinas que te descubriste a orillas del Río de la Plata. No
intentés despertar, Alfonso, sigue alargando este minuto con el
ritmo de tus sueños, recuerda, Alfonso, recuerda que cuando pi-
saste la Argentina por vez primera eras ya un hombre formado,
cercano a los cuarenta; si en Madrid y en París te habías entrena-
do, en Buenos Aires ibas a cumplir una misión importante para
tu cultura; ibas a servir de puente entre los dos extremos, entre
las dos fronteras de la hispanidad americana, en la razón y en el
sentimiento.

El 9 de agosto de 1928, a las 16:30, cuando el Presidente Alvear
te recibió en el Salón Blanco de la Casa Rosada; la ceremonia,
con su boato, sus formas manidas y su elegancia decimonónica

te hicieron pensar más en una anciana corte europea que en una república americana; algo había que hacer con el furor nacionalista mexicano y con el rancio europeísmo argentino, algo que construir entre el *jijismo* decadente y el criollismo exacerbado; debía haber alguna fórmula oculta que bien podría encontrarse en los estuarios del Río de la Plata. De alguna manera el Presidente Alvear lo dijo, aunque su discurso para la ocasión no tuvo nada de especial se te quedó grabada la idea de que el embajador ya no podía entenderse como el enviado personal de un gobernante, sino como el representante de un pueblo, de una cultura; tal vez así, Alfonso, poniendo a disposición de lo argentino todo aquello que de magnífico y universal tenía la cultura mexicana, podrías llevar en tu bolsa de viajero como ya lo habías hecho con Francia y España, aquello que de la Argentina pudiera ayudar a los mexicanos a conocerse y a aceptarse de mejor manera. Para actuar como puente debías encontrar en Buenos Aires dos o tres inteligencias que pudieran convertir ese contacto en un diálogo permanente entre hermanos de una misma familia y recurrir una vez más, ¡oh fruto sagrado de la utopía!, a la conspiración de las buenas voluntades que tanto anhelabas desde que soñaste en el Ateneo con la posibilidad inherente a todas las cosas, de cambiar y hacerse más humanas.

Así fue la Argentina para ti, una serie de encuentros y hallazgos dispuestos a la fraternidad y al intercambio; aquella noche de agosto cuando te abrazaron los miembros de la revista *Nosotros*, entendiste que aquí, ya en madurez de tu expresión literaria, sería posible la formación de una república hispanoamericana de las letras; esa noche, en el Círculo Italiano de Buenos Aires,

te recibieron como a hermano Ricardo Rojas, Alfredo A. Bianchi, Alfonsina Storni, Pedro Henríquez Ureña, Fanny Anitúa, Luis Reissing y sobre todo un presente y una ausente; él, Jorge Luis Borges; ella, Victoria Ocampo. Esa noche, Rojas confesó lo lejos que aún estaban México y Argentina, reconoció la percepción legendaria y fantástica que tenían de tu patria los argentinos; una visión donde las bandas milenarias, como si de gauchos y orilleros se tratara, recorrían en plan de bandoleros los caminos; una visión donde convivían Netzahualcóyotl y Cortés, Iturbide y Santa Anna, Porfirio Díaz y los revolucionarios en una especie de novela histórica por entregas; pero también supo comunicarte el deseo de su gente por abrirse, por darse a conocer y, al mismo tiempo, conocer la humanidad de los mexicanos de entonces y de los cuales tú eras el representante. Desde ese momento, en cada día que pasaste en Buenos Aires, supiste salir al paso del reto personal e histórico que se te atravesaba; les dijiste, como lo harías con todo aquel que quisiera escucharte, que era en tu afán de servidor itinerante de lo mexicano, que te encontrabas en tierras australes; que después de la guerra fratricida tu patria requería de todas las manos y de todas las fuerzas para levantarse y que tu trinchera era exactamente esa, ir por las villas y las ciudades diciendo lo que en realidad encerraba el enigma de lo mexicano, que toda esa gitanería del diplomático que sabe hacer de su morada un refugio provisional y reducir su querencia al menudo espacio de una maleta de viaje, se identifica con la alegría melancólica del soldado que se levanta con la diana sin saber si ése será su último día y que por lo mismo, con urgencia te presentabas en cada

instante como un mexicano de cuerpo entero para cumplir tu misión y de ese modo, finalmente, justificar tu vida.

Un día te llamaron a develar una placa en una calle del centro de Buenos Aires, la misma que de 1769 a 1808, fue conocida como la Calle de San Bartolomé, luego llamada de Agüeros y desde 1822, México. ¿Te acuerdas, Alfonso? Cómo te pareció sorprendente que apenas unos meses después de consumada la independencia de tu país, la municipalidad de Buenos Aires madrugara homenajear el nacimiento de una patria hermana y la integrara a su rostro urbano; entonces te pareció como si siempre hubieran existido la una para la otra, aunque distantes, a veces ajenas y otras mutuamente ignoradas. Así te figuraste tu estancia en la Argentina como si tú mismo fueras parte de una larga cadena de coincidencias y encuentros y en efecto, Alfonso, una larga y consistente cadena de coincidencias que se fueron completando, anudando y liberando hasta éste tu último día.

En aquella misma calle México, se encuentra una biblioteca donde sus directores, terror de casualidades, quedan ciegos y en ella hubo uno de esos hombres a los que Dios, con magnífica ironía, le dio a la vez los libros y la noche; un hombre lleno de ideas, de palabras y de historias, un hombre que se enorgullecía más de lo que había leído que de lo que había escrito, un hombre enorme y frágil en su enormidad; un hombre que por sí mismo era toda una literatura, un hombre sobre todo, que te quiso y mucho, un hombre que se llama Jorge Luis Borges. ¿Quién es él realmente? ¿porqué le dedicaste páginas tan llenas de justos juicios, plenos de reconocimiento? Mientras el tiempo se desliza y te mueves despacio entre el Río de la Plata

y la Laguna Estigia, Borges se te aparece como un creador de palabras y de metáforas infinitas, una especie de hombre de luz en su mundo de sombras, preciso y fiel a la lengua que desoye a Góngora por manido y porque en él las palabras son objetos brillantes pero no luminosos, que se aleja de Gracián porque aún cuando dice mucho en pocas palabras, aún así acumula más voces de las necesarias; tal vez por eso, Alfonso, tu poesía y la suya se parecen un tanto, acaso en el toque de inteligencia que se escapa presuroso de los excesos de la exclamación y del sentimentalismo pero que, en el fondo, entre líneas y silencios deja ver el desgarrón del alma, el jirón de la piel...

Amor que aguantas y aturas
 las verdes y las maduras,
 amor que atacas sin venda
 para que nadie lo entienda,
 amor con erudición:
 lo que te sobra es razón.

¿Cómo das en los excesos
 cuando no te faltan sesos?
 ¿Cómo, si la ves abierta,
 estás llorando a la puerta,
 amor que aguantas y aturas
 las verdes y las maduras?

Amor, me has puesto en un brete,
 que ando ya en cuarenta y siete,

y hay que ser menos quimérico
a vistas del climatérico.

Pero a ti nada te importa,
viendo que la vida es corta,
y a ti poco se te da
si el arte es largo, ¿verdá?

Reniego de tanta fiebre
y desordenado afán:
reniego de “lo muliebre”
como diría Gracián.

En el Borges que tu conociste no había exceso alguno sino medida y dominio siempre puestos al servicio no del ímpetu, sino del fuego, del demonio creativo; ése es tu Borges, el que tenía la infinita capacidad de convertir la crítica en una especie de filosofía científica, de convertir sus especulaciones e imagerías en estremecidas utopías lógicas. Qué importa que también tuviera sus infiernos y sus demonios interiores si todos los tenemos, si tu mismo los tienes; qué importa si su andar como de hombre medio náufrago en el universo de los vivos lo llevara al refugio sereno de sus sueños y de sus letras si con ellas salvaba al mundo, si con su Aleph, desde la primera vez que lo leíste te hizo concebir la esperanza de la reconciliación definitiva con las letras y con los hombres; él, transitando entre los malevos y los orilleros, entre las cumbres de la literatura francesa y de la celta; tú yendo y viniendo del Anáhuac a la Atenas inmortal;

él hombre de inteligencia y gracia infinitas que te acompañó a mirar los rincones más recónditos y más sabrosos de la literatura, como en aquella extraña y recurrente charla sobre los estornudos en la literatura; juntos recordaron que estornudaron Zaratustra y Telémaco; cómo se rieron ambos del mundo; de la mano, juntos siempre en su universo sublime, el Tlön Uqbar Tertius Orbis que compartieron. Y pensar que todo comenzó por una charla sobre una de las pasiones literarias de tu juventud, el viejo Otón, al que Borges tanto admiraba y que cuando te preguntó azorado si en realidad lo habías conocido, te hizo recordar a aquel que preguntaba a su amigo si había conocido a Shelley, y entonces dijiste: *Ah, did you once see Shelley plain...*

Fue en aquellos primeros días de Buenos Aires, en los que te habías propuesto conocer a los protagonistas de aquella rica república de las letras que lo encontraste. Aquella madame Staël del Plata, Victoria Ocampo, te lo envió a la embajada con un manuscrito que le ayudaste a publicar y que sería su segundo libro, aquel inolvidable *Cuaderno de San Martín*. Había tanto en común entre ustedes: gustos, lecturas, antepasados militares y una mujer prodigiosa: la única Victoria Ocampo, trina e indivisa. Sólo recordar ese nombre ha sido para ti una especie de estremecimiento. Victoria Ocampo, con Borges y Leopoldo Lugones, fueron tu suma de Buenos Aires; ella fue tu guía, tu reveladora de los misterios y recovecos de la vida cultural porteña, ¿Para qué negarlo, Alfonso?, sin ella tu paso por la Argentina hubiera sido absolutamente distinto. Victoria Ocampo fue siempre para ti la mujer joven que parecía haber vivido muchas vidas previas de las que no se había traído más que la curiosidad

infinita por conocer más mundos y más personas; aquella mujer con un rostro blanco de serenidad lunar, algo afilado, cejas bien definidas que enmarcaban dos ojos de mirada profundísima, tristes hasta el infinito que, en el París de 1929, retaban a la lente de Man Ray con la firme intención de no dejarse robar el alma; ella fue siempre para ti la promotora de la cultura y de las artes que daría lugar a la enorme era victoriana de las letras argentinas; ésa fue siempre para ti Victoria Ocampo, la mujer que hoy te hace despertar del sueño y mirar con asombro el reloj que parece haberse detenido en ese eterno minuto veintiséis y que no se atreve a dar los pasos definitivos.

El tiempo en la Argentina fue, al menos al principio, también un poco así: detenido, lento, liviano, de escritor ente escritores y de hombre entrando en la madurez que sin embargo, se alejaba de la juventud con la vaga sensación de traer consigo siempre el encanto y el talismán de los años mozos. Un día, sin quererlo ni temerlo, amaneció el 31 de marzo de 1930 Pascual Ortiz Rubio, el sereno embajador en el Brasil, el mismo que años atrás te había recibido en Río, entonces azorado por tu nombramiento de embajador, había sido llamado a México como candidato de Plutarco Elías Calles a la Presidencia de la República y aunque a ti la política seguía despertándote la misma repugnancia del febrero horrendo de 1913, eras ya un hombre más formado y con un criterio más fuerte como para comprender el triste papel que Pascualito, el elegido del Líder Máximo de la Revolución, debería cumplir en los años siguientes y el significado que tenía tu llamada a Brasil para sustituirlo. Como siempre, sin chistar, hiciste tus maletas y te embarcaste rumbo a Río de Janeiro.

Es verdad que los eventos de despedida de Argentina no llamaron a las multitudes que pudiste ver en Madrid y en París; pero tampoco las esperabas, ya sabías que en iberoamérica un escritor se vuelve noticia cuando se mete a político o cuando se muere; pero cuando te reuniste con la gente de Cuadernos del Plata, con las comunidades de escritores, en fin, con los amigos, no faltó ninguno de quienes fueron parte de tus trabajos y de tus días porteños; ahí estuvieron Borges, Ricardo Molinari, Xul Solar, Luis Colombo, Amado Alonso, Julio Rinaldini, Francisco Romero y José Blanco hijo; ahí declaraste no ser más Alfonso Reyes, sino su Alfonso Reyes, el de la Argentina, de la que te llevaste la noción de una hispanidad que no habías vivido antes, la de los pueblos nuevos, de la independencia y la emancipación de las tradiciones añejas y rancias, soñando y abriendo el mañana; en fin, de una hispanidad que aún está por hacerse. Leopoldo Lugones algo te había contando en el invierno de 1913; en aquel primer París, Lugones te dijo que el problema fundamental de la cultura mexicana era su cercanía al modo de ser europeo, sus cuentas históricas por saldar desde la conquista: su eterno sistema de castas, razas y clases aún por resolver; su perpetuo vivir de espaldas al mañana suspirando ya por los días que nunca fueron, ya por los que nunca habrían de volver; mientras que ellos, los argentinos, como los yanquis y los australianos, no tenían más recuerdos que las dulces y heroicas memorias del abuelo emigrado; países puestos de frente a la historia, con toda la confusión y la esperanza que eso implicaba. Ortega confirmó ese punto de vista cuando lo encontraste en Buenos Aires. El viejo maestro, asombrado por la enorme variedad de lo americano

vio tu continente como un amplio espectro con un extremo en México, todavía unido a su origen europeo y transido por la íntima contradicción que le representaba la conquista y con el otro en la Argentina, con su limpieza de pasado que redimir y abierta siempre a un impulso colonizador, diverso y de muchos rostros. Pero, ¿será verdad, Alfonso? No, no lo es, el menos no es toda la verdad, aún tuviste que pasar por el Brasil para descubrir toda la dimensión de lo ibérico, aún tuviste que volver a México, aún Ulises tuvo que desembarcar en Ítaca para que, después de un largo, penoso y esforzado proceso de reflexión, te dieras cuenta de que en efecto, hay algo de cierto en aquello que pensaban Lugones y Ortega, pero que es sólo una pequeña parte de toda la cuestión; porque la mexicanidad no es sólo su íntima contradicción sino la forma en que ha tratado de resolverla durante los quinientos años de su existencia; porque lo mexicano no reside en la respuesta que se ofrezca para esas cuentas pendientes de la historia sino el camino que se sigue para encontrarlas; si lo sabrás tú, Alfonso, el mexicano es más mexicano cuando abre la ventana a otros vientos y cuando se mira en otros espejos; porque el mexicano, cuando se aísla, lenta y fatalmente se va convirtiendo en una triste caricatura de sí mismo; eso fue lo que la Argentina te arrojó al rostro y que finalmente era algo que compartían los dos pueblos: el intento sagrado y supremo por encontrar su identidad y su destino.

Identidad y destino, Alfonso, los dos rostros del viajero, dos caras que a veces se complementan en la más bella de las simetrías; identidad y destino, fuerzas ocultas en cada pie del caminante que lo hieren y lo confunden porque son hermanas que

no siempre pueden andar cogidas de la mano; entre identidad y destino te debatiste algún tiempo hasta que la Argentina te desveló el misterio de lo que era una contradicción aparente pero cierta por la sencilla razón de que todos somos contradicciones vivas, Alfonso, todos tenemos nuestros encuentros y nuestros desencuentros con nosotros mismos y nadie está a salvo de sus fantasmas y de sus batallas interiores; desde aquel día gris en que supiste que Lugones había alzado su mano contra sí mismo su fantasma rondó tu pensamiento como un ejemplo, como una advertencia. ¿Algún día sentiste la tentación de cumplir aquel destino fatal?, ¿Algún día pensaste incurrir en ese supremo acto de libertad y de autoridad o en ese fracaso absoluto? Nunca, Alfonso, jamás, porque naciste con vocación de sobreviviente y aunque más de una vez te sentiste morir hoy sabes que aquello nunca fue siquiera cercano a esto que es el morir de veras, aquello era la angustia, la sed más acre de libertad, de silencio, de bienestar, pero nada relacionado con la muerte que no tiene símil ni nada que se le parezca, pero ¿y Lugones? ¿Porqué él? Dímelo tú Ulises, siempre diestro en soportar el canto de las sirenas; Lugones, aquel del verano parisino de 1913 que tenía en su argentinidad la fuerza para hacer del futuro una pura posibilidad absoluta pero que buscaba raíces, existentes o ficticias, en cualquier cosa que pudiera explicar la dimensión de su espíritu; después de todo, Alfonso, nadie, ni aún queriendo, es sólo futuro, puerto abierto y horizonte virginal; todos somos más que nosotros mismos, somos los miles que hemos sido a lo largo de una historia que podemos imaginar pero no recordar completa, somos todos los que fueron antes de nosotros y que podemos

sentir pero no poseer por completo; eso fue lo que mató a Lugones, esa fuerza la que lo llevó a cortar la posibilidad de la vida a los sesenta y cuatro años de su edad. Por eso, criollo irredento, nunca dejó de ver a España con el sentimiento del amor altivo y contradictorio de los caudillos de la independencia; su anhelo de futuro no fue suficiente para salvaguardarlo de la obscuridad del suicidio; siempre en movimiento, vivió como si supiera que la pasividad hubiera terminado por licuar sus fluidos vitales petrificándolo para siempre; por eso su poesía siguió evolucionando hasta el día fatal de su momento. El hombre del mañana anhelaba un pasado, Alfonso, aquel que vio a su pueblo con el rostro puesto en un futuro tan lejano como fuera posible, se embriagó con las noches de un ayer tan lejano como el Imperio Jesuítico del Paraguay y como los oficios de la antigua Grecia. Los hombres tampoco pudieron salvarlo; cerrado en sí mismo se reía de las tácticas del éxito para seducir a los incautos, se alejaba constante de las multitudes y nunca pudo soportar la convivencia narcótica de los otros hombres; desbordado siempre, era un río caudaloso que sin bastarse a su propio cauce, todo quería inundarlo y anegarlo. Su cuerpo fuerte y firme, hecho para tirar al sable y emprender largas caminatas todos los días era no una prisión, sino un claustro donde su inteligencia laboraba despacio y constante. Pero sucumbió, Alfonso; al quemarse aquella encina herida por el rayo, te llenó de estupor y de miedo, de aquel terror atávico, herencia del febrero del año 13, que te hacía creer que ni toda la dulzura humana, ni toda la pasión podían ser suficientes para conjurar los malos astros de la desgracia; si caía de ese modo aquel hombre potente y poderoso que amaba

y respetaba las palabras, ¿cómo podías tú asirte a la esperanza cotidiana?, después de todo, ¿no era Lugones aquel que junto a Rubén Darío y a Ricardo Jaimes Freyre, se divertía coleccionando frases sin sentido que, rítmicas y versificadas encarnaban el auténtico sentido de la poesía? Una, dona, trena, catrena... unillo, dosillo, tresillo, cuartana, olor a manzana... sesta, ballesta, Martín de la Cuesta... no, Alfonso, aquel embriagado de palabras no pudo salvarse ni siquiera con esas voces mágicas y lo viste caer sin estrépito, en soledad completa, sin testigos ni anuncios premonitorios, en soledad como se nace. Porque, así lo descubriste, Alfonso, la salvación está en el mundo, en el encuentro contrastado con la soledad íntima; en la voz, en la mirada y en la carne de los otros, en la búsqueda de los demás cuerpos y de las demás almas que son, en efecto, el único parámetro posible para medir nuestras propias dimensiones.

Huyendo de su propia sombra, de sus temores y de su existencia transida y rota entre un ayer que tal vez nunca había existido y un mañana que quizá nunca iba a llegar, Leopoldo Lugones no supo reconocer su verdadera dimensión y el último agravio que se hizo, el definitivo y el más grave fue suicidarse, así dejó de ver el mundo, como él mismo decía, a través de la íntima persiana, cuando tal vez, aunque sólo tal vez, desplegar completamente los cortinajes, abrir las ventanas, respirar a todo pulmón toda la gama de los aromas, escuchar la proximidad de la vida con todos sus sonidos y mirar, con inocencia y sin recelo, sin el cristal cegador de los juicios, hubiera podido salvarlo.

CAPÍTULO VIII

Todavía vives, te recreas en el recuerdo y, en breves instantes quieres seguir con vida, quisieras desafiar al destino y haciendo acopio de las pocas fuerzas que aún te quedan, elevarte sobre tu propia estatura e irrumpir en la existencia como si todavía quedara tiempo disponible; pero sabes que no es cierto, que no es posible y que en presencia del manjar que delante tienes las manos alzas cuando Helena, nacida de Zeus, piensa en otra cosa y en el vino que estás bebiendo le pone una droga, gran remedio para la hiel y los dolores, alivio de males; lo bebes en colmada vasija y quedas por estos minutos curado de llantos aunque te acaeciera perder a tu padre y a tu madre o cayera tu hermano o tu hijo querido delante de tus ojos, herido de muerte por mano enemiga. Bogas de nuevo en el mar, cobijado por el bálsamo de la memoria que aunque lo dudas, ni siquiera parece suficiente para enfrentar todo lo que todavía se avecina. Así, Alfonso, contigo a bordo, el dos de abril de 1930, el *Giulio Cesare* zarpó de la dársena norte del puerto de Buenos Aires con destino a Río de Janeiro y esa vez, con rumbo al norte, como si al fin revirara la cóncava nave en ruta ya para el hogar; te diriges al trópico,

una vez más con tu estrella en el bolsillo, para seguir haciendo tu historia y allí... ¿qué te ocurre, Alfonso?, ¿porqué se agita tu corazón y lágrimas corren a tus ojos?, ¿no quieres recordar el Brasil?, ¿no todavía? Cuando abres tus ojos y con una inmensa melancolía, ves en el reloj el minuto veintisiete herido por la lanza de la manecilla mayor, te niegas a recordar tu adorada Ruedas Laranjeiras. Saudades, Alfonso, saudades que aún tienes que enfrentar para culminar este saldo final; espera, no es el Brasil ni sus frutos embriagadores y prohibidos, no es la macumba ni los tambores de los yorubas, es la pena y el dolor, Alfonso, el llanto que todavía tienes ligado a tu presencia en Buenos Aires.

El dolor que volvió de nuevo montado en la yegua cruel del odio estaba aguardándote a tu regreso a Buenos Aires; en aquella segunda vez que creías era sólo una escala. Verano cruel de 1936, verano mortal de ilusiones tronchadas y de oportunidades fallidas; tú lejos de España y España lejos del mundo, abandonada. Escucha como Federico canta las notas de la muerte. Verano espantoso de 1936, con olor de muerte cuando la nave va, con be labiodental, con be labio de muerte. Verano cruel de 1936, verano mortal de ilusiones tronchadas y de utopías perdidas, verano bíblico de Caín contra Abel, cuando el hermano entregó al hermano a la muerte y el padre al hijo y los hijos se levantaron contra los padres y los hicieron morir, cuando todos odiaron por causa de la histeria y la locura; tú, lejos de España y España lejos del mundo, abandonada; Federico sigue cantando las notas de la muerte y la parca, ajada y mustia salmodia su mandato al filo de la ventana. Verano espantoso de 1936, con olor a muerte y a locura cuando la República fue sometida a la

fuerza por los bárbaros del sur y del norte; entre sueños, la nave va, con be labiodental, con be labio de muerte.

Una misión diplomática te había arrojado a las orillas del Río de la Plata una vez más. En julio de 1936, a instancias de Roosevelt, que se preparaba para una guerra de la que luego dirá que nada sabía y nada le importaba, se realizaron los preparativos para la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz; hoy, luego de los años, luego del abrir tu casa y de ayudar a que México abriera sus puertas al exilio español, en parte queriendo corresponder a la solidaridad que ellos mismos te prodigaron, aquella misión ha perdido color, se hizo opaca, aunque en su momento te parecía una de las cumbres de tu carrera diplomática; se hizo nada porque frente al drama histórico y al dolor humano, de nuevo y como siempre, la política es una pura y vil caricatura de lo que pudieran ser las organizaciones humanas. Hoy, Alfonso, ¿quién recuerda aquella conferencia?, ¿a quién le importa cuando desfilan enfrente de la memoria las crueldades de Gernika, la brutalidad de la Batalla del Ebro, los asesinatos de Granada y más allá de los Pirineos, resuenan los nombres de Auschwitz, Treblinka, Majdanek, Stalingrado, Guadalcanal e Hiroshima?, ¿cómo conservar la calma en un mundo así? ¿de qué sirve la razón si no puede salvar de la muerte al hijo y no puede garantizar el pan del huérfano?

Como escenario tenías una Argentina distinta de la que unos años antes habías dejado, ahora estaba dividida frente a los ladridos del trío diabólico de moda: Franco, Hitler y Mussolini, que habían logrado seducir a no pocos como si fuera ya el tiempo de Armagedón. Algunos, como el joven Octavio Paz,

se habían ido a defender a la República inerme, otros aplaudían y se solidarizaban con el insólito gesto de un México que se declaraba republicano, mientras que otros denunciaban el marxismo mexicano, su entrega cínica y desnuda a la conjura judeo masónica internacional y su prostitución a los más oscuros poderes que querían destruir lo mejor de Occidente. ¿Cómo entender a alguien que podía creer semejantes estupideces? Pero tú, como nunca antes, te sentiste orgulloso de tu país que pese a sus escasas fuerzas, aunque fuera a golpes simbólicos, salía al paso por el auténtico rostro de la hispanidad y suspiraba, a lomos de las carabelas, mientras las turbas locas y neuróticas gritaban *Santiago y cierra España*; hijos de puta, mira que gritarle a don Miguel de Unamuno *viva la muerte* y condenarlo así a una muerte cruel por abandono y desprecio; a él, que en París se había soñado Presidente de la República; mira que haber asesinado a Federico García Lorca porque le tenían miedo, mucho miedo, el miedo animal y primitivo que siente el analfabeto ante las palabras mágicas, miedo del daño sutil y definitivo que un clavel puede hacerle al cañón de los fusiles; mira que negarle a don Manuel Azaña el postrer honor de ser enterrado con la bandera de la República española, a don Manuel que no quiso darte el título de voluntario en Madrid, como si quisiera apartar de ti el cáliz de lo que de alguna manera pudiera saber que iba a suceder, pero que, en cambio, había sido sepultado con la bandera mexicana porque había estado ahí un hombre decente y valiente como Luis I. Rodríguez que no permitió que Azaña se fuera desnudo de honores de este mundo que no quiso esforzarse por entenderlo.

Sí, Alfonso, la Guerra Civil Española te reconcilió con la vida política mexicana, te permitió saldar algunas cuentas de gratitud adquiridas cuando tú más lo necesitabas, pero ensombreció tu visión del hombre. Aunque siempre te negaste a ver la mácula en el ser humano, ahora que se exhibía con tal cinismo, ya te era imposible ignorarla. Por eso te arrojaste en los brazos de tu amada Grecia; ella que siempre había estado presente, ella a la que habías dedicado tus primeras páginas y que ahora era, más que la pasión, la única oportunidad de salvación y orden en un mundo que se había empeñado en darse muerte con sus propias manos. Qué dolorosos aquellos días, qué pena saber que no toda Iberoamérica compartía el dolor de España. Nuestros pueblos, azotados por el terror a la revolución social, –bien que conocían las llagas en sus propios cuerpos–, no quisieron compartir la aventura liberadora de la República española; pero si al menos hubieran tenido un poco de piedad para con sus héroes y sus víctimas; si aunque fuera por decencia no se hubieran dejado seducir por la presencia de los vencedores y en medio de las llanuras devastadas, encanecidas de huesos, como decía Quevedo, hubieran tenido el valor de apagar el sonido de las botas para decirle a los vencedores de siniestros agüeros ¡Devolvednos España! Entonces, tal vez, tu visión del hombre real se hubiera salvado un poco.

México no se hizo cómplice del crimen que constituía aquella conjura del silencio; las noticias y las instrucciones que te llegaban de México fortalecían tu deseo de actuar, de hacer algo por la España caída en desgracia. Una afortunada conjunción de hombres e ideales se concretó para hacer posible el acto más

heroico de la vida diplomática mexicana en toda su historia; Eduardo Hay, auténtico revolucionario, hombre de confianza del General Cárdenas, estaba al frente de la política internacional; Isidro Fabela, en Ginebra, honraba con valor e inteligencia las mejores tradiciones del México libre; Cosío Villegas en Portugal; Luis I. Rodríguez en España y tú en la Argentina, sabrían cumplir con su deber. Si hubo aplausos y bienvenidas, si en los teatros a donde asististe te prodigaron tantas muestras de afecto, eso es ahora un recuerdo vago y descolorido; lo que mejor recuerdas, Alfonso, era el ambiente enrarecido de muerte y mentira alentado por el bloque caricaturesco que formaban, en su pequeño fascismo de cartón piedra, Brasil, Uruguay y Argentina que señalaban a México y a España junto con Rusia, como los puntos de avanzada del comunismo internacional. A España sobre todo, a la que había que destruir porque en ella se libraba la batalla por la sobrevivencia de las tradiciones occidentales. Si José Rubén Romero, desde el Brasil te había comunicado que en Río de Janeiro el episcopado nacional y el presidente de la República consideraban a México como una de las vanguardias mundiales del comunismo.

En la Argentina, tuviste que ser testigo de hechos tan bochornosos como ver escoltado por lanchas ametralladoras al vapor francés *Belle-Isle*, sólo porque entre sus pasajeros iba Ramón Gómez de la Serna y no fuera a ser que en cada demócrata español se ocultara un rojo; cuando llegaron a tus oídos rumores de que iban a detenerlo para entregarlo a los franquistas, ordenaste que pusieran la bandera mexicana en el frente del Ford de la embajada, armado con todas tus credenciales llegaste a la

misma dársena norte por donde pisaste por primera vez tierras argentinas, pese a las amenazas y los recelos, subiste al barco para verlo y a abrazarlo; recargados en la barandilla de cubierta, mientras charlaban te dijo aquello que luego iba a aparecer en todos los diarios porteños: que era un escritor y que su tarea en honor de España era inventar en su lengua cosas inéditas aún, en el mundo del verbo y de la imaginación y que no quería que nadie, absolutamente nadie, lo convirtiera en pistón de su pólvora. Después, aunque mucho lo presionaran, nunca más volvió a hablar en público de la tragedia española... esos eran los hombres peligrosos de la España roja.

Eras el representante de uno de los poquísimos pueblos amigos que le quedaban a la República española, enviado además a un país en el que pueblo y gobierno se habían dividido en torno a los sucesos de la Península; acreditado ante un gobierno que ni siquiera cuando había ocupado la presidencia de la Sociedad de las Naciones había intentado disimular su antipatía por la República y España suplicaba a gritos el apoyo del mundo libre para salvarse de la agresión que estaba sufriendo.

Aún así, tu lo sabías, no estabas sólo; que cierto es que no pudiste hacer cuanto querías y que nunca como entonces renegaste y te doliste tanto de las ligas y restricciones que te imponían tu condición de diplomático; nunca tanto como en aquellos primeros días de septiembre de 1936 cuando el PEN Club se reunió en Buenos Aires y estuvieron ahí contigo, amigos de antaño como Jules Romains, otros a los que deseabas conocer como Jacques Maritain y Emil Ludwig; plumas de casi todos los rincones del aterrado planeta, de Italia llegó Marinetti, ya viviendo una primera etapa

de su largo exilio sin retorno, Enrique Díez Canedo; ahí, Alfonso, recuérdalo bien, se habló de libertad, de esa única obligación del hombre; cuánto te emocionó oír a Jules Romains decir que hasta una dictadura del saber y del pensamiento era cosa de temerse, que no había literatura contra la libertad porque no había literatura contra el espíritu; no había manera de no suscribir su postura final, resumida en una frase que recordaste siempre y que, todavía hoy recuerdas, Alfonso: toda guerra dejaba en el suelo a un gran herido, el espíritu. Si por desgracia estallaba la guerra, no habría disculpas para los hombres por no haber podido evitarla. Ahí estabas tú, Alfonso, un hombre libre a quien la guerra había tatuado a fuego el alma, un hombre que no tenía la disculpa de la ignorancia ni la atenuante de su poca influencia; ahí estabas tú, Alfonso, en medio de tus hermanos escritores; viendo a España desangrarse mientras el mundo se preparaba para una carrera aún más estúpida, sin poder hacer nada más que clamar en el desierto y aprestándote, asustado y sin resignación posible, para el momento terrible en que hubieras preferido no creer, cuando en compañía de unos cuántos tuvieras que embalsamar amoroso los despojos de la España derrotada, cuando tuvieras que cuidar de los sarmientos rotos para que algún día, cuando el sol estival de Castilla volviera a brillar para todos, dieran nuevos frutos, jamás iguales a los anteriores, sino aún mejores, hijos de la libertad recobrada.

Alfonso, fuiste testigo de lo que la Guerra Civil española significaba para el mundo y en especial, para el mundo iberoamericano: división, desencuentro, atomización de fuerzas; en suma, irracionalidad y muerte. Tu pasión de hombre libre

te hizo entender el clamor del Comité Antifascista Argentino que veía en España la avanzada del fascismo que acabaría extinguiendo todo lo que de bueno y noble había construido Occidente desde Grecia y desde Roma; una embestida brutal que en Argentina ya comenzaba a sentirse. No lo sabías entonces, Alfonso, pero aquellos jóvenes desesperados denunciaron ante el Congreso que las cárceles estaban llenas de estudiantes, obreros e intelectuales, que en ellas se torturaba, se castigaba y se vejaba a los prisioneros; que en aquel país, donde apenas unos años antes habías depositado tu fe en los nuevos veneros de la hispanidad, se confiscaban bibliotecas, se destruían los libros que funcionarios policíacos, poco menos que analfabetos, consideraban subversivos, rojos y en resumidas cuentas peligrosos. Sentiste todo el peso de saber lo que significaba representar al país amigo de la República española en un Estado donde estaba prohibido manifestar cualquier simpatía por la España libre, pero en el que eran alentadas las demostraciones de afecto y adhesión por la Junta de Burgos, por Hitler y por Mussolini.

Es verdad, Alfonso, ya nunca más volviste a ver al hombre de la misma forma; aun así, tu pluma nunca dejó de manar cariño y esperanza por esos seres indefensos y desvalidos que son los humanos; tu carácter, fortalecido por la experiencia se volvió más dulce y más condescendiente y trataste, como si la vida te fuera en ello, de salvarlo y de salvarte a través de lo único que no podía pervertirse: la verdad, la memoria y la belleza. Supiste de ese modo, que tu papel era hablar, mover voluntades y convocar esfuerzos; en todo caso, no guardar el silencio criminal y no lo hiciste, de eso hoy, a punto de dejarlo todo, aún

puedes sentirte orgulloso. De eso y de haber sido un peldaño en la escala de Jacob por la que las inteligencias iberoamericanas pudieron subir y bajar trayendo al mundo el fruto de las observaciones y de las batallas espirituales. Te enorgullece saber que fuiste sólo un paso, que ni tú, ni Pepe Vasconcelos, ni los *Casitos*, ni siquiera Henríquez Ureña, el venerable Mentor, fueron cumbres, menos aún puertos de llegada; sino que cada uno de sus pasos significó apenas un avance hacia la determinación y la construcción de la hispanidad como cultura posible, que contribuyeron a que otros vinieran después, con sus propias batallas y sus particulares causas a dar la lucha. Ahí tienes a Octavio, que apenas hace unas semanas renovó para ti tu suscripción a la NRF, a crédito desde luego, porque eres el cliente más viejo de la casa, un remanente de los tiempos idos; una suscripción que apenas aprovecharás, sólo el número que circule entre los buenos oficios de Octavio y hoy, día de tu muerte.

Octavio, joven amigo, precoz compañero, pero nunca auténtico discípulo como sí lo fueron el feliz José Emilio y el aventurero Carlos; Octavio, el joven talento en quien pudiste pagar una más de tus deudas de gratitud, esta vez la que adquiriste con su abuelo Irineo que mucho tuvo que ver con la edición de tus *Cuestiones estéticas*. Octavio el valiente y el poeta; Octavio, la joven promesa de la madurez precoz; tan sutil como para expresar en palabras la raíz del alma nacional y en versos su vocación por lo universal y lo contemporáneo. Al mismo tiempo, tan valiente como para incluirse en las Brigadas Internacionales y para defender a *Los olvidados* de Luis Buñuel en el Festival de Cannes; para hacer que lo que algunos quisieron convertir en

una derrota y en ostracismo se transformara en la posibilidad de traer a México los frutos más deliciosos de la India; tan valiente como para hacer público su voto en tu favor para el Premio Nobel; qué importa que no te lo dieran, que el *jijismo* y la mendacidad fueran más poderosas que las buenas intenciones, si lo que te importaba era el asentimiento de los tuyos, la aceptación de quienes compartían contigo tu tiempo y tu lengua; tan valiente como para defenderte, para salir al paso y afirmar, voz en cuello, que Castro Leal te había minimizado en su antología de la poesía mexicana contemporánea. ¿Lo quisiste? Es tarde para saberlo; lo admiraste, eso sí, con la admiración que se tiene al poeta capaz de las más rítmicas cadencias y de los más generosos giros del lenguaje; pero quererlo, es difícil saberlo, acaso la admiración y el respeto que se siente por el soldado fuerte y valiente que viene a ocupar el sitio del veterano en la trinchera tenga que ver mucho con el afecto, pero no sea lo mismo. Octavio, Octavio, siempre preocupado porque otros se salvaran, porque le gusta ver el mundo como una lucha y una batalla; algún día sabrá que en ello los profesionales del mesianismo y de la salvación tienen capitales invertidos; algún día te llamó para protestar por la dictadura en la Argentina que se había cebado sobre Victoria Ocampo, ese día tuvo razón, aunque para ti aquello no dejaba de tener tintes de publicidad y oportunismo.

Mírame bien, Alfonso, no soy la muerte, ni siquiera soy tu conciencia, soy apenas la sombra de lo que fuiste y que aspira, por un segundo antes de la marcha final, a reconstruir tu rostro; mira en mis ojos los tuyos a los que el único rostro que les queda es la memoria; mira en su confesión a Octavio Paz que sufre y se

lamenta porque en Japón apenas si ha tenido tiempo para conocer unos cuantos orientales con pretensiones occidentales y muchos blancos obtusos que no alcanzan a percibir que, dentro de toda la parafernalia de la reconstrucción, se esconde un pueblo sutil y un espíritu tan fuerte que ha sido capaz de legar al mundo el Konjaku Monogatari. Octavio, el nieto de Irineo, cuya virtud oculta sería volver los ojos a su tierra para construir la identidad de un género de hombre que en México apenas existía: el intelectual, el literato, el escritor decidido a vivir de su pluma, a dignificar su tarea y a decir lo que jamás otros hubieran dicho antes; siempre preocupado por sus ediciones, como hombre que se jugaba en ello su destino, daba un profundo aire profesional a tus amigables gestiones por ayudarlo. Sin duda estos son otros tiempos, Alfonso, menos románticos, donde los hombres de la palabra pueden dedicarse a su vocación sin necesidad de disimularla o complementarla; haber hecho posible este tiempo que no verás, es también parte de tu orgullo.

Pero entonces, Alfonso, cómo combatir la rabia dueña del gobierno argentino, cómo afirmarte, cómo hacer tuyo el tiempo de la batalla que aun sin triunfar era ya el de tu victoria; tu momento vino unos días después, cuando a nombre de América Latina, hablaste en la Reunión del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones; te propusiste decir a la hispanidad que se batía a muerte en la Península, que no estaba sola; que hoy, como siempre que Europa perdía el rumbo, América estaba presente para mantener viva la esperanza; presentaste el cuadro de la inteligencia americana como una visión de la vida y una acción en la vida; exhibiste

sin pudor y sin vergüenza el alma desnuda de tu continente y en ello, no puedes negarlo, expusiste también tu ser de escritor y de hombre; no como un satélite de la cultura sajona de América, ni como un apéndice de España, sino como americano, como un individuo completo en sí mismo, entero en su percepción del mundo y en el concepto de su propia realidad pero con un drama interior basado en las fatalidades propias del americano: ser hombre, haber llegado tarde al banquete de la cultura europea, ser americano y pertenecer sin remedio al orbe de lo hispano; pero también, con una vocación inherente a su propio ser, la de realizar el sueño que el descubrimiento de América provocó en los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz. No podía eso ser suficiente, Alfonso, lo sabías, no podías quedarte en la cómoda ribera de las declaraciones y los manifiestos, era preciso pasar a la acción, hacer algo que fuera más que palabras, palabras de las que habías sido amigo en ocasiones, en otras liberador y en unas cuantas, auténtico domador; palabras que si no estaban acompañadas de cambios en la realidad venían a ser una auténtica farsa y en tal sentido, no retrato de la vida sino caricatura de la muerte. Como nunca antes, abrazaste con todo celo y con toda pasión tu vocación diplomática a la que habías servido y honrado desde que el destino y la fatalidad habían querido llevarte fuera de la patria. Te empeñaste en que Argentina y el mundo supieran que México, su pueblo, su gobierno y sus intelectuales estaban del lado de la República y que harían todo cuanto estuviera en sus manos por asistir a España en su hora fatal y que llegado el momento y si fuera necesario, salvar del terror y de la muerte

a cuanto español fuera posible. Cumpliste difundiendo el discurso de Cárdenas; cumpliste con no guardar silencio, siendo valiente en un país donde el gobierno no podía considerar amables tus palabras, pero que algunos argentinos tomaron como muestras de la libertad y de la dignidad que su propio gobierno se había empeñado en robarles; por eso te secundaron e hicieron eco de tu voz. Recuerda, Alfonso, a quienes, en un arranque de valor que rayaba en la imprudencia, dieron una muestra de adhesión a la política mexicana a través del acto celebrado en Córdoba en noviembre de 1936; a su organizador Don Gregorio Bermann, apenas un mes después de encabezar aquella reunión le privaron de su cargo como profesor universitario; aún así, no pudieron evitar que el 14 de abril siguiente, se festejara el Sexto Aniversario de la República Española en el Luna Park, con la asistencia de cincuenta mil simpatizantes de la causa republicana y cuando bajo la sombra y la mirada de los retratos enormes y magníficos de Miaja, Azaña y Federico García Lorca te atreviste a hablar como hombre libre, recordando al Cid...

Ha habido sombras,
 pero ya amanece.
 Aprisa cantan los gallos
 y quieren quebrar los albores.

Esos versos, Alfonso, te persiguieron días y días, como si invocándolos pudieras atraer la luz y la esperanza a las tierras españolas; fueron creciendo y abarcando todo tu corazón, congestionaron la ruta que va de tu alma a tu inteligencia para salir en las letras

de tu *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*, que el público presenció por primera vez en el Teatro Smart de Buenos Aires en la cálida tarde del 23 de diciembre; entonces, como en aquella noche memorable en Luna Park, resonaron los himnos de Argentina, de México y de la República española; esa noche, mientras la compañía de Margarita Xirgú escenificaba y Alberto Contreras decía...

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España.
Ascuas los ojos, muerte los colmillos,
bufa en fiestas de fango el jabalí de Adonis,
mientras en el torrente de picas y caballos
se oye venir el grito de los campeadores:
¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!

Lloraste la muerte de Federico, la muerte de la España libre y el ocaso de la tradición liberal española; lloraste al poeta asesinado, con la convicción de quien pierde a un hermano y más que eso, con la desolación de quien ha visto a muchos hombres despojados del sagrado derecho de morir en su casa. Sin embargo, el dolor no bastaba, no era suficiente ni siquiera para sí mismo; preso junto a tu corazón en la jaula férrea de tu costillar también doliente, clamaba por salir, por manifestarse abandonando tu ser y transfiriendo al mundo el penar por todas las atrocidades cometidas. Para hacer visible el dolor, para presentarlo reconocible había que infundirle espíritu de belleza, dejar que esa larva de

sentimientos, enfrentados a través de la evocación y la palabra pudiera llegar a los otros en su más prístino carácter; abusar de la palabra, despojarle de su inocencia oral, de su esencia de habla y coloquio para situarla, en la contingencia de la elección libre, en palabra escrita, en voz elegida, en texto que no podía dejar de presentarse sino como producto del abuso violento; así cubrirías de palabras el dolor, para hacerle un traje que le diera la dignidad necesaria para la asamblea de lo humano y no se pudiera percibir disperso o incoherente como el amasijo de carne, vestidos y sangre que desfilaba impúdico ante todos los hombres de tu tiempo. Tu condición de individuo libre y de escritor te impulsaba a comunicar la experiencia pura; ni siquiera en un afán de belleza, eso ya vendría luego como producto del oficio, sino como una emanación de tu humedad espiritual que la lógica no alcanza a entender y que la metafísica no alcanza a dominar. Lucha desigual si alguna vez hubo alguna, ni siquiera David estuvo en tal desventaja frente a Goliat pues, aunque él no lo supiera, la roca en su honda ya estaba tocada por la voluntad de Dios y se había convertido en instrumento de su preferencia por Israel; en tanto tú, poeta y hombre, testigo impotente de las matanzas del Duero y de Teruel, no sólo te quedabas dejado de la mano de Dios, sino que aún lo desafiabas y lo retabas emulando su papel monopólico de creador, creando tu también ritmos y voces, metáforas, ideas y también personajes que al contacto con la vista cobraban existencia autónoma como auténticos seres vivientes; acaso con menos privilegios que el Creador, con muy limitados, apenas nimios alcances y sin tener siquiera la certeza de que cada palabra escrita pudiera

encontrar al lector al que estaba destinada desde antes de ser puesta en papel y tinta; pero en esa contingencia, en esa debilidad también estaba oculta la eternidad y la fortaleza; nunca jamás, mientras hubiera un solo ser humano con capacidad para traducir y comprender las letras que juntas forman *El Quijote* habría dos lecturas iguales, jamás tu Alonso Quijano sería igual al de Unamuno ni al de Paul Verlaine y así vivirías en un eterno renacer, en un continuo renovarte, en un amanecer perpetuo mientras hubiera humanidad. Batalla disímbola encadenada a las perpetuas reglas del drama y de la lírica; impasible oficio de contar y narrar hechos, sentimientos y razones donde el sentimiento no se basta a sí mismo y donde el corazón poco vale si no se le sabe poner en movimiento con astucia.

No murió con Federico, Mariana Pineda, pero ya no estaría él para cantarla y aunque las piedras de Granada ya tuvieran un doble motivo para llorar no impedirían que una a una fueran cayendo las plazas de España en manos de los intolerantes y los alucinados, de aquellos que no podían estar destinados a la vida porque al tiempo en que exaltaban la muerte condenaban la inteligencia. De ningún modo se podía confundir la emoción poética con la poesía que es su ejecución verbal, como no se puede confundir el ardor de la pasión con el ser amado ni el ansia de libertad con el ejercicio de la liberación y la legítima defensa frente a la opresión. La emoción es previa en el poeta y se repite con aproximaciones y desengaños en el alma del que lee, el poema queda destinado para siempre al limbo amoroso que se mantiene entre las dos personas el Padre y el Hijo, como el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida y que habló por

los profetas, y que está hecho, como Él de logos, de verbo, de palabras. Lucha interminable, destino que igual que el horizonte, avanza varias millas cuando creemos haberlo alcanzado; lucha tenaz y silenciosa, a veces llena de temores, otras exultante de valor y alegría y no pocas veces clandestina; acaso similar al exilio interior de todos los que no pudieron subir a los barcos con destino a la libertad, acaso parecida a la lucha interior que trajeron consigo Gaos y Gallegos Rocafull, como la que trajo a flor de piel León Felipe y que terminó dando muerte a Stefan Sweig y a su esposa; destino cruel y al mismo tiempo generoso de ir creando para siempre el lenguaje, de crear, como decía Paul Valéry, el lenguaje dentro del lenguaje, de pronunciar lo impronunciable y reducir a símbolos fonéticos lo que no tiene palabras para designarlo; luchando cuerpo a cuerpo, como Jacob contra el ángel, para salir transfigurado al límite de cambiar el nombre si a pesar de todo, aun del poeta mismo, resulta haber combatido con Dios y contra los hombres y haber vencido.

Todos sabían que España había sido derrotada por sus fantasmáticas y por la ansiedad destructora de los dictadores. Los diarios y las revistas, la radio y los cinematógrafos daban a conocer los pueblos destruidos y las hordas de mutilados caminando sin más rumbo que huir de la desgracia; pero lo tuyo no sería la denuncia, aquello no era lo importante, tantos y tantos habían sabido y sin embargo habían callado, era necesario cantar el drama interior de la España derruida y del mundo amenazado; si acaso algún dato alcanzaba subrepticio a escapar de tu pluma en buena hora pudiera ser consecuente con

tu pensamiento, pero había que hacer oír el llanto de miles y miles, la multitud de los clamores individuales y el martirio de Federico, el abandono de Unamuno y la traición sufrida por Azaña; para que a fin de cuentas pudieras lograr la liberación de lo que tanto tiempo había estado preso en tu alma, en la de España, en la de cada hombre y cada mujer relacionado con esta épica de la dignidad. Liberación, ni siquiera libertad, porque para expresarse, la palabra tiene que sujetarse a las leyes más difíciles, leyes internas sin un límite material que las demarque, inventando y creando de continuo su propia carrera de obstáculos...

Es más difícil andar que ir con andaderas; correr, más que andar; y más todavía volar que correr, para el hombre mortal, se entiende, y aún más que volar, evaporarse. La evaporación, sumo sacrificio, imagen casi de la plegaria, incienso; ley la más sublime entre todas, como verdadera transmutación. Liberación, no libertad: exigencia suma que a sí misma se impone cánones, sin necesidad práctica alguna. Esta Poesía Pura es la Servidumbre Voluntaria.

Mientras se asesinaba y se huía de España, tuviste el valor de entrar por los laberintos y matar monstruos; para salir a la calle en medio de la desesperanza y la desolación, sin dar ni deber explicaciones, esclavizándote sólo a tus íntimas cadenas y haciendo propio el llanto de un pueblo que sin dudarlo, también era el tuyo. Así terminó tu misión diplomática en Argentina. Abandonaste aquel país, esa vez para siempre, el 28 de diciembre, no

fueron las despedidas que te prodigaron lo que más recuerdas, sino una carta de don Américo Castro en la que te agradecía, con la fuerza y la dulzura más castizas que pudieras recordar: *todo lo que usted y su país hacen por mi España, que Dios se lo pague y nosotros lo veamos.*

CAPÍTULO IX

Es el sonido del reloj lo que te vuelve del sueño, Alfonso, un solo golpe que te dice que el minuto veintisiete ha llegado, que se aproxima el minuto que divide la hora en mitades gemelas, minuto decisivo en que la hora comienza su declive para dejar de ser y hacerse memoria, minuto el más bajo de la carátula del reloj que anuncia el ascenso a la hora siguiente que se perfila como una promesa que tú, bien lo sabes, se dirige a todos los hombres menos a ti que eres conciente de que no estarás presente para verla. Estás cansado, Alfonso, muy cansado, no quieres abrir los ojos y ya ni siquiera te hace falta, tu respiración ha perdido el ritmo y ya se agita como se detiene en una temeraria aproximación a la muerte; esta vez quisieras no haberte dado cuenta, esta vez no habrá truco ni artimaña que te salve, ni siquiera el libro a medio hacer que en un infarto anterior ya te había salvado la vida concediéndote una prórroga de trabajo, una ampliación de tu visa de turista en la tierra; desde entonces, desde aquel día en que creíste morir, has llevado tu corazón a cuestras y te haz entrenado en el imposible arte de mirarte a ti mismo como a objeto de conocimiento, como a un yo-otro que

puedes discernir con verdad y no sin dolor; viejo zorro Gracián que te musita constante al oído: *nada requiere más tiento que la verdad que es un sangrarse el corazón*. Porque las horas de la espera de la muerte esconden agudas enseñanzas que no pueden adquirirse de ninguna otra forma. Hijo menor de la palabra, elegido de Atenea, ingenioso Ulises que hoy ofreces tu corazón devastado, pero detente, escucha a la diosa ojizarca:

—No detengas mi marcha, que ya se me tarda el camino, y ese don que tu afecto te impulsa a ofrecerme se quede para el tiempo en que pase de vuelta a mi patria; y entonces tenlo bien escogido, que no quedará sin retorno.

Cada vez que sorprendiste a tu corazón fraguando una rebelión o una renunciación, las tinieblas que acostumbran enturbiar la mirada se disipaban, los objetos y aún las ideas adquirían tal nitidez de perfiles que parecía que los propios sentidos, en lugar de resignarse mejoraban y la reflexión se parecía más al extraño paraíso que Swedenborg soñó para los sabios y no para los santos. Al renunciar al cotidiano cuidado de las pequeñas cosas que en cada jornada te consumieron el tiempo y la fuerza vital, pudiste navegar en mar abierto evitando la obligación de pescar en los inmediatos esteros de lo urgente y lo necesario; como hoy, al borde de la *Éstix*, pudiste verlo todo como un recuerdo y sin embargo, Alfonso, qué hay en este mundo que ahora abandonas que siendo tuyo te sea más ajeno que el recuerdo.

Cada ocasión en que estuviste a punto de abonar el dracma de Caronte, en aquellas otras veces, te miraste y no supiste res-

ponder si aquél eras tú mismo, en aquellos avisos, como hoy, te pudiste observar a lo lejos. Con el corazón rajado y los pulmones fatigados, solo como únicamente puede estarlo quien en cualquier instante va a marcharse para siempre, puedes aceptar las evidencias de tu ser que en vano quiso disimular la capa de mundanidad que se requiere para transitar con seguridad entre los hombres y los libros. Si en aquellas ocasiones, tomar de las manos y reconocer a los dos ángeles guardianes de tu conciencia: el cinismo y el estoicismo, te sirvió para volver más humano y más pleno al mundo de los vivos, hoy sólo pueden servirte de guías para ingresar al lugar del que nunca se vuelve. Cínico y estoico, es decir, casi siempre desconocido y por descontado malinterpretado; cínico y estoico navegando entre los hombres, teniendo a la cortesía como única brújula para señalarte la ruta. Cínico y estoico mirando como las palabras se gastan y se erosionan hasta perder las más elementales piezas de su identidad, palabras que se ensucian y que bajo los harapos con que los nuevos tiempos las cobijan, siguen siendo venerables; estoico no porque fueras un resignado y pasivo testigo del mundo, sino porque quisiste ser dueño de ti mismo y participar de ese modo en el infinito proceso del cosmos; cínico no por procaz ni porque creyeras que la ilícita desaprensión fueran la raíz de la simpatía; sino porque sumiso, siempre supiste aceptar los datos de la evidencia, realidad desnuda en pequeños y fugaces instantes expuesta al sol como árbol ya brotado.

Así te viste de lejos, Alfonso, hijo menor de la palabra, hecho de un mínimo de verdad: cinismo; con un máximo de decencia: estoicismo. Mirarse pasar, verse volver por donde antes se

ha transitado. Mira a tu derecha, Alfonso, vuélvete sólo un poco, lo suficiente para que tu vista pueda traspasar los diez pasos que separan este lecho de tu mesa de trabajo; observa, Alfonso, son las tres de la madrugada del cuatro de marzo de 1944, en el papel se va formando un libro que después sabrás estaría destinado a llamarse “Andrenio, perfiles del hombre”; ese individuo con el cigarrillo posado en el cenicero, iluminado por una lámpara, que se afana en la redacción de una frase, eres tú. De pronto, como si un rayo te hubiera fulminado, comienza el dolor en el brazo izquierdo, ha venido así, repentino y torturante como quemadura de una descarga que te inmoviliza y te hiere. Al querer defenderte de ese ataque hasta entonces desconocido, te aferras a tu pluma que se convierte en un puñal con el que hiendes la carne de ese enemigo al que nunca habías visto; su avance sigue y de pronto tu brazo ha dejado de ser una más de tus extremidades y nunca podrás decir en que momento se ha convertido en un cuerpo extraño que cuelga de tu hombro y que te quema como un hierro caliente; aquél no es más tu brazo izquierdo sino la tierra conquistada por el enemigo que pretende apoderarse de todo tu cuerpo; te parapetas con él, con tu mano derecha lo levantas y lo dejas caer sobre las páginas, así formaste una muralla para detrás de ella seguir escribiendo, entonces te desmayaste. No fue nada, acaso un primer aviso de lo que vendría después. Nacho Chávez te puso a descansar y te envió a Cuernavaca donde te encontraste con Enrique Díez Canedo cuyo cuerpo ya sucumbía al mal que finalmente habría de llevárselo. Disminuiste el paso pero constante, seguiste escribiendo. A principios de mayo habías recuperado la andadura. Lo dejaste

pasar, lo achacaste al cansancio y a la fatiga de quien comienza a encarar los años arduos de la madurez; sin embargo, no podías engañarte, Alfonso, eran las espinas de tu corazón las que ya se estaban enterrando en tus entrañas.

Escucha, Alfonso, se abre la puerta de la biblioteca, puedes verlo entrar a la Capilla arrastrando un poco los pies, obsérvalo bien, Alfonso, trata de caminar con normalidad, trata de aparentar que todo está bien y parece creer que nadie lo observa, mira como levanta la vista hacia este rincón de la biblioteca donde hoy, doce años después, te estás muriendo; apenas alcanzan a cruzar miradas cuando se deja caer en el primer sillón que tiene a su alcance; eres tú, Alfonso, acabas de regresar de París donde presidiste la delegación mexicana a la Primera Asamblea Internacional de la UNESCO, promedia febrero de 1947 y acabas de sufrir tu primer ataque de trombosis coronaria, así se llama la máscara que porta el enemigo. No quieres rendirte, Alfonso, sabes que esta vez no se trata de fatiga, que no bastarán unos meses de reposo que, de hecho, tu corazón ha sido ya mortalmente herido. Aminoraste el paso pero no lo detuviste siquiera un día, páginas y páginas brotaron de tu pluma, como si esa actividad vital pudiera hacerte escapar de las manos del enemigo que había ya tomado la plaza fuerte de tu corazón y desde donde pondría sitio a todo tu cuerpo. Pero la muerte no puede combatirte exhibiendo la fuerza de la vida, Alfonso, lo sabes hoy que la enfrentas y puedes observar que la muerte no es afirmación sino renuncia, silencio que se va espaciando en la medida que va consumiendo los resquicios de la memoria. Si en abril de 1947 pensaste haber vencido, a principio de junio una vez más yacías

en cama con el corazón herido y una vez más tu deseo de no morir y la fuerza con la que te aferraste a la pluma te permitieron seguir con vida. Cuatro años más duró la tregua, Alfonso; cuatro años en que quisiste olvidar la amenaza, cuatro años en que pretendiste ocultarte del destino, pero inocente como el niño que siempre fuiste, no supiste recordar que la causa del mal la llevabas dondequiera que ibas, que el corazón desgarrado viajaba dentro de tu pecho contando los minutos y los segundos en que, sin remedio, habría de rendirse a la fatiga. El día llegó. El minuto puntual en que la muerte vino a darte la última de sus premoniciones ocurrió en la noche del cinco de agosto de 1951, apenas un día antes, a mitad de la función, el cine Metropolitan se te volvió oscuro, los pulmones cumplieron su misión con dificultad y luego de imponer tu voluntad terminaste de ver la película y a la mañana siguiente fuiste a festejar el cumpleaños del hombre que apenas unas horas después habría de salvarte la vida. Para el almuerzo en casa de Chávez estaban convivados los matrimonios Ávila Camacho, Baz, Fournier, Martínez Báez, Suárez y Villaseñor y Enrique González Martínez.

Mira, Alfonso como subes penoso la escalera, son las ocho de la noche del cinco de agosto de 1951; es de nuevo el brazo izquierdo, mira como te derrumbas en esta misma cama y cómo el cuerpo del que eras entonces se arraiga y se mezcla con este cuerpo que hoy recibe la carne y la sangre de todos los que fuiste a lo largo de tu vida. Idénticas angustias e idénticos dolores, la misma voz que te anuncia la inminencia del final y el mismo abrazo de Alfonso, tu hijo que ya te atiende de emergencia; pero entonces no te habías rendido, aún querías ser tú y no marcharte, ni el

tiempo ni la memoria se te descomponían y cuando Alfonso te llevó casi en vilo al baño no pudiste contener la enfermiza curiosidad de levantar los ojos y mirarte al espejo; lo que viste te hizo comprender lo que al final puede ser la muerte, entonces dijiste, recuérdalo bien... *¿en qué momento se deshace uno?* El día seis te batiste con todas tus fuerzas, la única manera de sobrevivir era manteniendo la unidad, evitando la descomposición final. Entonces ocurrió, apenas en los segundos que puede durar el lento parpadeo de un enfermo: te viste de frente y admiraste como la vida se te fugaba en la respiración; te aproximaste y tú mismo sacudiste aquel cuerpo que se moría, lo agitaste y le gritaste que aun no podía abandonarlo todo, que todavía había pendientes que solucionar y como si eso fuera suficiente, con una frase y un aplomo que días después y en este momento te parecen de una simpleza ofensiva, detuviste a la muerte y volviste a tu cuerpo, Alfonso, en la medida que el orden volvía y la unidad se restablecía. ¡Aguarda!, dijiste, ¡Hay un libro que todavía no termino!, y la muerte, avergonzada y silenciosa, tornó a dormir en tu corazón concediéndote la última de sus treguas.

Hoy es diferente, Alfonso, porque aun cuando te quedan manuscritos en el escritorio esperando en vano tu pluma para convertirse en libros, has terminado, Alfonso; has dicho lo que querías y dejas que otros tomen la palabra; pero entonces, aun cuando tuvieras los pulmones edematizados, las uñas y los labios cianóticos, cuando viajaste al Instituto de Cardiología a bordo de una ambulancia que te pareció tan divertida como un juego de niños, sabías que por última vez, habías logrado detener a la muerte; como en una tregua fugaz, en una concesión, en una brizna de tiempo:

Soy la muerte – me dijo. No sabía
que tan estrechamente me cercara,
al punto de volcarme por la cara
su turbadora vaharada fría.

Ya no intento eludir su compañía:
mis pasos sigue, transparente y clara,
y desde entonces no me desampara
ni me deja ni de noche ni de día.

—Y pensar –confesé– que de mil modos
quise disimularte con apodos,
entre miedos y errores confundido.

“Más tienes de caricia que de pena”.
Eras alivio y te llamé cadena.
Eras la muerte y te llamé la vida.

Esta vez no, Alfonso, esta vez es la definitiva; pero ni siquiera la inminencia del adiós podrá quitarte el privilegio de haber vivido hasta los límites con toda la pasión, con toda la razón y toda la fuerza de que fuiste capaz la única vida que te fue dado vivir; una vida única e irrepetible que no podrá volver a ser escenificada; la única oportunidad que, si Nietzsche y Borges tuvieran razón, volverías a vivir gozoso porque ningún placer y ninguna angustia te fueron vedados; ningún placer, Alfonso, ninguno...

CAPÍTULO X

Sopla un dulce viento y tú, Ulises divino, gozándote despliegas tu velamen, sentado riges con destreza el timón; no baja a tus ojos el sueño, velas a las Pléyades vuelto, al Boyero de ocaso tardío y a la Osa, a que otros dan nombre del Carro y que gira sin dejar su lugar al acecho de Orión; sólo ella de entre todos los astros no baja a bañarse en el Océano. La divina entre las diosas, Calipso, te dejó dicho que navegaras llevándola siempre a la izquierda; los astros se colocan en la posición exacta para anunciarte que inicia el minuto veintiocho de la hora séptima de tu último día. Entoces lo escuchas, Alfonso, lo oyes bien, ¿no es cierto? Entonces lo hueles, Alfonso, no puedes negarlo, es el sonido de los tambores y de la samba, es el olor del laurel y de la guayaba, es el aroma salino que asciende hasta el Pan de Azúcar y que invade todos los rincones de tu casa en la Rua das Laranjeiras. De nuevo, Alfonso, es 1930 y llegas a Río de Janeiro proveniente de Buenos Aires, para vivir un capítulo definitivo de tu vida. De algún modo, Brasil no te había sido del todo desconocido. Sus playas ya te habían recibido en alguna ocasión; la lectura de sus escritores te había ocupado algunas horas y sobre

todo, la visita que Pepe Vasconcelos había hecho a tierras brasileñas en 1922 y de la que guardó siempre gratísimos recuerdos, te habían servido de prólogo a esta nueva estancia diplomática. Conocías demasiado bien a Pepe: no se le podía creer todo cuanto escribía, pero se podía confiar ciegamente en la pasión que le causaban las cosas bellas. Cuando Pepe narraba sus aventuras en el Brasil, acaso podrías creerle la mitad; pero si decía que la belleza y la fortaleza del Brasil habían sacudido su conciencia y sus sentidos; entonces, con toda seguridad apostar que esos atributos podían demoler una montaña con su sola presencia. Sin embargo, todo cuanto sabías o pudiste imaginar sobre Brasil fue poco. Infierno verde y paraíso flordelicado donde los negros cantaban Jalibut; fuente contradictoria de esplendor y de sombra donde los negros paseaban untados en luz de Jalibut y tú te estremecías yendo de la esperanza a la pérdida y del encuentro a la despedida al tiempo en que ancestrales negros libaban la flor del Jalibut; orillita del mar flordelicado donde pudiste ver a los ángeles de la belleza y a los demonios de la ansiedad salir presurosos de bajo tu piel para besarse en el anhelo y en la premura cuando a tu derredor morían los negros en mal del Jalibut.

Brasil te cambió la vida, Alfonso: te hizo enamorarte con más pasión todavía del trabajo literario porque te mostró que la palabra se nutre de la vida con el fin de hacerla más intensa y más habitable; también te enseñó que se puede amar la belleza temiéndola y padeciéndola. Lo que antes había sido contemplación y reflexión, después de Río de Janeiro se volvió experiencia y sentido vital. Después de Brasil, querido Alfonso, ningún tema te estaría vedado y aunque con los años esa sensación de plenitud se iría

mitigando, tus letras, influidas para siempre por el momento en que la belleza te fue revelada en toda su magnificencia y esplendor, se harían cada día más tersas, más claras y más humanas.

Jamás te abandonó tu amor por el Brasil y si le dedicaste el primer estudio realizado sobre las relaciones diplomáticas entre México y el Brasil, que vio la luz en el Buenos Aires de 1937 cuando tu corazón sangraba con mayor efusión, ese sería el menor de tus homenajes; el más profundo, el más sagrado, nunca lo revelaste a nadie, pero te quedó tatuado en el corazón de tal manera que si pudieras exhibirlo parecería más bien una marca de nacimiento.

Dime, Alfonso ¿te acuerdas del 26 de junio de 1927? Sí, Alfonso, no tiene nada de malo que un moribundo sonría dormitando en sus últimos minutos, ¿te acuerdas? Amanecía con una niebla y una lluvia que te impidieron una primera vista matinal del litoral bahiense; ese día, al iniciar la tarde, cuando el viento amable disipó las tinieblas, apareció ante ti, triunfante, en toda su olímpica majestad la Bahía de Guanabara. Cuando pusiste los pies en tierra, los dejaste vagar y te llevaron como niño maravillado por las playas de Copacabana y de Gavea, tus ojos embriagados se detuvieron en el Pan de Azúcar y te perdiste unos minutos en el fabuloso Jardín Botánico, al que volverías después, años después, en busca de éxtasis y de refugio, en busca del secreto y de la revelación, en busca de ti mismo y en busca de todo lo bueno y lo bello que esa tierra adámica podía ofrecer a los pecadores. Bendito horno genitor donde cualquier milagro era posible. Cuando presa de la melancolía, del desánimo y aun del ansia de volver a casa, de abandonar los duros

pechos de Circe y su blando vientre carioca; Ulises extraviado, buscabas refugio en los espacios abiertos de la ubérrima urbe, te encontrabas paseando entre los cactus, nopales y magueyes de tu altiplano central mantenido y recreado como por encanto en el Jardín Botánico de Río de Janeiro. Hasta allí llevaste el peyote que transforma y abre el espíritu y permite ver la música en forma de ondas luminosas. Símbolos, Alfonso, símbolos que se iban sembrando en la fértil tierra brasileña como un gigantesco y magnífico peyote del que tomabas de cuando en cuando un mordisco para que sus calles y ventanas, sus plazas y sus palmeras te convirtieran el cotidiano paso de los días en la sensación alucinante de estar vivo y poderte transportar a voluntad hasta el borde mismo de tu sierra...

Han bajado los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,
bravos habitantes de la nieve

como hablan de tú
contestan siempre así la pregunta obligada:
“ y tú, ¿no tienes frío en la cara?”

Mal año en la montaña,
cuando el grave deshielo de las cumbres
escurre hasta los pueblos la manada
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta
aquella desazón tan generosa
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos
los misioneros de la Nueva España
esos corderos de corazón de león.
Y sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tesgüino de maíz y peyote,
yerba de los portentos
sinfonía lograda
que convierte los ruidos en colores,
y larga borrachera metafísica
los compensa de andar sobre la tierra
que es, al fin y a la postre,

la dolencia común de las razas de los hombres.
Campeones de Maratón del mundo.
Nutridos con la carne ácida del venado,
llegarán los primeros con el triunfo
el día que saltemos la muralla
de los cinco sentidos.

A veces traen oro de sus ocultas minas,
y todo el día rompen los terrones
sentados en la calle,
entre la envidia culta de los blancos.

Hoy sólo traen yerbas en el hato,
las yerbas de salud que cambian por centavos:
yerbaniz, limoncillo, kimonillo,
que alivian las difíciles entrañas,
junto con la orejuela de ratón
para el mal que la gente llama “bilis”;
la yerba del venado, el chuchupaste
y la yerba del indio, que restaura la sangre;
el pasto de ocotillo de los golpes contusos,
contrayerba para las fiebres pantanosas,
y la yerba de la víbora que cura los resfríos,
collares de semillas de ojo de venado,
tan eficaces para el sortilegio;
y la sangre de grado, que aprieta las encías
y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández)
el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos
–logró hasta mil doscientas plantas mágicas
de la farmacopea de los indios.
Sin ser gran botánico,
don Felipe Segundo
supo gastar setenta mil ducados;
¡para que luego aquel herbario único
se perdiera en la incuria y en el polvo!
(Porque el padre Moxó nos asegura
que no fue culpa del incendio
que en el siglo décimo séptimo
aconteció en El Escorial).

Con paciencia muda de la hormiga,
los indios van juntando sobre el suelo
la yerbecita en haces
–perfectos en su ciencia natural.

En una esquina, como viejo amigo, como talismán y como mascota bien querida, estaba Cuauhtémoc saludando el paso de los transeúntes; desde 1922, año en que se volvió vecino de Río de Janeiro, los cariocas daban tres vueltas en torno al emperador azteca, se detenían enfrente suyo y se despedían haciendo una reverencia y quitándose el sombrero; con ello ahuyentaban los malos augurios y se allegaban el favor de los dioses de la buena fortuna. Símbolos de la vida y de su renovación permanente; en un rincón privilegiado del Jardín Botánico reinaba Xochipilli,

diosa primaveral, diosa de las flores que preside el crecimiento de la espiga y de la mazorca; diosa que alegra la embriaguez y que hace posible el pulque y la cerveza, Dionisos hembra americana que alegra los días y calienta las noches; diosa de fertilidad que llegó al Brasil en tus brazos en aquel año de bendición y de tormento que fue 1933.

En ese lugar privilegiado del universo se fraguó tu romance con el Río de Enero que era río y ya es mar, en el cual bogas y naufragas, en el que te bautizas y te embriagas, el que ¿sabes a lo que sabe?, a la humanidad tan antigua como es. En su momento, Brasil te salvó del tedio de Buenos Aires, de aquel queridísimo país que ya iba cambiando su rostro para ponerse la careta de un fascismo local, extraño y mal ensamblado; te salvó también de un ambiente donde las logias literarias, empeñadas en sobrevivir, estaban dejando de lado la fuerza creativa que les habías admirando tanto cuando llegaste por primera vez al Río de la Plata y se dedicaban más a sus batallas enanas y a sus politiquerías que de ningún modo te interesaban. Sí, Alfonso, ahora ya lo sabes, Brasil te salvó para las letras cuando te sustrajo de aquella misión que vampírica, chupaba tu sangre de escritor hasta dejarte extenuado, que agotaba tus fuerzas vitales en una lucha constante por salir a flote para respirar una bocanada de aire fresco. Cuando supiste que tu traslado al Brasil era ya completamente seguro, tu estado espiritual estaba decidido, como si el trópico fuera para ti una llamada mística y una fuente permanente de juventud; así se lo dijiste a Paul Valéry y a todo aquel que tuviste a mano para contárselo: ibas al Brasil a reposar de la mundanidad y a recuperar el tiempo que le habías

robado a tu trabajo literario, ibas a dar descanso a tus ojos irritados de ver edificios y muros, por venerables y hermosos que estos fueran; y así, con vistas más vivas y espaciosas, renovar tu ánimo vital y tratar de reconstruir un poco de la felicidad hogareña que empezaba a desmoronársete.

Ahora lo sabes, Alfonso, Brasil no pudo cumplirte todas aquellas promesas que al principio le habías adjudicado, pero te dio más de lo que esperabas, te hizo sentir tan vivo como no te sentías desde los días del Madrid de la pobreza cuando tenías un futuro sin escribir. ¿Te das cuenta, Alfonso? En lo que más piensa alguien que está próximo a morir es en la vida; nunca fuiste aficionado a las paradojas, Alfonso, acaso esa haya sido la principal diferencia que tuviste con Unamuno. Gran paradoja, Alfonso, lo que más siente el que va a morir es la resurrección de los momentos en que tuvo la más clara conciencia de estar vivo; qué terrible y qué reconfortante, Alfonso, el tema favorito de los moribundos es la vida ¿qué habrá pensado tu padre, Alfonso?, qué habrá experimentado en el momento en que se vio perdido frente a la Puerta Mariana de Palacio Nacional cuando la metralla le anunció, como a ti tu corazón –aunque reconoce que con más tiempo y más delicadeza-, que todo estaba perdido y que no había vuelta atrás; qué habrá pasado frente a sus ojos en esa diminuta, despreciable dirían los vivos, fracción de segundo entre la detonación de la metralla y el estallido del corazón; ¿acaso las glorias y las miserias de Villa de Unión?, ¿acaso Rodolfo azuzando la quimera que ya lo llevaba a la muerte?, o ¿tú, Alfonso? tú como niño, llorando porque daban unas monedas al anciano organillero que tocaba frente a la casa paterna

en Monterrey y que tú no querías que se fuera porque, como una profecía, decías que ese hombre eras tú mismo. Nunca lo sabrás, Alfonso, nunca, porque esta última sensación de la vida es incomunicable e intransmisible, es sólo tuya y por eso es más vital; de nuevo otra paradoja, Alfonso, qué terrible ¿no es cierto?, que un hombre entrenado hasta la maestría en el arte de expresar lo que piensa y lo que siente no pueda poner en letras una de las experiencias más intensas que un ser humano pueda vivir o morir ¿cuál es el término adecuado? Abres los ojos, miras el reloj y lo ves como si estuviera más lejos, infinitamente lejos y no te perteneciera y como si ese minuto veintiocho que no se extingue, no pudiera ser el definitivo; porque sigues vivo y parece que ése fuera tu destino único y principal, estar vivo. Con esa seguridad cierras los ojos y te entregas; no hay más tensión en tus músculos y hasta pareciera que tu corazón ha recuperado el ritmo perdido.

Huele a feijoada, a fritura de cerdo, a magnolia y a laurel, huele a aceite de coco y a vainilla en flor, huele a tierra mojada y a sal de mar, aún estás ahí, en Brasil que es inmortal y es promesa de vida eterna. Pero Brasil no se te entregó de inmediato y aunque el acoso fue siempre dulce, de enamorado, los primeros días fueron de desasosiego y hasta de miedo. Llegaste a Brasil a poner orden en una casa que en peores condiciones que la que habías recibido en Buenos Aires, no sólo era inútil para las funciones oficiales a la que estaba destinada, sino que era casi inhabitable; Manuela seguía en Buenos Aires esperando a que tu hijo terminara sus estudios de medicina; y a ti, casi ahogado por las deudas y los gastos, para colmo de males

Brasil te recibía con una Revolución. Pese a todo, o gracias a todo esto, la conquista del Brasil estuvo para ti siempre llena de dulces retos y grandes satisfacciones. Tu primer amor, y también el más perdurable, fue aquella casa de la Rua das Laranjeiras, donde aprendían los pájaros a cantar en español; aquella casa que recuerdas con tanto cariño y sobre la que escribiste la *Historia Natural das Laranjeiras*, mansión palaciega en donde la naturaleza te mostraba su potencia descolgándose y asomándose por puertas y ventanas, dejando ver el poder de la montaña, del campo, del mar y del cielo.

Río de Enero, Río de Enero:
 fuiste río y ya eres mar:
 lo que recibes con ímpetu
 lo vuelves a devagar.

Madura en tu seno el día
 con calmas de eternidad:
 cada hora que descuelgas
 se vuelve una hora y más.
 Filtran las nubes tus montes,
 esponjas de claridad,
 y hasta el pulmón enrareces
 que arrastra la tempestad.

¿Qué enojo se te resiste
 si a cada sabor de sal
 tiene azúcares el aire

y la luz tiene piedad?
La tierra en el agua juega
y el campo con la ciudad,
y entra la noche en la tarde
abierta de par en par.

Junto al rumor de la casa
anda el canto del sabiá,
y la mujer y la fruta
dan su emanación igual.

El que una vez te conoce
tiene de ti soledad,
y el que en ti descansa tiene
olvido de lo demás.

Busque el desorden del alma
tu clara ley de cristal,
sopor llueva el cabeceo
de tu palmera real.

Que yo como los viajeros
llevo en el saco mi hogar,
y soy capitán de barco
sin carta de marear.

Yo no quiero, Río de Enero,
más providencia en mi mal

que el rodar sobre tus playas
al tiempo de naufragar.

La mano sacudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento.
No era el viento, era tu paz.

Desde luego, la geografía física se correspondía con la humana y con la literaria; Larbaud te había dicho que los historiadores y los ensayistas eran sumamente ricos e interesantes mientras que los poetas eran demasiado exuberantes; para tu gusto habituado a las mesetas de Anáhuac y de Castilla, confirmado en la contemplación de la pampa Argentina, aquel estallido de verdes y amarillos, de naranjas y rojos estridentes podía llegar a ser estremeecedor. Pero en todo caso, se trataba de una comunidad literaria viva y animada, fabulosa en su variedad como correspondía al suelo que pisaban: a la derecha los maurrasianos, émulos de la Action Française, liderados por Tristão de Ataíde, a la extrema izquierda los antropófagos, encabezados por Oswaldo de Andrade, suerte de estridentistas tropicales, más vivaces aunque conformados con soñar obras que no necesariamente realizaban; en medio, los itinerantes, los indefinidos y los independientes entre los que se encontraban no pocas plumas de excelente calidad, los políticos metidos a literatos y los literatos metidos a políticos, ambas especies endémicas en Iberoamérica; algunos de ellos de buenas intenciones y otros más auténticos escritores poco tentados a afiliarse a movimientos y escuelas;

entre estos últimos, Homero Pires, Tobías Montero y Ronald de Carvalho. Aunque al principio se resistió a tu asalto, Carvalho fue tu guía en el ambiente literario y diplomático de Río; él te introdujo en el círculo del patriarca del nacionalismo literario brasileño, José Pereira de Graça Aranha, del que guardaste siempre un recuerdo particular no sólo por la amabilidad de su carácter y por la dimensión de sus letras, sino porque fuiste el último a quien visitó antes de morir. Fueron muchos quienes te abrieron sus puertas y sus corazones, muchos los que sin reservas de ningún tipo, como Renato Almeida, compartieron contigo espacios, proyectos y pasiones tan personales como universales. A otros los viste nacer a la vida creativa como al poeta enamorado de la música Mário de Andrade. Brasil era un continuo suceder, un ir y venir complicado y delicioso en el que el trabajo literario se complementaba hasta lo indiscernible con la vida diaria, y esa vida individual y personalísima estaba tan llena de sucesos que hacía de ella una memorable experiencia colectiva.

Contradictoria hasta el surrealismo, la vida deparaba incommensurables sorpresas; un día presentabas cartas credenciales ante el presidente Washington Luís, un seis de mayo a las cuatro de la tarde por ejemplo y apenas unas semanas después, en compañía de toda su familia, el mismo hombre pedía asilo en la Rua das Laranjeiras. Entonces, honrando la tradición mexicana de la cual volverías a ser garante cuando la fatalidad te permitió saldar la deuda de gratitud que tenías contraída con España, le abriste las puertas de la embajada y le procuraste la seguridad y la protección que las veleidades de la política en su propia patria le negaban. El mismo hombre, otrora habituado al poder, exhi-

bía en su rostro y en sus modales los democráticos y populares rasgos que comparten todos los hombres que temen por su vida. Siempre sentiste una especial solidaridad por los perseguidos y por los exiliados, una especie de simpatía como de compañero de infortunio y de hermano que ha cruzado ya el vado peligroso no sólo por cuanto habías sufrido en carne propia la pena, el dolor y la desposesión del exilio, sino porque por esa pena habías desarrollado un impecable sentido de la justicia que te ligaba a las causas en las que la libertad, la dignidad y la vida se jugaban su destino; pero no sólo en lo individual, que es ya el corolario de las causas generales y por lo tanto, su comprobación irrefutable, sino de las causas de los pueblos y de las naciones; aplaudiste a Isidro Fabela cuando tuvo el valor de ser el único en defender la dignidad del Negus Heile Selassie en la humillación a que Mussolini lo sometía con todo su pueblo; celebraste la fundación de la Universidad Hebrea de Jerusalén en el Monte Scopus, como punto culminante del retorno del pueblo de Israel a la tierra del Rey David y con Borges, nunca dejaste de admirar la fe y la esperanza con que las familias sefardíes guardaban las llaves de las casas que les habían pertenecido quinientos años antes; nunca pudiste perdonar el crimen que Hitler y su banda de histéricos y delincuentes cometieron contra la humanidad y contra su propio pueblo reduciendo a la nación de Heine y de Schiller, de Beethoven y de Goethe al más brutal estado de barbarie, ofendiendo la dignidad y la libertad a sus propios hijos, matando de vergüenza a sus mejores hombres a los que como Stefan Zweig, no pudieron con tanta sangre sobre sus conciencias colectivas. Siempre supiste que los derechos del

pueblo estaban por encima de tus propios derechos y que la sociedad estaba obligada a solidarizarse con todos aquellos a los que ella misma había marginado y destinado a morir para que otros vivieran y disfrutaran de los bienes superiores, pero nunca pudiste creer en la retórica de Stalin y sostuviste que dentro de aquel guante de seda del héroe contra el fascismo, se encontraba la mano ensangrentada de un hombre que estaba dispuesto a matar a miles de los suyos en aras de una idea. Que te llamaran iluso y soñador; después de todo, siempre lo asumiste con una sonrisa que te evitaba la pena de negarte a pertenecer a cualquier partido político, aunque Diego nunca te lo perdonara, porque al fin y al cabo no había para ti socialismo más puro y más hermoso que el de León Tolstoi, el de Ekaterina Máslova que seguía el camino del destierro a Siberia, para resucitar en la soledad de las estepas.

Nunca pudiste olvidar y aún recuerdas con afecto la tripulación de aquella nave diplomática, si parece que fue ayer, Alfonso, aquel 11 de septiembre de 1930, cuando llegaron Rafael Fuentes y su familia, no sólo por él cuya charla era una delicia, su cultura un recreo y su eficiencia como primer secretario un descanso, sino por el pequeño Carlos, el niño que como duende, habitaba la biblioteca y al que pudiste enseñar, desde la más tierna infancia, el amor por las letras y todo el mundo que resguardan. Carlos Fuentes, el escritor que contribuiste a formar y al que legaste tu deseo de que las letras nacionales sirvieran para quitar la máscara a la identidad mexicana, que fueran un conjuro para disipar los traumas y las maldiciones de un pueblo que sólo así sería libre de elegir y consumir su destino. Carlos

Fuentes, tu joven compañero en las tardes de cine en Cuernavaca con el que después de la función, podías discutir el argumento y la realización de la película mientras compartían la pasión por las muchachas bonitas. Carlos Fuentes, el joven candidato a hombre de letras, al que esperabas a las cinco de la madrugada, cuando venía a descansar la tregua de sus parrandas interminables y llamabas desde el estudio para comentar algún pasaje especialmente difícil de tu traducción de la Iliada, no sólo para llamarle la atención y hacerle la mala obra de arruinar su discretísima y mal disimulada llegada, sino para enseñarle, ante todo, que la tarea de escritor es la vocación y la disciplina y que esos atributos son los que lo distinguen del aficionado y del farsante. El queridísimo Carlos que con la irreverencia de las inteligencias que se saben fuertes y capaces de independencia, escribió con el título que le obsequiaste: *La región más transparente*, una novela que no te gustó nada, porque la literatura no podía ser tan fea y que, sin embargo, bien lo supiste siempre, estaba destinada desde su nacimiento a ser una de las grandes novelas del nuevo tiempo mexicano.

¿Cuándo vino Carlos la última vez?, ¿la semana pasada?, ¿o lo viste en la última visita a Cuernavaca?, ya no te acuerdas ni te importa, porque lo que ni aun ahora puedes olvidar es que desde el momento en que el Fondo de Cultura Económica puso en circulación su primer libro, *Los días enmascarados*, aquel que tenía en sus tapas de cartón verde el dibujo del Chac Mool que él mismo diseñó, fue para ti un signo de renovación de la vida y de la persistencia de la cultura mexicana; aquel libro aún sigue en tu escritorio, como recuerdo del niño que en septiembre de

tu primer año en el Brasil entró con su padre y su madre en la casa de la Rua das Laranjeiras para saludarte y hacerse parte de tu vida. Sí, Alfonso, ese niño es ya un adulto que seguirá vivo después de esta hora que es la de tu muerte, seguirán vivos Manuela y Alfonsito, seguirán vivos los nietos; aunque sea en el gris y frío retrato de las letras; tú con ellos, Alfonso, aunque algún día deban acompañarte como hoy acompañarás a tu padre. Seguirás un poco vivo, Alfonso porque, lo sabes, el tiempo mata a los hombres pero nada puede contra las literaturas, como tampoco puede nada contra el recuerdo de las pequeñas cosas que hacen la vida, los buenos momentos, las frases felices y afortunadas, las amistades y el concierto de las buenas voluntades.

Brasil te dejó eso, fue el sustrato para entender la imagen de los que sobrevivieron a la desgracia española y que pese a todo aún sabían reír. Cuando desembarcaron los amigos, con los ojos llorosos y los labios resecos de sal y de sol, con el sombrero en la mano y la tragedia en las espaldas, pudiste recibirlos como si hubieran vuelto a casa después de un largo y penoso viaje, los abrazaste como hermanos y reconociste en ellos la persistencia de la vida y su dominio inefable sobre la muerte y el fracaso. Eso te lo enseñó la misión de la Rua das Laranjeiras, ¿cuántas veces más pronunciarás ese nombre mágico antes del final definitivo? Y es que, Alfonso, ese nombre te sabe a evocación y a dulzura, a humanidad y a mujer, al placer infinito de ser, para los demás, fuente de placer y causa de alegría. Te educaron para agradecer, Alfonso, algo en tu personalidad te impulsaba a crear en torno tuyo un ambiente de bonhomía y felicidad, como si

en medio de la sombra y la penumbra que agitaba tu interior, el Sol de Monterrey que llevabas dentro se sintiera impelido a salir fuera de ti y llegar a los demás; como una función natural de tu ser en el mundo. Si en Argentina el tránsito entre las letras y la diplomacia se había hecho difícil, en Brasil, como en España y en Francia, volvía a ser algo natural; ése era tu estado ideal: traspasar la frontera entre las letras y la vida, ¡por Dios, Alfonso! Tú que hablaste tanto de técnicas y del oficio de escribir nunca fuiste un escritor profesional según las tristes convenciones que ven al profesional donde alguien canjea unas horas de esfuerzo por una ración de pan, nunca, Alfonso; al contrario, fuiste un escritor por vocación, por necesidad; porque no tenías otra opción en la vida porque si no hubieras escrito te hubieras muerto en vida, te hubieras muerto antes de abrir los ojos al mundo, te hubieras extinguido a la sombra de un triste escritorio burocrático rumiando la maldad inherente a los seres humanos, pero el impulso era tan fuerte, tan poderoso que aunque hubieras querido no habrías podido evitarlo; no hubo experiencia en tu vida que no pasara a través de tu corazón y de tu mente hasta tu pluma y la imprenta, cada evento y cada objeto fueron para ti un símbolo de la vida, de la especie humana y de la cultura de todos los pueblos. En cada momento buscaste en la página blanca el orden y la paz que el mundo te negaba, la guerra te persiguió por donde quiera que fuiste; no encontraste paz entre los hombres hasta que, Ulises, volviste a Ítaca.

Ni siquiera el Brasil estaba fuera del mundo. Apenas seis meses habían transcurrido desde que te habías instalado en Río de Janeiro y ya a tus ojos habían podido percibir los ingredientes

perfectos para una revolución: por un lado las diferencias dramáticas que como en todo el continente dividían a la sociedad brasilera y por el otro, la formación de grupos de poder que dividían la política y la sociedad entre los conservadores paulistas y los liberales gauchos de Río Grande do Sul. Como había sucedido en México lo único que se requería era un pretexto, un detonante, la inevitable marcha histórica haría lo demás por sí misma; por eso no te sorprendió la noticia radiada el tres de octubre de 1930; la derrota electoral de Getulio Vargas y el aparente triunfo de Julio Prestes puso al descubierto no sólo las carencias e inequidades de la ley electoral brasileña sino el enfrentamiento entre dos formas de ver al Brasil, a la América Latina y de entender el carácter popular de la política. No era la primera vez que los hechos del mundo te exponían a la experiencia revolucionaria; es cierto, tenías prohibido manifestar la identidad de tus puntos de vista con la Alianza Liberal de Vargas, a cambio, la misma condición diplomática que te impedía manifestarte te dio la posibilidad de auxiliar a los derrotados; ellos no querían discursos ni expresiones de apoyo, necesitaban ayuda efectiva en cuando las cosas se pusieron peligrosas.

Había razones para temer, Alfonso, lo sabías mejor que ellos; las revoluciones pueden liberar a los pueblos, mostrarles su auténtica identidad, acelerar la justicia y alcanzar la libertad; pero también son un riesgo histórico que puede abrirle paso a los demonios más sombríos y encarnar las pesadillas más crueles y sangrientas. En el ámbito de los individuos, las revoluciones elevan a las personas por encima de su propia estatura, los convierten en ángeles capaces del mayor desprendimiento y del

sacrificio absoluto, pero también los transforman en demoníacos engendros de sus propias frustraciones y resentimientos y entre ambos extremos del protagonismo histórico, las revoluciones prohijan un ejército de mendaces y oportunistas que medran con las inseguridades de los poderosos, con el miedo y la esperanza de los pueblos; son ellos los que envenenan las revoluciones, Alfonso, son ellos quienes subidos en el tren de la historia sin mérito y sin pasaje cambian el curso de los hechos y pueden, sin plan ni concierto, apostar el futuro de una nación; es con ellos con quienes los pueblos tienen que habérselas para sobrevivir. No fue un rey ni un alfil el que accionó la metralla que reventó el pecho del general Reyes, fue un peón el que trocó tu vida y el que pese a todo, te lanzó a la aventura del mundo y que te dio el visado necesario para testificar algunos de los momentos más dramáticos e importantes de tu siglo.

Cuántas cosas pasaron por tu corazón cuando cada uno de aquellos hombres desplazados del poder y de la oportunidad se aproximaron a implorar la salvación del asilo mexicano; a todos les abriste la puerta, amigos o no, a cada uno lo acogiste y le diste abrigo, porque lo sabías acaso mejor que ellos, que las revoluciones no reconocen rostros ni distinguen méritos y que salvo los extremos en que héroes y criminales se dan a conocer, en una revolución los hombres son meras piezas de un destino fatal que los supera. A Mário Magalhães apenas lo conocías y el 14 de octubre ya era tu protegido, le siguió Mário Paula de Brito, a quien la embajada del Perú no quiso o no pudo acoger; ese periodista católico, aterrado pero digno, te recordó el día aciago en que Victoriano Huerta te citó en Popotla. Cuando la

violencia estalló con toda su furia en Río de Janeiro, el conservadurismo brasileño cayó presa del terror, Ozeas Motta y Alvarez Souza aparecieron con sus familias; cuando Washington Luís hizo lo mismo, las peticiones de asilo fueron tan numerosas que tuviste que pedir instrucciones a México y aún solicitar ayuda al Nuncio Apostólico; orgulloso de ti y de tu gobierno, acogiste a todos cuantos llegaron, cinco revólveres tuviste que decomisar y sumaron veinte los asilados con sus familias los que pudiste embarcar fuera de peligro; Alceu Amoroso Lima, entre ellos, salió de la Embajada pregonando tu serenidad; en realidad, no lo niegues, Alfonso, tenías mucho miedo y todo tu ser estaba tenso por la concentración que pusiste en evitar que una misión que quisiste hacer humanitaria se convirtiera en un conflicto político entre México y el Brasil. De hecho, Alfonso, lo que Amoroso Lima tomó como aplomo y serenidad fue tu natural deseo de hacerles más llevadera la desgracia, de tenderles puentes de solidaridad y comprensión que, -nadie como tú podía entenderlo, Alfonso-, son los únicos que pueden mantener unido al derrotado con la dignidad humana que a cada paso parece querer abandonarlo; por eso, Alfonso, abriste las puertas de la embajada a todos quienes te buscaron sin que para ti fuera importante el signo ideológico que profesaran. Entre octubre y diciembre, según el pulso de la revolución, acogiste a todo el espectro político brasileño, de derecha a izquierda y ello, al tiempo que resguardaba la tradición mexicana en materia de asilo, te abrió las puertas y los corazones de los brasileños desde entonces y hasta el último día en que estuviste en aquel paraíso.

Sí, Alfonso, Brasil era un auténtico paraíso que incluía las tentaciones y las frutas prohibidas; pero sobre todo, por la prístina inocencia con la que pudiste ejercer tu vocación literaria, sin compromisos y sin premuras, en un estado de lúcida placidez que te permitió producir algunas de tus obras más entrañables y emprender algunos de tus proyectos más originales y deliciosos; ¿te acuerdas de los catorce números de tu *Monterrey. Correo literario?*, aquel hijo de tu taller y que bajo la máscara de un periódico literario, era la vía de comunicación que adoptaste para decirle a la república iberoamericana de las letras que estabas vivo y trabajando; era como si el espíritu de Rodó, de Martí o de Sarmiento se te hubiera metido en la sangre y tú, como náufrago que apuesta su último pliego de papel lanzándolo al mar en una botella, elevabas la poesía y la belleza al rango de manifiesto histórico, reivindicando para la palabra, dicha con belleza e inteligencia, el derecho a ser portadora de los mejores deseos y de los más caros anhelos de los pueblos iberoamericanos.

En Brasil, sobre todo desde *Monterrey*, te atreviste a hablar de América, lo pensaste más que un periódico, menos que una revista, lo pensaste como un desandar tus viajes y una revisión de los escenarios que viviste y de los paisajes que observaste; lo construiste como una búsqueda del tiempo y del espacio perdidos para así, a través de la palabra escrita, limpiar las veredas de la amistad y atarte una vez más al recuerdo de tus ausentes. No lo hiciste para que te quisieran, vaya, ni siquiera para que te recordaran y aunque te hirió un tanto que a Pedro Henríquez Ureña le pareciera reprobable que no dedicaras tu tiempo a

una actividad literaria más convencional; en realidad, por fin, Alfonso, Ulises reunía los dones que había logrado recoger entre los pueblos que había visitado y aunque todavía te encontrabas en el opulento país de los lotófagos, sabías ya que el retorno a Ítaca no estaba tan lejano; por eso, para no dejar nada fuera de la alforja, te atreviste, en un momento de nacionalismos enfermizos, a ver a América como un gran pueblo empeñado en la dura batalla de poseerse a sí mismo, en la unidad de la memoria y el destino, dividida sólo circunstancialmente por diminutas particularidades, poblada por contradictorias imágenes; como la de tu amigo Getulio Vargas que para bien o para mal, era por arte de circunstancias y por esfuerzo propio la figura política más importante del siglo XX brasileño; líder local, figurón entre los gauchos, candidato derrotado un día y al siguiente caudillo de una revolución; luego, presidente electo, padre o dictador –que en lenguaje latinoamericano son casi sinónimos– del Estado Novo durante los ocho años del siglo diminuto que transcurrió entre 1937 y 1945; de nuevo presidente constitucional a principios de la quinta década de su siglo; siempre líder popular y por lo tanto amado y odiado más allá de la racionalidad política; suicida en 1954, tuvo rasgos de pasión cultural y otros tantos de amigo un tanto extralimitado en su generosidad, como en aquel día en que promediaba el año de 1936 y utilizando el programa de radio que el Estado reservaba para la comunicación nacional, personalmente se despidió de ti y te deseó un buen viaje. Vargas, que como muchos otros, triunfaba entre los suyos porque era un poco como la historia general del continente: paternal y lejana, sublime y oportunista, bárbara y campesina

como universal y refinada, inocentemente provinciana y sofisticadamente metropolitana. Te dolió mucho el telegrama que enviaste a su familia para condolerte de su suicidio lustral, te dolió no sólo por la inexplicable desaparición del amigo, sino porque era un mensaje signado por el destino, un mensaje que hablaba de un tiempo que se cerraba para darle paso a una temeraria metamorfosis cuyo resultado no podías ni ahora puedes prever; un tiempo que se extinguía y en el que habían sido posibles episodios como el del conflicto de la Ciudad de Leticia, esa pequeña población perdida en la amazonia colombiana y tomada por la fuerza por el ejército peruano; un tiempo acabado en el que la conferencia diplomática encargada de resolver el conflicto, formada por negociadores peruanos, colombianos, brasileños y mexicanos, era un auténtico espectáculo humano; un tiempo en el que el éxito de los mediadores brasileños y mexicanos podía celebrarse con un baile en Itamaray, una velada en la Academia Brasileira de Letras y una grata conferencia en el Instituto da Ordem dos Advogados; un tiempo extinto, soñado, idealizado al fin, en el que el Protocolo de Amistad y Cooperación entre las Repúblicas de Colombia y del Perú podía leerse de la misma manera que una operación poética que es, al mismo tiempo, selectiva y correctiva de la realidad y que puede pulir las angulosidades de los hechos brutos para hacerlos más asimilables a la representación psicológica, a la imaginación y más conservables en la memoria; un tiempo que fue y que no volverá a ser, Alfonso, un tiempo cuyos relojes eran más lentos, cuyos minutos eran más humanos y sus horas más largas; horas y minutos que hoy, en el último de tus momentos, te niegas a

mirar por temor a imponerles un ritmo nuevo en el que el sueño y el dormir no sean ya posibles. Sí, Alfonso, aquel fue tu tiempo, un tiempo sutil aun en la brutalidad del dolor, pues de sus guerras aún podía hacerse épica; una era en fin que se murió un poco antes de que entraras en el camino final del encuentro con la muerte; un tiempo que se hizo añicos en Auschwitz, en Stalingrado, en el Duero y en Nagasaki, pero que aún estaba vivo en tus intensos días brasileños. Una época en que era tan fácil para un hombre como tú alternar la amistad de intelectuales como Ronald Carvalho y de bohemios como Manuel Bandeira; en que era tan natural que una personalidad como la tuya lograra el mestizaje de lo que Amoroso Lima llamó tus tendencias apolíneas y dionisiacas, ese ambiente y esa luz filtrada por la humedad vegetal que exacerbaba en ti la reflexión y el ansia de vivir. Ya no eras un muchacho, pero en lugar de mancillar y amargar tus letras con el saldo de los desaires y las decepciones del pasado, el deseo de vivir más que la propia vida, de sentir más de lo que tu piel y tu paladar te ofrecían, de ver más de lo que tus ojos te autorizaban, llenaron tu tintero de una claridad, de una alegría y de una sencillez humana que ya nunca abandonarías porque se quedó en ti igual que el poema de Bandeira, capaz de convertir en gozo hasta una despedida...

*Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
Tua beleza, Esmeralda,
Acabou me enlouquecendo.*

*Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
O sol tão claro lá fara,
E em minh'alma – anoitecendo!*

*Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
Alfonso Reyes partindo...
E tanta gente ficando...*

*Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
A Itália falando grosso,
A Europa se avacalhando...*

*Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
O Brasil politicando,
Nossa! A poesia morrendo...
O sol tão claro, Esmeralda,
E em minh'alma – anoitecendo!*

Viejo Rondó dos Cavalinhos de Bandeira que repetiste desde aquella partida como un ensalmo para el alma, cuando querías invocar el bienestar de la alegría y la relajación de la placidez y la emoción peligrosísima de estar vivo y suspirando; palabras mágicas de una Esmeralda que acabó enloqueciéndote.

CAPÍTULO XI

¡Oh Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero! ¿De verdad tienes prisa en partirte al país de tus padres y volver a tu hogar? Marcha, pues, pese a todo en buena hora; mas si ver en tu mente pudieses los males que antes de encontrarte en la patria te hará soportar el destino, seguirías a mi lado guardando conmigo estas casas, inmortal como siempre, por mucho que estés deseando ver de nuevo a la esposa en que piensas un día tras otro. Comparada con ella, de cierto inferior no me hallo ni en presencia ni en cuerpo, que nunca mujeres mortales en belleza ni en talla igualarse han podido a las diosas. Pero hay que volver, Alfonso, aunque te resistas, aunque no quieras y no sería para menos, Alfonso, por enamorarte de la vida como un perpetuo adolescente. Un día vinieron los meses terribles de prueba en la Argentina y tú, entre la incomprensión generalizada, contemplaste el turbio desangrarse de España; te llamaron a México sólo para instruirte y enviarte a una nueva misión en el Brasil y aunque triunfaste en ella y tu relación personal con Vargas no fue poco en el asunto de abrir el mercado brasileño al petróleo mexicano, aquello no fue sino el pretexto para volver a un lugar

que nunca quisiste dejar, un lugar que era una prórroga en la vida. Ulises ya estaba un poco fatigado; no era lejano pensar en reunir en la casa definitiva, la última, todos los dones que recogiste en veinticinco años de viaje, acaso el periodo más largo de tu vida. Sí, Alfonso, claro que te dolía ver a Manuela ya cansada y siempre enfadada, pero es que el tiempo de su reloj era otro diferente al tuyo; desde 1913 había sido la compañera perfecta, pero no le podías exigir que fuera la Penélope precisa; en tanto tú, Alfonso, con el alma partida en pedazos escapándosete por la pluma; triste, apenado hasta el fondo del alma, viendo como se te perdía la última flor que te acercó la vida en una ironía sin par y sin moraleja; queriéndote morir justo en un vivero, queriéndote morir mientras que ella, la impronunciable, sobrevivía para siempre; ella a quien siempre recordaste, día a día, año con año, jornada a jornada sin siquiera poder invocar su nombre en voz alta; ella siempre joven, con toda la vida por delante para convertirse en lo que quisiera y tú negándote a ser todo pasado, sabiendo que nadie, ni la vida ni la muerte podían compensarte de lo que perdías; nadie, Alfonso, ni el Dios de los cristianos que es todo amor pero que desoye el cuerpo, ni los dioses y las fuerzas de los yorubas que son fuerza, sensualidad y música frenética de orgiásticas ceremonias pero que a cambio, carecen de pensamiento articulado; ni Grecia; ni Góngora, ni Mallarmé. Nadie, Alfonso te pudo reponer el sueño que acariciaste pero que no pudiste lograr, porque tu tiempo había pasado.

Ya no podrías vivir así, con la sensibilidad del joven que, entre risas, se come la fruta prohibida y para sus adentros sabe cuán buena es y cuánto provecho le hace. Nadie, Alfonso,

porque hasta tú mismo te reprochaste no haber tenido el valor de mandarlo todo al carajo para tenerla como cosa tuya para siempre. Pero no, Alfonso, no era posible, nunca fuiste hombre que pudiera matarse de bala perdida y “siempre” significaba cosas muy diferentes para ambos. Alfonso, tú sólo querías aquello y no pudo ser.

Todo había comenzado como un juego; un juego de seducción en la que tu edad y tu condición ya no eran ventaja sino un encanto difícil de manejar; te anduviste la vida viajando y escribiendo libros, con la vida muy dispersa y regada por todas las tierras que fueron tu morada y cuyos testimonios, como perlas ensartadas en un hilo, iban a parar a la literatura; no era que quisieras seguir sintiéndote joven y conquistador, ya eras un cruzado, un soldado de una sola espada y ellos, los amigos adolescentes de tu diosa, eran samuráis que bien podían blandir dos espadas y escabullirse, ocultar sus intenciones y lograr sus objetivos; claro, Alfonso, no se trataba de la comunión de los espíritus ni del intercambio de ideas elevadas, se trataba de comerse la vida de un solo bocado, de perderse en ese cuerpo prodigioso, de enamorarte y enloquecerte en un silencio arrebatado, ¿qué tenía ella de particular?, ¿qué había en su paso ligero como de soplo en el viento? Acaso nada, Alfonso, acaso nada que la hiciera distinta frente a las otras, frente a las muchas chicas esbeltas, bronceadas, de caderas y pechos generosos; frente a las cientos de moradoras de las playas, los jardines y las recepciones, con sonrisas frescas, dulces y abiertas. Acaso nada, Alfonso, pero tal vez todo, porque ella estaba viva, ella era la vida, ella era la vida y quisiste que fuera para ti; sí, Alfonso, la querías porque ella era

toda la promesa del Brasil, la vida nueva, la juventud perpetua y el cálido, húmedo abrazo eterno; su deseo de ser agradable, de ocultar toda aspereza y todo impulso ingrato, como si se le hubieran metido en el cuerpo y en el alma todas las fuerzas del mestizaje y las sollicitaciones telúricas del ambiente, de la geografía, del aire que respiraba y del agua que bebía; sí apenas ese poder magnífico de vivir los unía, apenas nada, el ser de siempre y para siempre; la eternidad de un instante detenido. Eso era, Alfonso, eso fue siempre y sólo eso, el tenerla cerca y sentirla como quien siente al llegar la vez primera a una ciudad soñada y anhelada y desde el fondo del corazón, que una voz infinitamente íntima se abre paso entre el asombro y las sensaciones y grita al instante, sin necesidad de apenas decir nada, junto con Goethe, el inmortal, “detente, eres tan hermoso”. Como si por alguna extraña causa, más allá de la razón, te dijera que una vez más, tal vez por última ocasión, habías encontrado el molde perfecto de tu abrazo y el oído perfecto para tu voz; tú, hecho hacia dentro, dispuesto siempre a procesar lo que los sentidos ofrecían a tu mente y a tu corazón para que luego de un procedimiento complejo, a veces doloroso, pero siempre vital, todo pudiera salir en letras y palabras, en expresiones de belleza y de verdad pero que a fin de cuentas, no podían evitar la opacidad de las palabras y la pérdida de la densidad que las sensaciones y las ideas sufren cuando se las ancla con la pluma al papel; en cambio, ella, la flor de la guayaba, viviendo intensamente con los sentidos, dando constantemente noticia de lo que esos sentidos le transmitían; todo en extroversión, grito, risa y ademán; primero por la vista, luego por los oídos y el tacto, el calor la sensualidad natural, el

olfato y finalmente el gusto. Todo tan rudimentario, tan terrenal que su elevación espiritual tenía que ser suplida por la luz, la mar y el clima; si hasta te parecía algo trivial, tan divina y vitalmente trivial que te extraía del mundo de la complicación y hacía posible que Ulises, poseído de una potente y tierna necesidad, doblara las espaldas ante el peso, nunca antes sentido, de un pétalo de orquídea. Así te redujo a la mínima expresión del hombre que ha dejado de ser diplomático, intelectual, viajero, padre y escritor para ser sólo eso, hombre. Te redujo porque supo encontrar en ti la veta en que nadie se había aventurado y que nadie había cavado a tal hondura. No supo de tu obra ni de tus andanzas, nada de quienes conocías o de lo que habías visto; nada de eso, al contrario, te vio como a hombre que debía pagar el tributo de su condición humana, la de desear y alcanzar, de comer con dientes afilados la fruta prohibida, de transgredir las reglas y de arrojarse al vacío persiguiendo una promesa que tal vez no podía ser cumplida.

Así, Alfonso, primero en un juego en el que ella te negó la intimidad y luego, no como quien cede al asedio, sino como quien cumple con un ritual ancestral, te abrió las puertas de su alcoba y te admitió en su alma y su cuerpo; ahí te perdiste, Alfonso, conociste el terror de darte íntegro, sin reserva ni precaución. Ella te permitió experimentar todas las locuras que la razón te negaba y mientras tú creías que ibas apoderándote de su pensamiento y su personalidad, ella en realidad te iba inyectando la droga más potente que hubieras imaginado: la pasión, Alfonso, la pasión que creías ya no estaba en tu diccionario.

Salías de tus encuentros fatigado, lloroso y temblando, mientras que ella se arreglaba el peinado y el afeitado y volvía liviana al mundo, sin que pareciera cargar el lastre de las emociones recibidas. Tenía tan pocas letras su alfabeto y, sin embargo, le servían para expresarlo todo; estabas dominado, Alfonso, vencido y sólo te sostenías por la romántica esperanza de que en algún hipotético momento del tiempo, la inercia de un mundo pasivo, manido y poco habituado a las pasiones les fatigara a ambos y pudieran retirarse a una pequeña casa en la montaña bahiense y desde ahí, puros y naturales, transfigurados por el amor poniendo la razón a raya, escribieran la historia que pudo ser. Pero no fue, Alfonso; porque no podía ser y ni todo tu valor ni toda tu fuerza hubieran evitado que ella siguiera el curso de su propio futuro aún por escribir. Así en pie contemplándola estuvo el heraldo Argifonte y, una vez que admiró cada cosa en su ánimo, el paso dirigió por el antro espacioso; ni visto de frente ignorado quedó de Calipso, divina entre diosas, porque nunca los dioses eternos se sienten extraños entre sí por muy lejos que tengan algunos sus casas, porque tú, magnánimo Ulises, ya no estabas con ella: volviste como siempre a tus lloros, sentado en los altos cantiles, destrozando tu alma en dolores, gemidos y llanto que caía de tus ojos atentos al mar infecundo.

Y escapaste, Alfonso, huiste para no volver. Luego oíste que ella había intentado suicidarse y después que se había casado con un rico terrateniente. Se extinguía así el sueño, Alfonso, se quedaba ahí y en ti restaba para siempre la cicatriz obtenida como trofeo en una de tus más hermosas y más calladas batallas. Le puso la diosa una mesa delante que colmó de ambrosía, hizo

mezcla de néctar rojizo y a comer y beber comenzó el mensajero Argifonte. Terminada que fue la comida y repuestas sus fuerzas, dirigióse, a su vez, a Calipso con estas palabras: Preguntábasme antes tú a mí, diosa a dios, lo que ahora sin engaño te voy a decir, pues así me lo pides: vine aquí por mandato de Zeus, que no de mi agrado, porque ¿quién cruzaría por placer la salada llanura de las aguas sin fin? No hay por ella ciudad de mortales que a los dioses ofrenden ni rindan honor de hecatombes; mas la mente de Zeus que embraza la égida nunca quebrantarla podrá ningún dios ni dejarla incumplida. Dice tienes contigo a un varón desdichado entre todos los que hicieron la guerra cercando los muros de Príamo nueve años. Contaban los diez y arrasaron la plaza, mas de vuelta a su tierra ofendieron a Atenea y la diosa les alzó vendavales contrarios e inmenso oleaje; perecieron entonces sus buenos amigos y a él solo arrastrado a estas playas trajeron las olas y el viento. A este tal manda Zeus que dejes partir sin demora, porque no es su destino morir aquí lejos, privado del calor de los suyos, mas ver a los seres queridos y tornar a su excelsa mansión y al país de sus padres. Obedecerá la diosa y obedeces tú ahora que ha llegado tu último minuto veintinueve.

CAPÍTULO XII

Todo queda atrás, Alfonso, porque escapaste de Eea, la isla habitada por Circe, la de hermosos cabellos, potente deidad de habla humana. Es hermana de Eetes, el dios de la mente perversa, una y otro nacieron del Sol que da luz a los hombres y su madre fue Persa, engendrada a su vez del Océano, porque entonces fue que te llamaron; al fin Ulises volvía a Ítaca, al fin el retorno y el descanso, al fin la paz con Penélope que, te lo decía el corazón, te perdonaría y te acogería en el hogar para nunca más abandonarlo.

Entonces oyes sus voces, hablan alto y apresurado, son varios: Alicia llora y tu hijo da instrucciones, mientras oyes a Manuela llamar a Chávez; dicen que te estás muriendo, Alfonso, que tu corazón se agita y pierde ritmo, que corre y se frena de repente, que salta en tu pecho y súbitamente se duerme unos segundos; dicen que te estás muriendo, Alfonso, que ahora sí te estás yendo y no sientes nada, ninguna pena y ningún dolor porque ya estás en casa, has vuelto, Alfonso, después de los viajes y los encuentros; el Ajusco está a la vista y vuelve a invitarte a soñar con el Cerro de la Silla. Dicen que te mueres pero sabes

que aunque Chávez corra a verte, será demasiado tarde porque has vuelto al fin, Alfonso y ya nadie podrá evitar que termines de soltar las amarras para poder flotar en ésta, la región más transparente del aire que has amado tanto como a la literatura y a la palabra.

De pronto, es tu hijo quien se te acerca, pegada su boca a tu oído, sientes su respiración que lucha por mantener la calma, es tan agradable tenerla cerca, sentir ese calor sutil y diáfano, esa manifestación de que la vida continúa pese a todo y pese a todos, que la vida sigue pese a los trece de febrero, a las guerras mundiales, a las guerras civiles y a las revoluciones; que mientras siga fluyendo al aire por esos pulmones habrá memoria y por lo tanto arte y literatura; lo sabes, Alfonso, esa respiración te reconforta pero no en el sentido y en la forma que él imagina, no porque te haga sentir querido, requerido y acompañado, sino porque te garantiza que esto no es el final y que aunque te mueras, en el mismo instante en que para ti todo haya terminado, en ese instante preciso, un nuevo Ulises, en algún lugar del mundo abrirá los ojos y se anunciará al mundo con un colosal chillido y emprenderá la ruta de un viaje que lo autorizará para ver parajes que nunca habría podido imaginar, escuchar acentos que jamás sus sueños habrían logrado emular y degustar comidas que su paladar nunca hubiera sabido identificar y que aquel nuevo Ulises que nacerá en el próximo minuto serás tu mismo, como ya fuiste Mallarmé y fuiste Góngora y fuiste Homero, como ellos mismos antes que tú fueron Cervantes y Molière y fueron el Arcipreste y Gracián y todos juntos fueron Proteo cambiando de nombre, de tiempo y de ubicación para

ser el escritor, para ser la literatura y como el demonio bíblico, llamarse legión por que son muchos.

Sientes esa respiración cuyo amo sabe que estás perdido y sin embargo te dice en una plegaria tranquila, reposada como la fe de un niño pequeño, “no te vayas”; ¿cómo explicarle que no te vas?, ¿cómo hacerle entender que apenas llegas y apenas te estableces entre ellos? Tal vez Alicia, la nieta querida, ya madre y tal vez por eso más soñadora, intuye que en realidad te quedas al fin para siempre, para nunca más partir; “no te vayas”, repite una vez más y ya no tienes voz para responderle.

No lo entiendes, si acabas de llegar, Alfonso, es febrero de 1939 y Lázaro Cárdenas te hace venir del Brasil, vuelves con el ánimo de quedarte por fin, vuelves organizando el rescate de tus hermanos españoles, obra colectiva, fruto de tantas manos públicas y anónimas; vienen en barcos fletados por tu gobierno, con pasajes pagados por organizaciones humanitarias de las que nunca oyeron antes hablar, han sufrido el terror de la guerra y el brutal espectáculo del hermano levantado contra el hermano y del padre perdido para siempre mientras la madre muere de hambre en la huerta abandonada que ya nadie es capaz de cultivar. Y tú, Alfonso, estás llegando del Brasil, sobreviviente de tu propio naufragio, vienes pisando Nueva York primero, ahí empiezas a materializar tu deseo de anclarte en México y compras algunas cosas que pondrás en la casa que harás construir para tu familia y tus libros; llegas al fin Ulises, Ítaca la soñada te espera. Antes encuentras a Manuela en Nueva York e inicias la otra reconstrucción, la de los equilibrios necesarios para la continuación de tu obra; al fin, Alfonso, Ítaca es

una casa con un balcón desde donde ver las montañas del colosal circo que es el Valle de México

Vienes llegando, Alfonso, descienes al sur buscando el hogar, te detienes en Austin para ver en la Universidad de Texas la biblioteca de Genaro García y para enterarte que la de Estrada no saldrá de México porque la adquirió la Secretaría de Hacienda por insistencia de Eduardo Villaseñor; cosas de la vida, Alfonso, las bibliotecas acumuladas con pasión durante toda una vida y que forman auténticos retratos espirituales de sus amos, al quedar huérfanas se vuelven cargas insoportables de las que es preciso deshacerse como de un niño expósito de cuyo futuro y manutención nadie quiere hacerse responsable; pero con tu biblioteca no sucederá así, la dejas en buenas y amorosas manos; lo sabes porque las sientes como dan un suave masaje en tu pecho como para hacer más soportable el peso que sientes justo arriba del corazón. Sientes esas manos de hijo acariciando suavemente tu pecho en algo que parece un abrazo para retenerte. Pero si no te vas, Alfonso, apenas llegas y mientras te aproximas a México te enteras que algunos amigos han sido ya salvados y te esperan, allá están ya Díez Canedo, Lafora, Gaos, Juan de la Encina y Agustín Millares, luego vendrán otros, Gallegos Rocafull, Pepe Gaos, Max Aub; todos juntos contigo y con Daniel Cosío Villegas en la Casa de España; juntos como en los viejos días del Centro de Estudios Históricos de Madrid, juntos ante la incompreensión de muchos que creerán que la Casa de España es una especie de palacete pagado con dineros públicos para alojar y mimar a un grupo de españoles rojos que ya no tenían cabida en su propia patria; pero ya no lo pienses, Alfonso, ya llegas y

ves la Casa de España crecer de sus limitados recursos de origen hasta representar un auténtico centro de investigación con el eufónico y significativo nombre de El Colegio de México cuya Presidencia te ofreció Cárdenas como garantía de que no quedarías ya irte de nuevo.

Apenas llegas, Alfonso y ya te empeñas en construir tu casa; sin pretensiones ni lujos desmedidos, una casa donde serás más bien huésped de tus libros; un hogar biblioteca ubicado en la margen izquierda del bosque de Chapultepec conforme se llega por la Reforma y en consecuencia, al lado opuesto a las Lomas de Chapultepec, lugar con más mundo, como que fue el planisferio de juguete de Antonieta Rivas Mercado cuando no podía siquiera imaginar que terminaría su vida por su propia mano por amor de Pepe Vasconcelos, por desesperanza y abandono, en una capilla de la Catedral de Notre Dame de tu adorado París. Una casa hecha para leer y escribir y a la que Canelo y Toussaint, aún antes de estar completamente terminada, llamaron la Capilla Alfonsina. La Capilla, tu Capilla, lugar de reposo para quienes venían de otras geografías a recibir el consuelo de una charla a la sombra de tus treinta mil libros; lugar de las fiestas adolescentes de las nietas, bastión de tu edad madura donde esperarías la llegada de este momento, aquí, Alfonso, en esta casa tuya y de tus libros donde sabrías de la muerte de Pepe Vasconcelos, donde escribirías tus libros de madurez y emprenderías, de nuevo y definitivamente, la conquista de la Grecia íntima. Aquí, Alfonso, en esta casa que construiste con hipotecas y con dineros rescatados del Fondo de Pensiones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en este universo diminuto en la que fue

la región más transparente del aire y que hoy es la palinodia del polvo a la que retornaste luego de dejar media vida en dos hemisferios y dos continentes, aquí donde sientes una mano bien conocida que acaricia y ciñe tu mano derecha y que ordena, suplicante, que no te administren más medicinas, es ella, Manuela, la fiel Penélope que está contigo; tu mujer, tu amiga a la que aquí mismo dijiste muchas veces...

Amiga mía, el tiempo nos acerca,
y nuestras voluntades cada día
se acomodan mejor, amiga mía,
al martilleo de la hora terca.

Así se viene abajo aquella cerca
que las dos heredades dividía
o más se baña el cielo todavía
según se posa el agua de la alberca.

Hay otra juventud en la constancia,
y sólo en el rosal de cien veranos
brotan las flores de mayor fragancia.

¡Loada la virtud, amiga mía,
que enlazó para siempre nuestras manos
para más enlazarlas cada día!

La oyes de nuevo, pidiendo a tu hijo que abandone el papel de médico, que se olvide del funcionamiento de tus válvulas cardíacas

cas porque estás finalmente muriendo, Alfonso y es justo que te vayas en paz.

Pero si no te vas, Alfonso, no te vas, recién estás llegando, apenas llegas y ya te requieren de nuevo en otras latitudes, te llaman a la Universidad de Texas y te ofrecen un jugoso sueldo, una cátedra y la dirección de un Instituto Latino Americano que se crearía con mucho dinero; apenas lo mencionan y tu rechazas el ofrecimiento, llegas ya, Alfonso, no quieres irte de nuevo, no quieres desterrarte, volverte pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos de aquella gente, no quieres volver la espalda a tu destino de mexicano ni a tu nombre; llegas ya para quedarte, para cristalizar de nuevo y luchar tu lucha y dedicarte exclusivamente a lo tuyo, a construir en México la atenea política que siempre soñaste, una utopía íntima, anhelada y tal vez realizable; a crear una sociedad donde el conocimiento sirviera para mejorar al hombre, para elevarlo por encima de su propia estatura, para que mediante la belleza, la bondad y la verdad, pudiera ser mejor y más libre, para que pudiera estar a salvo de sus propios fantasmas y resguardado de sus propios horrores; crear un México, en fin, que pudiera sentarse cómodamente en el banquete de la historia y de la cultura, un país que por fin, luego de un drama histórico de quinientos años, encontrara el espíritu nacional libre de cualquier trauma y complejo, que pudiera recrearse perpetuamente en la política, en el arte, en la literatura y sobre todo en la convivencia civilizada; ¿lo lograste, Alfonso?, ¿avanzaste siquiera un palmo al menos en este reto que, tú lo sabías, no era lucha de un hombre, sino de un pueblo y de varias generaciones? No temas, Alfonso, no temas, avanzaste mucho más que un palmo, mucho más que una milla

en la ruta de la historia; tú y los tuyos, aquellos jóvenes del Ateneo que abrieron la puerta cerrada a una cultura universal, vislumbrando un futuro donde París no sería ya un sueño inalcanzable, sino un icono más, tan próximo como el sueño de un domingo en la Alameda que tanto le celebraste a Diego Rivera.

No temas, Alfonso, hiciste tanto como una vida de hombre bueno e inteligente permitía; acaso muchos no te entendieron, acaso muchos más no te leyeron y sin conocerte ni a ti ni a tus letras, te censuraron y te llamaron apátrida y descastado; pero no temas, Alfonso, déjate morir con tranquilidad, que sin complacencias ni autocompasiones sabes que de aquellos no quedarán ni las sombras en tanto que tu te quedarás siempre, porque hoy vuelves, Alfonso, hoy regresas para siempre, para nunca más retirarte.

Has vuelto, Alfonso y ya te requieren aquí y allá, tu voz en el radio, tu voz capturada para siempre en lo que la Universidad Nacional Autónoma de México llamó Voz viva de México, curioso nombre para las palabras de un hombre que hoy habrá muerto. Te estableces, sales a caminar todos los días después de comer, recorres la calle de Juanacatlán, entre los chopos y los pirules, viendo como la vida persiste y se transforma.

Ya estás entre los tuyos, viendo cómo la familia se reúne y te trae a la memoria al antiguo clan junto bajo la protección y la personalidad humana y magnífica de tu padre; ya estás aquí y te convocan a fundar El Colegio Nacional, tu contribución a la Atenea Política que algún día florecerá en México, también a la Presidencia de la Academia Mexicana de la Lengua y a la Junta de Gobierno de la Universidad reorganizada por Alfonso

Caso; te reconocen y te abrazan. Esa Universidad entrañable que el viejo don Justo Sierra fundó por fe y amor a la República de los hombres libres que sólo podrían seguir siéndolo por el conocimiento, te nombró hijo predilecto, concediéndote el grado de *Doctor Honoris Causa*. Qué lejos quedaron los años felices de la antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia, qué lejos la centenaria calle de San Ildefonso y qué cerca la sensación de ser estudiante, sensación que nunca te abandonó y que fue parte de tu personalidad desde que llegaste de tu natal Monterrey para estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria.

Pero espera, Alfonso. ¿Qué es esa paz que de pronto sientes?, ¿esa luz cegadora que repentinamente se abre enfrente tuyo y que no deja lugar a más pensamientos que la tranquilidad y una indefinible y deliciosa sensación de vacío?, ¿qué es ese deslizarse suave y sutil al interior de la nada? Ese murmullo que escuchas como lejano es la voz de Chávez que dice, con voz quebrada y llorosa, que has muerto; tu hijo dice que son las siete treinta y tu sabes que no hay error, Alfonso, es verdad, has muerto y no alcanzaste a vencer el minuto treinta y uno de tu última hora. No oyes más nada, Alfonso, ni adioses ni llantos, sólo sientes el calor dulce e intenso de un sol que desciende tras de una montaña y despacio, sin que medie voz alguna, escuchas, como nunca lo habías hecho antes, tu propia voz decir..

No cabe duda: de niño
a mí me seguía el sol.
Andaba detrás de mí
Como perrito faldero;
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.
aún creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba,
y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.

(El fuego de mayo
me armó caballero:
yo era el Niño Andante,
y el sol mi escudero.)

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!

Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!
¡Oh cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.—
Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.
Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta, en lumbre
viva se doraba.

Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo
despeinado y dulce,
claro y amarillo:

ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!—
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba— y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.—
Yo no conocí en mi infancia
Sombra, sino resolana.

Luego el silencio, el sol se ha ocultado y tu descansas, Alfonso; luego nada, el misterio, la falta de deseos y la ausencia de dolores; así, Alfonso, te sientes pequeño, te sientes diminuto pero no te extingues, sabes que eres y que estás; te sientes pequeñito, diminuto, apenas un poco de ser en una oscuridad enorme; de pronto, sin que sepas cómo ha ocurrido, en qué momento y en qué instante, oyes ruidos, de nuevo la luz te hiere, sientes frío y un cuerpo que te abraza, en un lugar que no conoces, en un tiempo que no has vivido, aunque tal vez de los mismos padres, has nacido. Por fin, Alfonso, has regresado.

ÍNDICE

Capítulo I	9
Capítulo II	25
Capítulo III	39
Capítulo IV	48
Capítulo V	60
Capítulo VI	78
Capítulo VII	90
Capítulo VIII	115
Capítulo IX	135
Capítulo X	143
Capítulo XI	170
Capítulo XII	177

Este libro se imprimió en los
talleres de la Imprenta Universitaria
durante abril de 2016, en Monterrey, N.L.
En su composición se utilizaron
tipos de la familia Constantia.
El cuidado editorial estuvo a cargo del
Fondo Editorial de Nuevo León.

COLECCIÓN  NARRATIVA

OTROS TÍTULOS

*Destrucción del
amante*

LUIS PANINI

Asfalto

DARÍO ZALAPA SOLORIO

Yerbabuena

FELIPE MONTES

Desde la tersa noche

EUSEBIO RUVALCABA

Como amigo

FORREST GANDER



COLECCIÓN  NARRATIVA

LOS MINUTOS DE ULISES

DE CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

Minutos antes de morir, Alfonso Reyes permanece tendido en la cama. Mientras tanto, escucha una voz interior que reconstruye su paso por el mundo. En cada instante, Reyes presencia y revive los momentos determinantes de su vida.

La voz interior se vincula al suceder del tiempo, el cual transcurre en una sucesión melodiosa que le permite penetrar en la muerte como en un alejamiento de la vida. En el tiempo real, el hombre que trata de mantener la coherencia de su personalidad enfrenta que el morir es la dispersión del propio ser y, en la medida que la muerte se va apoderando de su cuerpo, la presencia de Ulises, en su intento de volver a Ítaca, se confunde con la propia visión de sí mismo.

Las ciudades, las personas y los episodios que conformaron su vida se repiten y se interrumpen con la caída de cada minuto que lo regresa a su lecho de moribundo. La reconstrucción de la vida se vuelve íntima, y comprende las motivaciones de su escritura y su liberación por medio de las letras mientras que el dolor por lo perdido se mezcla con la alegría de lo conquistado y los versos de *La Odisea* se insertan en la narración como el coro de su propia tragedia. Al final, la muerte es incógnita que habrá de resolverse en otro ser.